

UANA

UTÓNOMA DE NUEV

CENTRAL DE BIBLIOTEC

WELLS



TONO

BUNGAY

PQ5774

.D6

S6



FONDO  
RICHARDO CONTRERAS

U A N L

TONO-BUNGAY

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. \_\_\_\_\_  
Núm. Autor W 454  
Núm. Adg. 29254  
Procedencia 8  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Bibliotecólogo [Signature]

H. J. Wells

# TONO-BUNGAY

NOVELA

traducida del inglés



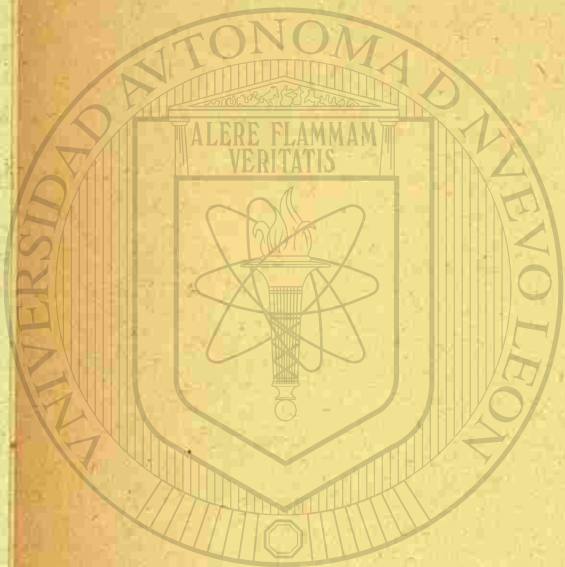
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Agdo. 1625 MONTERREY, MEXICO®

BARCELONA

101059

«LA VIDA LITERARIA»  
Toribio Taberner.—EDITOR  
224, ROSELLON, 224

29254



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

823  
W



PR5774  
.T b  
S6

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.

CAPILLA ALFONSIANA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



CAPITULO I

De la casa Bladesover, de mi madre y  
de la constitución de la sociedad

I

La mayor parte de las gentes de este mundo parecen que viven «en carácter»; pues tienen su principio, su medio y su fin, y las tres cosas dependen una de otra y son verdaderas para las reglas de su tipo. Podemos hablar de ellas como si fueran de éste ó de aquél tipo. No son, como dice la gente de teatro, ni más ni menos que «actores en carácter». Tienen su correspondiente clase, su localidad, y saben lo que sucede en ellas y lo que se les debe, y el tamaño adecuado de sus lápidas de panteón, dicen, por último, lo bien que han representado sus respectivos papeles. Pero hay también otra clase de vida en la que no se vive tanto de ensayos. Se ve uno herido de través por alguna fuerza insólita, se ve uno lanzado de la capa general y obligado á vivir siempre atravesado toda la vida. Yo soy precisamente una de esas personas, y por eso me pongo á escribir sobre esto en forma de novela. He recibido tan raras impresiones, que necesito forzosamente decir algo de ellas con la mayor

823  
W



PR5774  
.T 6  
S6

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.

CAPILLA ALFONSIANA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



CAPITULO I

De la casa Bladesover, de mi madre y  
de la constitución de la sociedad

I

La mayor parte de las gentes de este mundo parecen que viven «en carácter»; pues tienen su principio, su medio y su fin, y las tres cosas dependen una de otra y son verdaderas para las reglas de su tipo. Podemos hablar de ellas como si fueran de éste ó de aquél tipo. No son, como dice la gente de teatro, ni más ni menos que «actores en carácter». Tienen su correspondiente clase, su localidad, y saben lo que sucede en ellas y lo que se les debe, y el tamaño adecuado de sus lápidas de panteón, dicen, por último, lo bien que han representado sus respectivos papeles. Pero hay también otra clase de vida en la que no se vive tanto de ensayos. Se ve uno herido de través por alguna fuerza insólita, se ve uno lanzado de la capa general y obligado á vivir siempre atravesado toda la vida. Yo soy precisamente una de esas personas, y por eso me pongo á escribir sobre esto en forma de novela. He recibido tan raras impresiones, que necesito forzosamente decir algo de ellas con la mayor

urgencia. He visto la vida desde diferentes alturas, y desde todas esas alturas la he visto con una especie de intimidad, y sobre todo, de muy buena fe. He sido nativo de mis países sociales. He sido huésped mal recibido de un primo mío que era panadero, que murió después en el hospital de Chatham; he comido ilegalmente de las dispensas de otros — el injustificable regalo del lacayo — y me he visto despreciado por mi falta de estilo (y por consiguiente casado y divorciado) con una hija de un empleado en la fábrica del gas; y, para tocar otros extremos, diré también que en una ocasión me ví — ¡oh días esplendorosos aquellos! — entre la familia de una condesa. Era esta una condesa de aspecto financiero, pero condesa al fin, no les quepa á ustedes la menor duda. En su mesa no sólo encontré lo noble sino lo grande. Recuerdo muy bien que en una ocasión vertí el champañ de mi copa sobre los pantalones del mayor estadista del imperio, en medio del entusiasmo de nuestra mutua admiración; ¡pero líbreme Dios de pronunciar su nombre por envidia ó vanidad!

En esta ocasión (esta es la cosa más accidental de mi vida) asesiné á un hombre... Sí, es mucha verdad, yo he visto gran variedad de gentes y diferentes maneras de vivir. Casi todas eran personas muy extrañas, altas y bajas, muy parecidas en su fondo, y completamente diferentes en sus superficies. Hubiera deseado poder abarcar más categorías, altas y bajas. Comprendo que debe ser muy interesante y divertido al mismo tiempo conocer á personas reales. Pero mi contacto con los príncipes se ha limitado siempre á las veces que los he visto por la calle, y por el otro extremo de la escala social tampoco he tenido ocasión de alterar con la gente sucia y empolvada que anda á pie por las carreteras y se reúnen á beber en los ventorros. Mi trato con la jerarquía de duques no fué tempoco muy importante; en una ocasión salí de caza con un duque y cometí la torpeza de pe-

garle un tiro en las pantorrillas, pero no le dí.

Siento por lo tanto no haber podido completar el estudio de todas las clases...

El lector querrá saber, como es natural, cómo me arreglé para estudiar estas clases sociales, esta gran sección del organismo social británico. Por un accidente de nacimiento, por eso fué, sí, señores. Y este nacimiento ocurrió en Inglaterra. Yo era el sobrino de mi tío, y mi tío era nada menos que Eduardo Ponderevo, cuyo tránsito financiero parecido á un cometa, ocurrió hace diez años. ¿No recuerdan ustedes los días de Ponderevo, quiero decir sus grandes días? ¡Será porque no les interesa ni poco ni mucho las comisiones rentísticas! Pero tienen ustedes que conocerle por fuerza, porque si bien es verdad que aquello fué tan fugaz como el paso de un cometa, en cambio dió un trueno tan grande como si hubiese estallado en el espacio un cohete enorme de grande, y todos los accionistas hablaron de su estrella. ¡Cielos, qué tiempos aquellos! ¡El Napoleón de las conveniencias domésticas!...

Yo era su sobrino, su peculio é íntimo sobrino, y andaba siempre cogido á los faldones de su levita. Antes de principiar sus especulaciones le ayudaba á hacer píldoras en su laboratorio de Wimplehurst. Se puede decir que yo era la caña de su cohete, y después de habernos elevado considerablemente, después de haber jugado con muchos millones, y derramado una lluvia de oro desde las alturas, cuando mis juveniles ojos principiaban á vislumbrar el mundo moderno, caí medio derrengado cerca del Támesis en medio del estruendo de las hermosas realidades de la industria del acero, y me encontré que tenía veintidós años, que había velado la juventud y que era preciso pensar en algo serio...

Participo á ustedes que este libro va á resultar una aglomeración de muchas cosas. Necesito trazar mi trayectoria social (y la de mi tío) como línea principal de mi historia, pero como es mi primera

novela, y seguramente será la última, tengo por fuerza que introducir en ella todo lo que me llamó la atención, todas las cosas que me impresionaron y divertieron, vengan ó no á cuento. Necesito hablar de mis extraños amores tal como realmente fueron, porque estos amores me trastornaron de mala manera, me dejaron tan mal parado que aun hoy veo lo conveniente que será que escriba de aquel asunto que tanto tiene de discutible. Pero al hablar aquí de dichos amores será probable que me meta también en descripciones de ciertas personas que podíamos llamar transuentes, y lo haré solamente porque me complace recordar lo que hicieron y dijeron, y sobre todo como se portaron conmigo en mis breves pero brillantes días del Tono-Bungay. Sí, tengo que introducir en esta novela muchas cosas. Las ideas que tengo yo sobre la novela son mucho más comprensivas que austeras...

## II

He repasado lo que acabo de escribir, y confieso que me quedan mis dudas respecto á si con lo dicho quedará bien explicado lo que pensaba decir de este libro. Veo si, que la impresión que tendrá el lector que lea las anteriores líneas, es que deseo hacer un almodrote de anécdotas y sucesidas, colocando á mi tío en medio como figura principal. Tengo que tratar de muchísimas cosas, pero comprendo que en medio de todo la idea principal mía es tratar aquí de la vida — tal como la encontró un hombre. Deseo hablar de mí mismo, de las cosas que me obligaron á sentir intensamente las leyes, las tradiciones, las costumbres é ideas que llamamos sociedad, y como marchamos nosotros revueltos en medio del torbellino que nos empuja incesantemente. Creo haber principiado á la edad cuando las cosas comienzan á tomar formas que tienen ya aire de realidad, cuando ya no

se prestan al ensueño, cuando las cosas, digo, son interesantes. He alcanzado la edad de la crítica del novelista, y aquí estoy ya escribiendo ahora mi novela, mi propia novela, sin poseer ninguna disciplina para poder refrenarme ú omitir lo que convenga, dotes que supongo adquiere el novelista de oficio.

Antes de coger la pluma para escribir este libro he leído bastantes novelas, y veo que me será imposible seguir las reglas del arte, no podré refrenar mis ímpetus. Tengo grandes deseos de escribir, pero ignoro la técnica, no sé como se escribe una novela, porque no soy escritor, soy ingeniero; he hecho varios proyectos y no tengo más que ideas. En ingeniería estoy bastante fuerte, sobre todo en lo que se relaciona con las turbinas y otra clase de maquinaria, y también he estudiado algo por afición las máquinas voladoras; así es que mi libro va á resultar bastante flojito por falta de costumbre, por lo que tendré que bregar mucho para desarrollar aquí lo que bulle en mi cabeza. Y el caso es, que lo que tengo que decir no es ningún cuento ni mucho menos, sino realidades indómitas. Deseo referir sobre todo mis amores, y si logro interesar al lector con mi narración, habré conseguido bastante; pero estos amores van mezclados con otras varias cosas, y de ahí precisamente dimanan mis dificultades, así es que veremos cómo salgo de este atolladero...

Pero basta ya de preámbulos; creo que con lo dicho hay más que suficiente para disculparme por mi falta de método en lo que seguirá después. Allá van mis impresiones de muchacho tal como las siento, y lo que me sucedió en la casa Bladesover.

## III

Andando el tiempo llegué á comprender que la casa Bladesover no era lo que parecía, pero de muchachito lo tomaba todo con la fe ciega de un com-



pleto y auténtico microcosmo. Creía que el sistema Bladesover era un pequeño modelo del mundo en conjunto.

Procuraré explicarme para ver si consigo que el lector se forme una idea exacta de todo esto.

Bladesover está situado en Kentish Downs, á unas ocho millas de Ashborough; y su antiguo pabellón, pequeña parodia de madera del templo de Vesta en Tivoli, edificado en la cresta de la montaña que hay detrás de la casa, domina en teoría el Canal de la Mancha, que se ve allá por la parte Sur, y el Támesis que se descubre por el Noreste. El parque de esta finca es el segundo, en extensión, de Kent; tiene magnífico arbolado, el más altísimo, hayas y castaños gigantes, y su parte de manigua ó matorral, con arroyuelos cruzados por puentecitos rústicos y grandes claros cubiertos de césped. La casa es de ladrillo encarnado y data del siglo dieciocho, es muy grande y se parece mucho á los castillos de Francia. Además de esta casa señorial hay en la extensa finca otros edificios, como son la casa de labranza, los graneros, etc., pues hay extensiones considerables de tierras donde siembran cereales. Casi cubierta por los altos álamos está la iglesia de la aldea inmediata de Ropedean, situada hacia la parte Norte de la finca. El párroco de esta iglesia se quejaba, por aquél entonces, de que, debido á lo mucho que tenían que pagar al señor de aquellas tierras, no podían prosperar sus feligreses.

La inevitable sugestión de esta gran finca que dominaba la iglesia, la aldea inmediata y gran parte de aquella comarca, era que sus dueños representaban la casa más importante del mundo, y que todas las demás casas eran insignificantes en comparación con ellos. Representaban la nobleza, la calidad, entre las demás gentes del mundo, y todos aquellos trabajadores del campo, todos aquellos colonos, criados de la casa, habitantes de la aldea inmediata y hasta los comerciantes de Ash-

borough, respiraban porque ellos se lo permitían. El lujo de los grandes salones de aquella hermosa casa contrastaban con la suma pobreza de las habitaciones de la casita del cura, con las oficinas de correos de la aldea y con los demás edificios. Tenía yo por aquel entonces unos trece ó catorce años, y á esa edad, no sé si por haber heredado de mi padre algo de escepticismo ó por alguna otra causa, principié ya á dudar si el vicario señor Barlett, conocía realmente todo lo concerniente á Dios; y después dí un paso más, y comencé á pensar también en si era justo que existiera en el mundo esta clase de nobles que miraban con tanta indiferencia á los que no lo eran. A esa edad empecé yo ya á sublevarme; resolví casarme con la hija de un vizconde, y en abierta rebelión le amaraté el ojo izquierdo, — creo que fué el izquierdo, — á un hermanastro de la muchacha.

Esto lo explicaré después en su lugar correspondiente.

Aquella gran casa, la iglesia, la aldea, los trabajadores y demás dependientes, me parecían á mí que formaban un sistema completo social. Cerca de esta finca había otras pertenecientes á otros señores, que paseaban olímpicamente por las alamedas de sus propiedades, y todas aquellas aldeas inmediatas, que no eran más que agrupaciones de casas dentro de sus tierras, les pertenecían, y creía yo que aquel era el orden de todo el mundo. La idea que yo tenía de Londres es que era un pueblo como aquellos de provincias, pero muy grande, donde la nobleza tenía sus casas y compraban cosas magníficas en las tiendas, y que á la cabeza de la nobleza estaba la reina, que formaba ya la suprema nobleza. Mi madre me había instruído en todas estas cosas tan cuidadosamente, que podía yo haber seguido viviendo en el Limbo de haber observado al pie de la letra sus consejos.

Aun hay muchísimas personas en Inglaterra para las cuales no ha amanecido todavía el nuevo día.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

Hay momentos que dudo mucho si la mayor parte de los ingleses se han dado cuenta de que hoy no existe ya el orden que regía antiguamente. Las ideas de democracia, de igualdad y sobre todo de promiscua fraternidad, no han entrado en realidad en la mente del inglés. Nuestro pueblo no formula nunca; guarda las palabras para las chanzas y las ironías. Mientras tanto permanecen las formas y actitudes antiguas, aunque algo cambiadas. La casa Bladesover está hoy alquilada con muebles y todo á sir Renben Lichtenstein, la alquilaron poco después de morir la anciana lady Drew. Mi madre fué ama de llaves de esta casa, y yo estuve en ella cuando mi tío se hallaba en el apogeo del Tono-Bungay. Visité después esta casa y hallé alguna diferencia en ella, pero la gente de la aldea, según pude observar, seguía lo mismo que antes; para ellas no había diferencia de ninguna clase; al pasar por la aldea me saludaron algunos de los que me conocían, y tuve intenciones de detenerme un momento para hacerles algunas preguntas sobre los antiguos dueños de la finca, pero después no lo hice.

En aquella parte de Inglaterra donde pasé mi niñez cada ser humano tenía su «puesto», que le pertenecía por derecho de nacimiento, como le pertenece á uno el color de sus ojos, era una cosa natural, era el destino de la persona. Los que eran más que uno estaban arriba, y los que eran menos estaban abajo, y no había que pensar en que por algún cambio inesperado de la fortuna variaran las cosas; aquello era inexorable, no podía variar nunca, no había que pensar en que llegase un día que pretendieran ser nuestros iguales. Lady Drew era la cabeza y centro de nuestro sistema, y aquella anciana, y su prima la señorita Somerville, que eran tan anciana como ella, y la acompañaba por todas partes, vivían recordando sus genealogías en la casa Bladesover, como viven dos pepitas en un hueso seco de fruta. Recuerdo muy bien que cuando era yo un chiquilla consideraba á estas dos pobres cria-

turas, cargadas de años, como si fueran el mismo Dios. Cuando salían á pasear un poco por el parque huía yo en seguida y me ocultaba entre los árboles para que no me vieran; pero algunas veces tenía que presentarme ante ellas por expreso mandato, y entonces me decían que confiaban que sería buen muchacho. Después que me peleé á puñetazo limpio con el joven Garvell, no volví á ver á estas dos viejas aristócratas.

## IV

En la casa Bladesover había muchas cosas que me fastidiaban soberanamente; una de ellas era la hora de tomar el te, sobre todo cuando estaban las señoras Mackridge, Booch y Latude-Fernay. Eran antiguas protegidas de lady Drew, que les daba un te cada año. A pesar del tiempo transcurrido me acuerdo muy bien de las tres así como de la señorita Fison, que era doncella de la casa. La señora Mackridge era alta y morena, y se pintaba el cabello, aunque según se decía llevaba peluca, y había sido camarera de la viuda de sir Roderick Blendershasset Impey, que fué gobernador de la India, y lady Impey debió ser una mujer de un orgullo y altanería insoportables, á juzgar por lo que se le había pegado de ella á la señora Mackridge, que era el verdadero espíritu de la contradicción, pues bastaba que dijera uno que hacía buen día para que contestase ella que donde teníamos los ojos.

La señora Booch era bajita, de cabello castaño, con unos ricitos que le tapaban las orejas, ojos azules muy grandes, y muy oportuna en contestar. De la señora Latude-Fernay, no recuerdo más que su nombre y que era rubia. La señorita Fison, camarera de lady Drew y al mismo tiempo de la señorita Somerville, mi madre y el despensero Rabbits, se sentaban también á la mesa. Los recuerdo á todos como si los estuviese viendo ahora; me parece que en este momento les oigo hablar.

—¿Quiere usted azúcar, señora Mackridge? ¿y usted señora Latude-Fernay?— acostumbraba á preguntar mi madre.

La palabra azúcar daba ocasión para que la señora Mackridge dijera en tono despectivo que, había muchas personas que no lo tomaban porque hacía engordar demasiado.

—Pero con el te no sucede eso,—dijo Rabbits dándoselas de hombre inteligente.

—No sé lo que llegarán á decir con el tiempo,—dijo la señorita Fison.

—¡Dicen unas cosas por ahí!—exclamó la señora Booch.

—Dicen que los médicos no lo recomiendan ahora,—dijo con mucha gravedad la señora Mackridge.

—¿No lo recomiendan?—preguntó mi madre.

—No, señora,—contestó la Mackridge.

—¡No muevas tanto la silla, Jorge!—exclamó mi madre dirigiéndose á mí.

Después de hablar por lo regular de lo que decía *The Mornig Post*, diario que leía la señora Mackridge, y por eso estaba muy al corriente de los que iban empleados á las colonias. «Se dice que á lord Tweedums lo han destinado al Canadá».

—¡Ah!—exclamó Rabbits,—¿va por fin allá?

—No es él,—dijo mi madre.—Es el primo del conde Slungeld.

—Sí, señora, tiene usted razón,—dijo la señora Mackridge,—él es el que va al Canadá.

Aunque yo era por entonces un muchachito que no hacía más que escuchar todo esto que decían allí de los altos empleados que iban á las colonias británicas, no por eso dejaba de pensar en si aquellos colonos tendrían siempre la paciencia de aguantar á todos estos invasores aristócratas, que salían de Inglaterra para gobernarlos.

## V

Me sería algo difícil el poder explicar aquí, el por qué no hice yo lo que otro cualquiera hubiera hecho en mi lugar en aquellas circunstancias. El no hacerlo creo que obedeció á cierto escepticismo innato y á cierta ineptitud para la asimilación simpática. Creo que mi padre fué bastante escéptico; mi madre era además una mujer muy seria, de carácter verdaderamente duro.

Por entonces, que como ya dejo consignado era yo un chicuelo de poca edad, no sabía siquiera si mi padre vivía ó si había muerto. Abandonó á mi madre cuando aun no tenía yo uso de razón, y ella indignada destruyó todo lo que pudiera traerse á la memoria. No pude ver su fotografía ni una sola línea escrita por él, y si mi madre no llegó á romper y quemar la partida de casamiento, fué indudablemente por el aceptado código de virtud y discreción, que si no también hubiera hecho trizas este documento. Supongo que debí heredar algo de la moral estúpida que permitió á mi madre hacer un holocausto hasta de la cosa más insignificante que tenía de mi padre. Lo único que guardaba de sus regalos era el anillo de boda, lo demás lo destruyó todo. Ni me dijo nunca su nombre de pila, ni me quiso hablar una sola palabra de él, y lo poco que llegué á saber de mi padre lo supe por su hermano, por mi héroe, por mi tío Ponderevo. Mi madre llevaba puesto el anillo nupcial, y la partida de casamiento la tenía en un sobre lacrado que guardaba en el fondo de un baúl. Tengo además que participar á ustedes que no pasé todo el tiempo de mi niñez en la casa Bladesover; mi madre me metió interno en uno de los colegios que hay en las montañas de Kent, y cuando tenía unos trece años pasaba de cuarenta á cincuenta días, cada año, en dicha casa con mi madre.

En estos días de vacaciones disfrutaba yo mu-

cho en aquella hermosa finca, tan extensa que en la parte de bosque y matorral había bastantes ciervos, cuyos balidos me entusiasmaban á mí y corría detrás de ellos hasta que me cansaba y volvía á la casa. Sir Cuthbert, hijo de sir Matthew que mandó edificar la casa, había reunido una gran colección de libros raros, que mi madre me permitía examinar y leer, los días lluviosos que no podía yo correr por el parque. La mayor parte de estos libros eran de gran tamaño, y con muchas láminas y grabados de todas clases, con cuyo examen pasaba yo muy buenos ratos al lado de mi madre.

La habitación donde estaba la biblioteca era enorme de grande; había muchas ventanas con grandes cortinones de damasco, y cuadros muy buenos por las paredes; todo esto parece que lo estoy viendo ahora á pesar del tiempo que ha transcurrido.

## VI

El colegio donde me metió mi madre era de lo mejorcito que permitía la localidad de Bladesover. Las escuelas públicas se habían establecido en los primeros albores del Renacimiento, y á ellas iban solamente los muchachos de las familias principales, porque los de las clases pobres se suponía que no tenían necesidad de ir á la escuela. Mi colegio era muy malo, lóbrego y sucio, pero para lo que pagaba de pensión resultaba bastante bueno, y no me explico cómo su dueño lo podía mantener.

El tiempo que estuve en este colegio no lo pasé, que yo recuerde, muy mal; al contrario, me divertí bastante con mis compañeros, porque no faltaban juegos ni riñas, sobre todo riñas, que estaban entonces á la orden del día, y á cada momento salimos uno ú otro descalabrados. El director y propietario del colegio nos explicaba aritmética y álgebra, y á otros muchachos de más edad les explicaba también trigonometría, así es que la enseñanza

no era del todo mala para lo que se enseñaba en aquel tiempo.

En aquel colegio teníamos un privilegio inestimable, que era el completo abandono espiritual; parecíamos indios pieles rojas, por la gran libertad que teníamos respecto á las prácticas religiosas. Los domingos corríamos por aquellos alrededores desenfrenadamente, y gastábamos en la aldea inmediata los pocos peniques que teníamos en carretillas y petardos, ó en algún papelucho con monigotes, mal escrito y peor dibujado; comprábamos por lo regular uno que llevaba por título *Boys of England*. Por aquella parte de Kent había por entonces muy buenas huertas, que nosotros asaltábamos para robar fruta y cometer otras muchas diabluras. Mi condiscípulo Roots, que era de Highbun, se trajo de su casa escondido un revólver y varias cápsulas, y á los dos ó tres disparos que hizo en el campo un día de fiesta, se rompió un dedo y se chumascó la cara. Entre mis compañeros de colegio había una que se llamaba Rickmann Ewart, que hoy es un buen artista, con el que intimé mucho; éramos muy buenos amigos desde que le hice una traducción de Vathek...

## VII

Poco después vino mi trágica desgracia, cuando apenas había cumplido los catorce años de edad.

Sucedió esto durante las vacaciones de verano, y la ocasionó la honorable Beatriz Normandy, que como vulgarmente se dice se presentó en mi camino.

Era una muchachita de ocho años que vino con su haya Nannie, mujer que á mí no me gustaba ni poco ni mucho, á la casa donde estaba mi madre, y tomaba el té con nosotros. Aquella irrupción nos disgustaba á todos, sobre todo á mi madre, por la mucha molestia que le daban. Nannie era una mujer morena, alta y seca, tenía más de hombre que de mujer, y no pensaba más que en servir con devoción ciega á sus amos, de los que

esperaba que le aseguraran la vejez; para ella no había en el mundo más que sus amos y el cuidado de su señorita Beatriz, que condescendía con las rarezas de su haya.

Beatriz era una niña encantadora, de tez sonrosada y hermosos ojos y yo llegué á conocerla tan íntimamente que puedo dar hoy detalles de ella que hubieran pasado desapercibidos por ustedes si la hubieran conocido. Comprendí muy pronto que la única persona interesante para ella de las que nos sentábamos á la mesa era yo, porque del señor Rabbits no hacía caso, ni lo miraba siquiera, mientras que á mí no me quitaba la vista de encima, hasta tal punto que me desconcertaba completamente con sus insistentes miradas. Una tarde estábamos como de costumbre tomando el té cuando exclamó:

— Nannie — y Nannie dejó á mi madre con la palabra en la boca para atender á ella; — ¿es criadito? — dijo señalándome á mí.

— Isss, — dijo Nannie. — Es el señor Ponderevo.

— ¿Pero es un criadito? — repitió Beatriz.

— Es estudiante — dijo mi madre.

— ¿Entonces podré hablar con él, Nannie?

Nannie se quedó un momento examinándome con aire de brutal inhumanidad, y luego contestó á su señorita:

— Sí, podéis hablar, pero no mucho. No, — volvió á decir constestando á otra pregunta que le hizo la niña en voz baja.

Beatriz se sonrió y comenzó á examinarme con más detenimiento que antes.

— Tiene las manos sucias y un arañazo en el cuello, — dijo de pronto sin dejar de comer dulces.

Sentí muchísimo la salida de la muchachita, y desde aquel momento me propuse presentarme en la mesa de modo que pudiera llamarle la atención. Sin que me lo ordenara mi madre me lavé bien las manos, la primera vez en mi vida que lo hacía sin que me lo mandaran, y me aseé todo lo que pude.

Desde este día conversé con Beatriz; y por haber cogido la niña un constipado que la retuvo unos días en su habitación, pude subir á verla después de haberselo pedido á su niñera con insistencia. Me dijo Nannie que la señorita deseaba verme, porque se aburría sola en su cuarto, y yo entré con mucho gusto y pasé toda una tarde entretenido con sus bonitos y costosos juguetes. Nannie nos dejó solos en el cuarto, y yo me encontraba allí con la aristocrática señorita, como el pez en el agua. Era la primera vez que jugaba yo con una niña tan guapita como Beatriz, y ella me trataba como si fuera yo alguno de sus juguetes. El caso fué que aquella noche durmió muy bien, según confesión de Nannie, y se restableció en dos ó tres días. La niña era muy despierta, y le dijo á lady Drew y á mi madre, que le gustaban mucho mis maneras, y que deseaba jugar conmigo todos los días aunque no fuera nada más que un par de horas, y desde entonces ya no me separaba de ella en todo el día; siempre íbamos el uno detrás del otro, y para mí era aquella niña un juguete preciosísimo no visto antes.

Pasaron las vacaciones y tuve que volver al colegio, y al llegar le supliqué á mi compañero Ewart que me hablara de asuntos amorosos, porque aquello me gustaba ahora mucho más que la que hacíamos antes.

Vinieron otras vacaciones y volví á jugar con Beatriz pero, después vino también mi desventura, mi verdadera desgracia.

## VIII

Voy á escribir ahora todo lo que me pasó; procuraré ordenar las cosas lo mejor posible, porque encuentro, por primera vez en mi vida, que la memoria es una cosa muy inconstante é irracional. Recuerda uno de los actos y no recuerda los motivos; recuerda uno vivamente los momentos que se man-

tienen inexplicables; cosas que flotan en el aire, pero que no tienen ligazón unas con otras, y que no conducen á nada. Creo que en mis segundas vacaciones debí ver á Beatriz y á su hermanastro varias veces en Bladesover, pero realmente no puedo recordar muy bien la calidad de las circunstancias. La gran crisis de mi infancia se mantiene viva como cosa efectiva, como cosa principal para mí, pero cuando trato de buscar los detalles — particularmente los detalles que se relacionan con las crisis — no puedo encontrarlos de ningún modo completamente desarrollados. Este hermanastro, que se llamaba Archie Garvell, fué un nuevo factor en el asunto que traigo entre manos. Recuerdo muy bien que era un muchacho rubio, de mirada recelosa, flacucho y mucho más alto que yo; y recuerdo también que nos odiábamos los dos por instinto desde que nos vimos por primera vez; pero no puedo recordar dónde le ví la vez primera.

Entre los innumerables primos de lady Drew, había varios candidatos á la posesión de Bladesover, pero la anciana señora de aquella gran finca no se inclinaba ni por uno ni por otro; se mantenía impassible sin insinuar siquiera ni remotamente quién heredaría sus propiedades cuando muriera. Entre el número de los pretendientes se encontraba lord Osprey, á quien la apergaminada señora demostraba más aprecio que á los demás parientes, porque era pobre; pero yo creo que lo hacía por la necesidad en que se hallaba de tener á su alrededor algunas personas que le tuvieran cariño. Nannie había dejado este mundo casi precipitadamente, y Beatriz estaba ahora al cuidado de una señora joven muy amable, cuyo nombre no llegué nunca á saber, que era hija de un militar. Beatriz seguía esta segunda vez de mis vacaciones buscándome por todas partes para jugar y correr por los extensos jardines, como jugábamos y corríamos antes.

A los catorce años de edad entendía yo ya algo de asuntos de amor; sabía positivamente que es-

taba enamorado de Beatriz, y que Beatriz lo estaba de mí. Los que dicen que á esa edad á que me refiero no se sabe una palabra de lo que es el amor ni se siente nada, lo hacen porque es decente y conveniente que lo digan, pero yo no puedo por menos de decir aquí que Beatriz y yo nos amábamos mucho aun siendo tan niños, y que nos besábamos y abrazábamos cuando estábamos solos.

Recuerdo perfectamente la conversación que tuvimos los dos un día que nos metimos entre unos árboles muy espesos, cuyas caídas ramas formaban como una bóveda donde podíamos estar sin que nos viera nadie. La conversación fué muy seria, ¡ya lo creo! como que hablamos de mi posición social y de otras muchas cosas.

— Yo no quiero á Archie, — dijo ella de pronto sin venir á cuento, y sin que yo le preguntara nada de esto; y acercando mucho su boca á mi cara me dijo en seguido en voz muy bajita; — ¡quiero á ti mucho, mucho!

Pero antes de esto se había estado cerciorando de que yo no era criado de casa ni lo sería nunca de nadie.

— Oye, no serás nunca criado, ¿eh?

Me apresuré á contestarle que en mi vida sería yo tal cosa; se lo juré por dos ó tres veces.

— ¿Qué serás? — me preguntó de pronto.

Me puse á pasar revista mentalmente á las profesiones.

— ¿Serás militar? — volvió á preguntar al ver que yo tardaba en contestar.

— No sé, puede ser que sea marino, — le dije yo por último.

— ¿Te gustan los combates?

— ¡Ya lo creo que me gustan! yo no tengo miedo ni le temo á nadie.

Y al decir esto le confesé que yo era pobre, y por eso deseaba entrar en la armada, porque sabiendo matemáticas podía llegar á ser algo, y entonces le puse el ejemplo de Nelson, y le pinté el

gran porvenir que tenía yo en las azuladas aguas del mar.

— Nelson amó mucho á lady Heamilton, — dije yo, — aunque era una verdadera señora, y yo te amo á ti.

A todo esto nos habíamos puesto tan juntitos los dos que ya no lo podíamos estar más, y cuando oímos las voces de la egregia institutriz que gritaba desesperadamente: «¡Beatriz! ¡Beatriz!», mi compañera exclamó indignada:

— ¡Qué bestia que es esa mujer! ¡Ven aquí, ven! — dijo á continuación cogiéndome del brazo para internarnos más en el matorral, y acercando mucho su cara á la mía me dijo callandito:

— Mira, tú eres mi fiel amante, ¿lo sabes?

— Soy tu humilde y fiel amante, — le contesté en el mismo tono de voz.

Aun no había terminado yo de pronunciar estas últimas palabras cuando me echó los brazos al cuello y comenzó á besarme con verdadera pasión, y aunque yo era un muchacho principiaron á temblarme las piernas y la besé tanto como ella me besó á mí.

— ¡Beaatriz!... — la voz se oía ahora más cerca y mi dama salió escapada de entre los jarales, sofocada, con el cabello desordenado y con un zapato en la mano que se le había caído.

Me mantuve allí agazapado, y oí las reprensiones de la institutriz y las palabras entrecortadas y vacilantes de Beatriz, que no acertaba á explicar el estado de sofocación en que se hallaba ni lo que había estado haciendo en el matorral.

Recuerdo también que otro día nos metimos en el pinar que había en la parte Oeste de la finca, pero esta vez venía con nosotros su hermanastro, que me era sumamente antipático. Estuvimos jugando á los indios, que consistía en correr uno detrás de otro; y tanto corrimos que por fin nos metimos Beatriz y yo en una espesura del bosque y le dejamos plantado sin saber por donde tirar. Allí nos abra-

zamos y besamos repetidas veces, y tan entusiasmados estábamos en este agradable entretenimiento, que sin advertirlo nos metimos en un terreno muy humedo y blando, de donde salimos como Dios nos dió á entender; y allí nos cogió su hermanastro después de mucho buscar por el bosque.

Archie y yo comenzamos entonces á discutir sobre el juego que consistiría en quién sería dueño de Beatriz. Recuerdo que le hice una proposición muy aceptable, pero á él no le gustó: yo sería un noble español, ella sería mi esposa y él representaría á una tribu de indios que trataría de robármela, pero Archie se ofendió al oír esto y exclamó indignado:

— ¡Eso no puede ser!

— ¿Que no puede ser? — dije yo.

— Tú no puedes hacer de caballero, porque no lo eres, y Beatriz no puede ser tu esposa, porque eso es un absurdo, una impertinencia, ¿lo oyes? una impertinencia.

— Pero... — dije yo, y me quedé mirando á Beatriz.

— Te permitimos que juegues con nosotros, — dijo entonces Archie, — pero no podemos hacer eso que tu dices.

— ¡Qué tontería! — exclamó Beatriz; — si él quiere puede hacerlo, ya lo sabes.

Se conformó entonces Archie, mas á los tres ó cuatro minutos empezó de nuevo á poner dificultades y á decir que aquello no podía ser.

— Mira, no quiero que juegues con nosotros, — me dijo poniéndose muy serio.

— Jugará, quieras ó no — contestó Beatriz.

— Pues yo no quiero que juegue, — dijo Archie acercándose más á mí en actitud amenazadora.

Dí un paso hacia atrás, y me dispuse á repeler el ataque que no se hizo de esperar, pues en aquel momento se echó sobre mí y me dió un golpe en la mejilla, y entonces principió á reirse de gracia que había hecho; pero yo me transformé

en seguida en una cosa terrible, y aunque él estaba más acostumbrado que yo á boxear, á las dos ó tres acometidas le alcancé un puñetazo con toda mi fuerza en la cara y le amoraté un ojo; pero no fué aquélo sólo, y aunque él me hizo sangre en un labio, yo en cambio le di varios puñetazos en la cara y en el pecho que lo atonté de mala manera.

Es tan viva la imagen que tengo de aquella lucha, que á pesar del tiempo transcurrido me parece que estoy viendo en este momento á Beatriz como corría dando vueltas á nuestro alrededor, mientras mi rival y yo nos estropeábamos á puñetazo limpio. De pronto oímos una exclamación que nos hizo suspender nuestras acometidas.

— ¡Alto, bárbaro! — dijo mi rival.

— ¡Lady Drew! — exclamó Beatriz á mi espalda.  
— ¡Se han golpeado horriblemente! ¡se han peleado!  
— volvió á decir Beatriz.

Me volví en seguida y vi á las dos ancianas muy emperifolladas que habían llegado hasta allí paseándose. Beatriz se acercó á ellas con aire de pedirles protección, y se puso á su lado. Nosotros dos estábamos jadeantes y muy abatidos. Las señoras estaban temblando, casi no se atrevían á acercarse á nosotros.

— ¿Por qué os habéis peleado de ese modo? — preguntó lady Drew.

— ¡Este es Jorge, el hijo de la señora Ponderevo! — exclamó la señorita Somerville, como queriendo poner más en evidencia mi ingratitud y mi sacrilegio.

— ¿Y cómo te has atrevido tú á hacer una cosa como esa? — exclamó lady Drew poniéndose muy fea.

— Ha quebrantado las reglas del desafío, — dijo Archie respirando con gran dificultad. — Me resbalé y se echó encima de mí golpeándome en el suelo.

— ¿Cómo te has atrevido á hacer eso? — volvió á preguntarme lady Drew.

En vez de contestar saqué el pañuelo de mi bolsillo para limpiarme la sangre de los labios; es-

taba tan fatigado que no podía hablar una sola palabra.

Beatriz se había puesto detrás de las dos señoras, y miraba con insistencia cómo me limpiaba la sangre que me salía de los labios. Yo seguía callado esperando el resultado de todo aquello; no lograron que pronunciara una sola palabra.

## IX

En casa se habló mucho de esta riña, y la honorable Beatriz Normandy me hizo traición cuando apenas había cumplido los diez años de edad; me abandonó, me hizo traición y hasta llegó á cobrar-me odio, á pesar de los muchos besos y abrazos que nos habíamos dado. Siguió en buenas relaciones con su hermanastro y á mi me calificaron de tunante y desenfrenado libertino, me calificaron como á un sér peligroso que había que huir de mí como de la peste.

Lady Drew en cambio estuvo bastante razonable, y le dijo á mi madre que no se afligiera por lo que había pasado, porque al fin y al cabo eran cosas de muchachos. Pero mi madre estaba alarmadísima, consideraba aquel acto mío como una gran insubordinación, y por último se decidió á hablarme y me impuso como castigo que pidiera perdón al joven Garvell.

— Anda, — me dijo — ya puedes ir á pedirle perdón.

— No tengo que pedir perdón á nadie — contesté yo muy decidido.

Mi madre se quedó asombrada al oír aquella negativa mía tan rotunda y terminante.

Al ver yo que no contestaba volví á decirle:

— Le digo á usted que no tengo que pedir perdón á nadie ¿me comprende?

— Pues si no quieres pedirle perdón tendrás que marcharte con tu tío Frapp á Chatham.



— Iré donde sea necesario, pero no pediré perdón á nadie; ya lo oye usted.

Y no se lo pedí.

Comprendo que mi pobre madre debió de sufrir mucho aquellos días. Como madre se compadecía de mi suerte, y por necesidad tuvo que ponerse de parte de aquel caballero, que era de la familia de la señora de la casa, y decirle que sentía yo mucho el haberle pegado tan fuerte. ¡Pero que había yo de sentirlo! al contrario, lo que sentía era no haberle hecho más daño.

A los dos ó tres días de estos acontecimientos subí al coche de Redmood con mi pobre equipaje, sin sentir lo más mínimo lo que había hecho; lo único que sentía era que la honorable Beatriz Normandy me hubiese repudiado, y hubiese huido de mí como se huye de la lepra, y que no se hubiera dignado siquiera salir al jardín para decirme adiós. Indudablemente debió pensar que al fin y al cabo era yo hijo de una criada, y que no valía la pena de molestarse por tan poca cosa...

Durante el camino fui pensando en cosas que me consolaban y animaban al mismo tiempo; pensaba que algún día volvería á Bladesover con mucho dinero, fuerte y poderoso, algo así como Coriolano. No recuerdo bien los detalles de este sueño, pero es indudable que debía pensar en desplegar mucha magnanimidad...

Lo cierto es que no me arrepentí de haber dado aquella gran paliza al joven Garvell; ni me arrepentí entonces ni me arrepiento ahora.



## CAPITULO II

### De cómo me ví lanzado al mundo y de lo último que ví en Bladesover

Para castigar mi rebelión me mandó mi madre á casa de su primo Nicodemo Frapp, y después estuve también de aprendiz en el laboratorio de mi tío Ponderevo.

Al poco tiempo de estar en casa de mi pariente Frapp me escapé y volví á Bladesover.

Este pariente Nicodemo Frapp era panadero, y tenía la panadería en una calle estrecha y lóbrega de Chatham. Era un pobre hombre, que andaba siempre con pegotes de masa por cabeza y cara, y que estaba completamente dominado por su mujer, que era mucho más joven que él, bajita y rechoncha, locuaz y más mala que un demonio. Hasta ahora que me pongo á escribir lo que me pasó en aquellos días ya lejanos, no había vuelto á pensar en aquel desgraciado que representaba la tradición perfecta de la servidumbre. Era mi pariente un hombre que ni tenía entusiasmo por vestir bien, ni por la vida, ni por nada; vestía como quería su mujer que vistiera; ella misma elegía la tela, cortaba las prendas y las cosía bien ó mal, y hasta la barba y el cabello lo había de llevar como ella quería, porque ella misma se lo cortaba y arreglaba. Mi madre ya me lo había dicho:

— Iré donde sea necesario, pero no pediré perdón á nadie; ya lo oye usted.

Y no se lo pedí.

Comprendo que mi pobre madre debió de sufrir mucho aquellos días. Como madre se compadecía de mi suerte, y por necesidad tuvo que ponerse de parte de aquel caballero, que era de la familia de la señora de la casa, y decirle que sentía yo mucho el haberle pegado tan fuerte. ¡Pero que había yo de sentirlo! al contrario, lo que sentía era no haberle hecho más daño.

A los dos ó tres días de estos acontecimientos subí al coche de Redmood con mi pobre equipaje, sin sentir lo más mínimo lo que había hecho; lo único que sentía era que la honorable Beatriz Normandy me hubiese repudiado, y hubiese huido de mí como se huye de la lepra, y que no se hubiera dignado siquiera salir al jardín para decirme adiós. Indudablemente debió pensar que al fin y al cabo era yo hijo de una criada, y que no valía la pena de molestarse por tan poca cosa...

Durante el camino fui pensando en cosas que me consolaban y animaban al mismo tiempo; pensaba que algún día volvería á Bladesover con mucho dinero, fuerte y poderoso, algo así como Coriolano. No recuerdo bien los detalles de este sueño, pero es indudable que debía pensar en desplegar mucha magnanimidad...

Lo cierto es que no me arrepentí de haber dado aquella gran paliza al joven Garvell; ni me arrepentí entonces ni me arrepiento ahora.



## CAPITULO II

### De cómo me ví lanzado al mundo y de lo último que ví en Bladesover

Para castigar mi rebelión me mandó mi madre á casa de su primo Nicodemo Frapp, y después estuve también de aprendiz en el laboratorio de mi tío Ponderevo.

Al poco tiempo de estar en casa de mi pariente Frapp me escapé y volví á Bladesover.

Este pariente Nicodemo Frapp era panadero, y tenía la panadería en una calle estrecha y lóbrega de Chatham. Era un pobre hombre, que andaba siempre con pegotes de masa por cabeza y cara, y que estaba completamente dominado por su mujer, que era mucho más joven que él, bajita y rechoncha, locuaz y más mala que un demonio. Hasta ahora que me pongo á escribir lo que me pasó en aquellos días ya lejanos, no había vuelto á pensar en aquel desgraciado que representaba la tradición perfecta de la servidumbre. Era mi pariente un hombre que ni tenía entusiasmo por vestir bien, ni por la vida, ni por nada; vestía como quería su mujer que vistiera; ella misma elegía la tela, cortaba las prendas y las cosía bien ó mal, y hasta la barba y el cabello lo había de llevar como ella quería, porque ella misma se lo cortaba y arreglaba. Mi madre ya me lo había dicho:

— Mi primo es un buen hombre, muy trabajador, un verdadero burro de carga.

Efectivamente, así lo encontré yo, tal como me lo pintó mi madre. ¡Pobre viejo Frapp! Su única virtud consistía en trabajar como un bestia y decir á todo amén; se levantaba mucho antes del amanecer y se acostaba á la hora de las gallinas; pero á pesar de trabajar tanto no prosperaba, iba de mal en peor, atrasándose siempre y contrayendo nuevas deudas. Para probar su paciencia le dió Dios un enjambre de chiquillos, que se iban muriendo al poco de venir al mundo; pero él seguía humillado como siempre, sin entusiasmo y sin pensar en idear algo para hacer frente á las exigencias de los tiempos modernos.

La divisa de aquella familia era la resignación con la voluntad de Dios, y sufrir con santa resignación todos los contratiempos de la vida. Observé á los pocos días de llegar que no había un sólo libro en toda la casa; verdad es que aunque le hubiera habido tampoco hubiera tenido tiempo de leerlos, pues allí no había tiempo nada más que para trabajar; siempre lo mismo; amasar y cocer pan y vuelta á hacer lo mismo, y los únicos ratos de expansión que tenían eran los momentos que se sentaban á la mesa, y los domingos, que salían de casa para ir á la iglesia con otros vecinos tan desastrados y sucios como ellos, donde cantaban un himno acompañados de las descompuestas voces de un órgano desvencijado.

En un cuartucho estrecho y lóbrego colocaron mi camita, bien mala por cierto, junto á la que ocupaban dos de los supervivientes de la inagotable fecundidad de Frapp, y durante el día lo pasaba yo en la tienda amontonando panes y hablando con mi pariente, sin dejar de trabajar, de lo poco que le daba mi madre por tenerme en su casa; pues decía que aunque era poco, pues no le daba nada más que diez chelines por semana, que le venía muy bien aquella cantidad para poder ir tirando

adelante. No había libros en la casa como ya dejo dicho, pero tampoco había un rinconcito desocupado ni una silla donde yo pudiera pasar un rato leyendo, así es que me inspiraban horror las lóbregues de aquella casa y escapaba siempre que podía para poder respirar por las calles de Chatham con más libertad. Recuerdo que me llamó la atención un papelucho ilustrado que se publicaba por aquel entonces y que se intitulaba *Police News*, cuyos dibujos eran casi todos de crímenes horrendos; amantes asesinados, otros que morían retorciéndose por haberse tomado un vaso de vitriolo; trenes asaltados por bandidos, casas hundidas por una explosión, y cosas por el estilo...

Después de esta estancia mía en Chatham no volví á ir por allí; la impresión que dejó en mí mente aquella visita fué de que todo aquello era muy sucio y horriblemente feo, y todos los pueblecitos inmediatos eran los mismo, pues una vez me aventuré á ir á Rochester y también ví que era un pueblo de calles estrechas y sucias.

Las camas donde dormíamos mis dos primos y yo estaban tan juntas que casi formaban una sola. Al mayor no lo veía nada más que por la noche y á las horas de comer, porque trabajaba fuera de casa, y el otro, que era medio simple, pues se le había metido en la cabeza que era un mono, y en cambio su madre decía que era un muchacho pensador, porque no hablaba nada más que cuando le preguntaban algo, andaba siempre por allí medio atontado.

De resultas de una conversación que tuvimos los tres una noche cuando ya estábamos acostados sobrevinieron disgustos muy graves. El mayor de mis primos pronunció algunas palabras pías que á mí me molestaron bastante, y comencé á expresar en seguida mis dudas respecto á la religión. Antes de ahora no había yo hablado de estas dudas mías nada más que á mi compañero de colegio Ewart, que las amplió y desarrolló. Pero

esta noche á que me refiero comprendí, en cuanto empecé á hablar, que con los Frapps era imposible hablar de esas cosas.

Mi respuesta negativa dejó á mis primos aterrados de tal modo que no se atrevían ni á respirar siquiera.

Al principio no sabían lo que estaba yo diciendo, pero en cuanto lo comprendieron ya no pensaron más que en espantosos truenos y en grandes llamaradas. Se corrieron en seguida en la cama y me dejaron mucho más puesto para apartarse de mí, y el mayor se incorporó y empezó á decirme que aquello que había dicho yo era horroroso. Llegué hasta tener mucho miedo por mi temeridad, pero cuando me dijo que me desdijera inmediatamente de lo que acababa de decir, en vez de hacerlo confirmé mi repudiación.

— No hay infierno, — dije yo muy serio; — ni hay infierno ni hay castigo eterno; Dios no es tan imbécil como todo eso.

El mayor de mis primos no pudo contener una exclamación de espanto, y el menor se acurrucó en la cama asustado sin decir una palabra.

— Es decir, — dijo el mayor cuando estuvo en condiciones de poder hablar, — según tu teoría puedes hacer lo que se te antoje.

— El buen cohero guía bien, — contesté yo.

Al oír esto se tiró de la cama á oscuras, y su hermano le siguió detrás, y después de arrodillarse en el suelo, se pusieron á rezar en alta voz para que Dios me perdonara. Aquello me conmovió bastante, pero tuve el valor de mantenerme firme.

— ¡Perdónalo, Dios mío, que no sabe lo que se dice! — exclamaba el mayor con mucho fervor.

— Reza lo que quieras, — dije yo, — pero si me vas á incluir á mí en el rezo, entonces trazaré la línea divisoria.

Recuerdo que después siguió una gran discusión, y que mi primo se lamentaba amargamente de que

se viera obligado á dormir en la misma habitación que dormía ¡un infiel!

Al día siguiente refirió á su padre todo lo que había yo dicho, y cuando llegó la hora de comer me sorprendió mucho que mi tío Nicodemo me dijera muy incomodado, lo siguiente:

— Oye, Jorge, anoche dijiste cosas horribles, y eso no está bien que lo digas.

— ¿Qué dijo? — preguntó su mujer.

— Cosas que yo no puedo repetir.

— ¿Pero qué cosas son esas? — pregunté yo con calor.

— Pregúntale tú, — contestó mi tío señalando á su informante con el cuchillo que tenía en la mano.

— ¿No eran blasfemias?

Mi tía no pudo probar un bocado más, y yo me arrepentía interiormente de mi atrevimiento.

— Aquello no fué más que un razonamiento, — dije yo para salir del paso.

Mi primo se había levantado de la mesa para marcharse á su ocupación, y yo salí detrás y le dije cuando aun se hallaba á poca distancia de mí:

— Ven aquí soplón desgraciado, — y al decir esto me eché sobre él y le dí una bofetada.

Dió un paso hacia atrás, y me echó una mirada amenazadora, pero después dió media vuelta y se marchó diciendo:

— Te perdono, te perdono, no quiero nada contigo.

Mi tía me dijo después que no me metiera con mi primo, y aquella noche cuando estábamos cenando, me dijo mi tío muy serio, que antes de acostarme tenía que arrepentirme de lo que había dicho la noche anterior.

— Sí, Jorge, conviene que te arrepientas, hijo mío, ¿no ves que podías muy bien morirte durante la noche? ¿no ves que puedes acostarte en tu camita y despertar en el infierno? no seas así, hijo mío; arrepentete y vivirás tranquilo.

Todas estas cosas me pusieron muy nervioso, y

aquella noche tardé algún tiempo en quedarme dormido. Mis primos dormían á mi lado como dos benditos, y yo comencé una oración, que no terminé, porque comprendí que las ideas que yo tenía sobre la religión no cuadrarían á Dios.

Desperté después á mis primos para decirles que había hecho acto de contrición, y dormí tan guapamente, no solamente aquella noche, sino todas las que han pasado desde entonces, sin temor á ninguna injusticia divina. Aquella declaración forma época en mi vida espiritual.

Ahora ya no me dejaban de la mano por temor á que se perdiera mi alma; tenía que ir con ellos á la iglesia los domingos y fiestas de guardar y leer mucho la Biblia. Tanto les oía hablar de estas cosas que llegué hasta creer si realmente estaría yo condenado; pues á pesar de todo yo me mantenía firme sin creer en nada de lo concerniente á la religión.

De toda la familia el más razonable era el menor de mis primos. Una tarde subió al cuarto donde estaba yo condenado á leer continuamente la Biblia y á luchar á solas con mis pensamientos y me dijo al entrar.

— ¡Hola! qué tranquilito estás aquí, — y se acercó más á mí para preguntarme algo. — ¿Quieres decir que no hay nadie que haga rodar el mundo? — dijo bajando más la voz.

— ¿Que no hay nadie?...

— Sí, que no hay nadie que te vigila constantemente.

— ¿Y por qué tiene que haber? — pregunté yo.

— No puedes aunque quieras dejar de pensar en eso. Sea como fuere no puedes... y al llegar aquí se detuvo. — Creo que no debía de hablarte yo de estas cosas.

Dudó un momento, y dió después media vuelta saliendo del cuarto, pero echándose al mismo tiempo una mirada por encima del hombro izquierdo.

A la semana siguiente se pusieron tan mal las

cosas, que comprendí que me sería imposible seguir viviendo con aquellos parientes míos que, sin quererlo indudablemente, me iban empujando hacia el ateísmo.

En el escaparate de una tienda, ví una tarde un mapa de Kent, y estuve un buen rato detenido examinándolo y aprendiéndome de memoria los caminos; y el domingo siguiente á las cinco de la mañana, cuando mis primos dormían aún tranquilamente, salí de casa y emprendí á pie el camino de Bladesover.

Recuerdo algo de aquella caminata, aunque no recuerdo todo lo que yo quisiera de aquel viaje á pie. La distancia de Chatham á la casa Bladesover era de diecisiete millas próximamente, que las recorrí en un tirón sin cansarme, á pesar del mucho daño que me hacía una bota, que llegó hasta lastimarme el pie.

La mañana debía de estar forzosamente muy clara, porque recuerdo muy bien que al llegar cerca de Itchinstow Hall, volví la vista hacia atrás y ví el estuario del Támesis, y creí que toda aquella parte fangosa de la desembocadura del río era el mar, que hasta entonces no lo había visto yo tan de cerca como lo veía ahora. Veía muy bien los barcos que iban á Londres, y los que bajaban el río para entrar en el mar. Estuve un buen rato contemplando aquel movimiento de embarcaciones, mientras pensaba que acaso hubiera sido mejor para mí, embarcarme en alguno de ellos y marcharme á recorrer los mares.

Cuanto más me iba aproximando á Bladesover, más dudas tenía respecto al recibimiento que me harían, y más sentía por lo tanto la situación en que me hallaba. Dí un gran rodeo con objeto de no encontrar en el camino á ningún conocido, porque antes de que me vieran por allí deseaba hablar con mi madre para ver lo que me decía.

Andaba mirando receloso á un lado y á otro, como el bandido que entra en propiedad ajena y

espera la oportunidad para robar algo. Era la primera vez, que yo recuerde, que tenía el sentimiento de lo ilegal, y este sentimiento representó después, durante mi vida, un papel bastante importante. Veía yo claramente que no había sitio para mí en ninguna parte, y por lo tanto no podía entrar allí.

Al descender la montaña comencé á distinguir á los criados de casa que andaban por la finca; reconocí desde allí á varios de ellos, y después ví á mi madre vestida como siempre de negro, que iba detrás de la señorita Fison.

Mi madre debió creer sin duda, que bajaba yo del cielo, pues se quedó asombrada al verme, y tardó algún tiempo en poder dirigirme la palabra; pero yo rompí el silencio y le dije en alta voz con gran resolución y energía:

— No puedo yo vivir en Chatham; prefiero morir antes de volver allí.

Al día siguiente me acompañó á casa de un tío mío que vivía en Wimblehurst, y que era la primera vez que oía yo hablar de él. Tan furiosa estaba mi madre, por haberme presentado allí de improviso, que casi me llevó á empellones sin decirme una sola palabra cariñosa, y entonces sentí muchísimo el no haberme quedado en Rochester, á pesar de su suciedad, para haber ingresado como marinero en algún barco de guerra.

No recuerdo bien todos los detalles de este viaje á Wimblehurst con mi madre, pero tengo muy presente su imagen; me parece que la veo ahora en aquel coche de tercera en que íbamos, tiesa y grave, desdenosa inclusive hablándome de mi tío.

— A tu tío — dijo — no le he vuelto á ver desde que era muchacho... Pero entonces, — añadió con una especie de gruñido — se le tenía por muy listo.

Le dió poca importancia á estas cualidades de listeza, y añadió después:

— Hace tres años próximamente que se casó y se estableció en Wimblehurst.... Esto me hace suponer que su mujer tenía algún dinero,

Estuvo musitando algunas palabras como queriendo recordar algo, y dijo después:

— Se llamaba Tuddy..., tendría por entonces tu edad... Ahora debe tener ventiseis á veintisiete años.

Al llegar al pueblo entramos en la calle donde vivía mi tío; y al ver á un hombre delgado y vivaracho, de nariz algo aguileña y gafas, con gorro y zapatillas de tela de alfombra, que salía de su tienda, miraba algo que había en el escaparate de la misma y se frotaba con fuerza la barba, comprendí que debía ser él.

— Ese debe ser tu tío — dijo mi madre, en voz muy baja como si le faltara el aliento para poder respirar.

Había vuelto á entrar en la tienda poco antes de llegar nosotros, y entonces me puse á examinar lo que tenía en el escaparate. Era aquella una pequeña tienda de drogas y farmacia, pero en vez de las botellas grandes con agua encarnada, azul y amarilla que se ven por lo regular en otras farmacias y droguerías, se veían algunos aparatos, entre ellos una maquinita eléctrica de fricciones, una bomba de aire comprimido, varias retortas y dos ó tres trípodes. Había también un caballo de yeso para indicar que vendía medicamentos para la veterinaria, y además se veían botellas de aguas minerales, sifones, etc., y en sitio muy visible del escaparate un cartel que decía:

*Comprad ahora las pastillas para la tos Ponderevo*

**¡Ahora!**

**¿Por qué?**

*Porque son dos peniques más baratas que en invierno.  
¿No compráis manzanas para guardar? ¿pues por  
qué no habéis de comprar las medicinas  
que váis á necesitar?*

En este llamamiento debía yo reconocer en seguida la nota distintiva de mi tío.

En aquel momento se había vuelto á aproximarse á la puerta y pude examinarlo más de cerca. Vi que tenía los ojos pardos y que los lentes le arrugaban las narices. Entramos en la tienda y mi tío tomó al momento actitud comercial.

—¿No me conoce usted?— preguntó mi madre con voz insegura.

Mi tío no dijo ni que sí ni que no, pero se quedó mirándonos con curiosidad. Mi madre se sentó en una sillita que había junto á las pilas de jabones y específicos, despegó los labios como para hablar y los volvió á juntar.

—Un vaso de agua señora, beba usted un poco de agua,— y él mismo le dió un vaso al momento.

Mi madre se bebió el vaso de agua y empezó diciendo:

—Este muchacho va á ser como su padre; se le ve crecer y no sé donde va á llegar.... Se lo traigo á usted.

—¿Quién es su padre, señora?

—Jorge.

El químico siguió un momento mirándonos, y veía claramente que no había comprendido todavía de qué se trataba. Se había quedado detrás del mostrador con el vaso en la mano que le había devuelto mi madre. De pronto cayó en la cuenta y empezó con una serie de exclamaciones que me hicieron sonreír.

—¡Dios eterno! ¡por las once mil vírgenes!; —se le escapó el vaso de la mano y se bajó para recoger los pedazos que colocó encima de unas cajas.

Abrió una puertecita de la trastienda, y oí que gritaba:

—¡Susana! ¡Susana!

Salió del mostrador con la mano extendida que dió á mi madre y después á mí, estrechándome la mía con gran entusiasmo.

—¡Caramba! ¡caramba!; ¡vosotros por aquí!... ¡Entrad, entrad, en seguida!... ¡Más vale tarde que nunca!

La habitación donde nos hizo pasar era muy pequeña y asfixiante, comparada con las de la casa Badesoner, pero muchísimo mejor que las de mi pariente Frapp. Oía como es natural á farmacia y droguería, y no estaba del todo mal arreglada; se veían libros por todas partes y sobre la mesa que había cerca de la chimenea había un diccionario abierto. Mi tío abrió una puertecita y volvió á gritar:

—¡Baja pronto, Susana, que te esperan! ¡vas á tener una sorpresa!

En cuanto bajó mi tía le dijo su marido:

—Mira, Susana, esta es la esposa de mi hermano Jorge, del que ya te hablé hace ya bastante tiempo, que nos trae á su hijo.

Mi tía tendría por aquel entonces veintitres años, era delgada y bastante bien parecida, con unos ojos tan azules que me llamaron mucho la atención, porque nunca había visto unos ojos de mujer de un azul tan claro como los suyos. Se quedó un momento mirándonos, y después miró á su marido, y en aquella mirada comprendí yo que le decía: ¿Y para qué me traes á mí esto?

—¿No comprendes?— le volvió á preguntar mi tío —te hablo de Jorge.

—Me alegro de conocer á usted,— dijo por fin alargando la mano á mi madre. —Ha sido una verdadera sorpresa para mí... No les puedo ofrecer nada porque no creo que haya nada en toda la casa que ofrecerles,— dijo sonriéndose, mientras miraba á su marido de un modo bastante malicioso. A no ser que él prepare algo con sus dichas drogas,— añadió á continuación.

Mi madre le alargó muy seria la mano y me dijo que le diera un beso á mi tía...

—Sentaros, sentaros — dijo mi tío frotándose las manos, después de acercar una silla para que se sen-

tara mi madre. — No sabéis lo mucho que me alegro de veros por aquí.

Mientras que ellos hablaban me estuve entreteniéndome en examinar á mi tío detenidamente. Recuerdo que llevaba el chaleco desabotonado, como si poco antes de llegar nosotros le hubiera estado molestando alguna cosa y se hubiera tenido que meter la mano. Observé que tenía una cicatriz en la barba, y que los lentes que usaba no estaban hechos para sus narices, pues le apretaban tanto que le arrugaban la piel. Al hablar apretaba los dientes de tal modo que sus palabras eran un ceceo continuo, como si todo fueran zzz.

Casi todo se lo decía él; mi madre se limitó á repetir lo que ya había dicho en la tienda. «Le traigo á Jorge», y aunque indudablemente tenía que decir algo más, se veía que andaba vacilando, y que no se atrevía á seguir adelante explicando su idea.

— Se ve que te gusta Wimblerhurst, — dijo mi madre dirigiéndose á mi tío.

Pero en vez de contestar á esto, le hizo algunas preguntas respecto á aquellos grandes señores de la casa Bladesover, y mi madre dijo que lady Drew la consideraba como una amiga, y después principiaron á hablar de Wimblerhurst.

— Esta localidad no es precisamente lo que yo necesito.

Mi madre hizo una afirmación de cabeza como si hubiese estado esperando aquella contestación.

— Esto está muerto, — continuó él diciendo; — aquí no sucede nunca nada.

— Siempre quiere que suceda algo, — dijo mi tía Susana. — Puede ser que algún día se queje de que suceden demasiadas cosas.

— No, — contestó mi tío en seguida; — de eso no me quejaré nunca.

— ¿Tienes poca venta? — le preguntó mi madre.

— No me puedo quejar; pero no hay aquí desarrollo, que es lo que yo deseo. Estas gentes son enemigas de todo adelanto; no les puedes hacer que

compre nada nuevo, y cuando compran algo es porque se están medio muriendo. He hecho lo que humanamente se puede hacer para obligarles á que compren las medicinas anticipadamente y en grandes cantidades; ¡pero si quieres! no están ellos por estas previsiones. Les he propuesto también una cosa que ideé, y que hubiera sido muy ventajosa para ellos y para mí, y consistía en una especie de seguros sobre los constipados; que se subscribiera cada uno por una pequeña cantidad semanal, y el que estuviera constipado le entregaría mi específico hasta que estuviera curado. ¡Imposible! estas gentes no tienen ideas, no quieren nada nuevo.

— ¡Ah! — dijo mi madre.

— Nada, que no me conviene, — siguió diciendo mi tío; — yo necesito otra cosa, necesito vida, movimiento, algo así como una cascada.

— Así era Jorge, — dijo mi madre después de un momento de reflexión.

Mi tía Susana tomó entonces la palabra al ver el entusiasmo de su marido.

— Si, no se cansa de hacer ensayos para ver si su negocio da un buen salto; no se cansa de poner nuevos cartelones en el escaparate, y se agita de tal modo que á mí me hace saltar también muchas veces.

— Pero de bien poco me sirve mi energía, — dijo mi tío.

— De bien poco, sí; por ahí no adelantas nada, — contestó mi tía.

Después de esto hubo una pausa bastante grande, y comprendí que ahora hablarían de mi padre, que era lo que yo deseaba; pero desgraciadamente mi tío dijo en aquel momento mirando á mi madre.

— Creo que á Jorge le gustará más dar una vueltecita por el pueblo que estarse aquí sentado con nosotros.

— No, señor, — contesté yo; — no me importa estar aquí sentado.

Mi tío se levantó en seguida de la silla, á pesar



de mi contestación, y me sacó á la tienda diciéndome:

—Anda Jorge, ve á ver el mercado; hay dos tiendas muy buenas, pero ten cuidado con el perro del carnicero que á esta hora estará tumbado, como de costumbre, en medio de la calle.

Vió desde la puerta de la tienda cómo me alejaba, y me quedé con los deseos de oír hablar de mi padre.

Al volver á casa me dijo mi tío que habían estado hablando de mí, y que habían convenido en que estudiara para químico.

Mi madre se quedó mirándome y dijo:

—Yo confiaba en que lady Drew hubiera hecho algo por él, pero... —y al llegar aquí se detuvo.

—¿En qué sentido? —preguntó mi tío.

—Podía haber hablado á alguno de sus conocidos para que hubiera entrado en alguna parte, y le hubieran proporcionado algún buen destino. Todos los criados de casa esperan algo bueno de ella, porque conoce y trata á personas muy influyentes. Pero este hijo mío no ha sabido captarse las simpatías de lady Drew, y con el señor Redgrave estuvo hasta poco respetuoso una vez: se va pareciendo mucho á su padre.

—¿Quién es ese señor Redgrave?

—El vicario.

—¿Es que es un poco independiente? —preguntó mi tío.

—Desobediente, —contestó mi madre. —No se hace cargo de su situación. Cree que es igual que los que por nacimiento y fortuna se hallan en bien distinta posición que la nuestra; pero algún día le pesará, porque cuando comience á conocer esta diferencia de clases será demasiado tarde para él.

Mi tío se rascó la barba y se quedó mirándome.

—¿Has aprendido algo de latín? —me preguntó cuando terminó mi madre de hablar.

Contesté que no me habían enseñado nada de latín.

—Aquí podrás aprenderlo en unas escuelas gratuitas que han puesto. Conviene que sepas latín.

—¿Aprenderé latín? —exclamé yo emocionado.

—Sí, nada más que un poco, —dijo él.

—Me gustadá mucho el aprenderlo, —contesté yo. —¡Latín! —repetí yo poniéndome muy contento.

Hacía tiempo que deseaba yo aprender el latín, porque aunque muchacho comprendía que sin el latín se encuentran muchas dificultades en este mundo.

—No te servirá de gran cosa, —dijo mi tío, —pero para seguir carrera es indispensable, por lo que conviene mucho que lo estudies.

—No quiere decir tu tío que te haga falta, —dijo mi madre, —sino que tienes que estudiar latín porque es preciso estudiarlo. Después tienes que aprender otras muchas cosas.

La idea de que volvería á coger los libros me animó mucho, porque á mí me gustaba mucho el estudio, y creí que todo aquello había terminado ya para mí.

—¿Entonces viviré aquí con ustedes? —pregunté yo; —viviré dedicado al estudio y ayudándole lo que pueda en la tienda.

—Eso es, —contestó mi tío, —estudiarás y me ayudarás en todo lo que puedas.

Mi madre se marchó aquel mismo día, y yo me quedé muy contento en casa de mi tío al ver el nuevo giro que tomaban las cosas. ¡Iba á estudiar latín! Aquello ya era otra cosa; después de mi humillación en Bladesover, se abría ahora un nuevo horizonte para mí, y veía yo en lontananza un porvenir que me llenaba el corazón de esperanza.

Acompañé á mi madre á la estación del ferrocarril, y antes de partir el tren me dijo lo siguiente; recuerdo muy bien sus palabras:

—Pórtate bien, Jorge. Estudia mucho... y no vuelvas nunca á querer igualarte á los que están por encima de ti y son más que tú... no los envidies, hijo mío.

29254

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"FONSO REYES"  
325 MONTERREY, MEXICO

— Así lo haré, mamá.

Me iba á retirar, porque venía un empleado de la estación cerrando las portezuelas de los coches, cuando me dijo mi madre:

— Jorge, no te vayas, hijo mío, sin darme un beso.

Al besarla me abrazó fuertemente y me humedeció la cara con sus lágrimas. Era la primera vez que veía á mi madre llorar, pero también fué la última.

Partió el tren y yo me quedé un momento en el andén de la estación sin saber lo que me pasaba. Ahora sentía ya separarme de mi madre; ya no me entusiasmaba tanto la idea de que iba á aprender latín; con sus abrazos y lágrimas se había desvanecido en un abrir y cerrar de ojos todo mi orgullo.

Mi madre murió casi repentinamente á la entrada de la primavera siguiente, y lady Drew se marchó á Folkestone con las señoritas Somerville y Fison, con idea de no asistir á los funerales, y no volvió hasta que no estuvo todo terminado y pusieron otra en el puesto de mi madre.

Asistí á los funerales con mi tío, y recuerdo muy bien los apuros que pasaron, porque el tintorero de Londres no acababa de mandar unos pantalones suyos que le había mandado para que los tiñera de negro, con objeto de que mi tía arreglara unos para mí.

No hubo más remedio que ponerme un traje negro de mi tío, que sabe Dios el tiempo que tendría; y aunque los pantalones me venían anchísimos, iba yo tan satisfecho por llevar una chistera nuevecita que me compró mi tío; el primer sombrero de copa que me ponía era aquel, y una cosa contrarrestaba la otra; los que se fijaron en mi flamante chistera no repararían en los pantalones, que cabían dos como yo, y en la muy holgadas que venían también las demás prendas.

Tengo muy presente aquellos funerales de mi pobre madre; el vicario me dió muy buenos conse-

jos, y me dijo que aunque había muerto para la tierra no había muerto para el cielo, que desde allí me vería, y que yo no debía de olvidarla nunca.

Era un hermoso día de primavera; había muerto mi madre, pero la naturaleza nunca muere; todo volvía á renacer de nuevo; las hojas brotaban de los árboles, y todo parecía que sonreía y convidaba á vivir. Yo contemplaba todo esto y al mismo tiempo pensaba en mi madre que se había marchado sin perdonarme quizás, sin dirigirme una sola palabra de consuelo; pero comprendía que á pesar de sus rudezas y extrema severidad me había amado, y que indudablemente yo era la única cosa que había amado en este mundo, y que hasta aquel último momento no había yo sentido amor por ella....

Para terminar con Bladesover diré aún algo más de lo que me pareció en aquella época y de cómo lo encontré mucho después, en una visita que hice cuando aquella gran posesión pertenecía ya á otros dueños. En esta novela no figurará ya Bladesover, pero debo decir que su recuerdo no me ha abandonado nunca, lo he tenido siempre dominando en mi mente. Bladesover ilumina á Inglaterra; ha llegado á ser para mí como toda aquella espaciosa, digna, pretenciosa y conservadora vida inglesa de aquel tiempo.

Cuando después lo visité me pareció todo aquello mucho más pequeño, parecía que con el tacto de los Liechtenstein se había transformado por completo. El arpa aun estaba en un rincón del salón, pero había también un piano diferente, una pianola y una porción de chucherías y de pequeños objetos artísticos esparcidos por todas partes. Los muebles seguían allí enfundados, pero las fundas no eran ni con mucho, de la misma pecalina de antes, aunque quería serlo, y las lámparas antiguas y candelabros habían desaparecido. Los libros de lady Liechtenstein habían reemplazado á los amarillentos pero ricos volúmenes que había yo hojeado tantas veces; ahora ya no se veían más que novelas y re-

vistas contemporáneas por encima de los muebles, revistas y novelas francesas, italianas y alemanas muy baratas y con muy malos dibujos.

Es un gran error el pretender que las especulaciones forman mejor aristocracia que las rentas. La aristocracia no se forma más que con el orgullo, con los conocimientos, con la educación y con la espada. Estos nuevos dueños no habían aventajado en nada á los Drewss. A la gran incapacidad de la antigua nobleza, ha sustituido una variedad de estupidez más activa y de más empresa, pero menos digna. Esta fué la impresión que saqué de mi última visita á Bladesover.



### CAPITULO III

#### Mi aprendizaje en Wimplehurst

Principió entonces para mí una nueva vida; olvidé muy pronto las cosas que me habían pasado en Bladesover, y empecé á estudiar latín y á ayudar en todo lo que podía á mi tío en su farmacia y droguería de Wimplehurst. Esta población del condado de Sussex es muy tranquila, y sus casas casi todas son de piedra, cosa bastante rara en las poblaciones del Sur de Inglaterra. En sus calles tortuosas encontraba yo algo que me llamaba la atención, y además había un parque muy bonito en un extremo del pueblo, que se veía siempre muy concurrido. Se puede decir que toda la población pertenece y está dominada por la familia Eastry, y debido á su influencia hicieron la estación del ferrocarril muy retirada del pueblo, porque ellos no la querían allí. La casa Eastry era muchísimo más importante que le de Bladesover, y todo el mundo, menos mi tío, bajaba la cabeza ante aquella familia aristocrática.

Mi tío era un hombre que no quería humillaciones ni acatamientos de ninguna clase; echaba pestes de

vistas contemporáneas por encima de los muebles, revistas y novelas francesas, italianas y alemanas muy baratas y con muy malos dibujos.

Es un gran error el pretender que las especulaciones forman mejor aristocracia que las rentas. La aristocracia no se forma más que con el orgullo, con los conocimientos, con la educación y con la espada. Estos nuevos dueños no habían aventajado en nada á los Drewss. A la gran incapacidad de la antigua nobleza, ha sustituido una variedad de estupidez más activa y de más empresa, pero menos digna. Esta fué la impresión que saqué de mi última visita á Bladesover.



### CAPITULO III

#### Mi aprendizaje en Wimplehurst

Principió entonces para mí una nueva vida; olvidé muy pronto las cosas que me habían pasado en Bladesover, y empecé á estudiar latín y á ayudar en todo lo que podía á mi tío en su farmacia y droguería de Wimplehurst. Esta población del condado de Sussex es muy tranquila, y sus casas casi todas son de piedra, cosa bastante rara en las poblaciones del Sur de Inglaterra. En sus calles tortuosas encontraba yo algo que me llamaba la atención, y además había un parque muy bonito en un extremo del pueblo, que se veía siempre muy concurrido. Se puede decir que toda la población pertenece y está dominada por la familia Eastry, y debido á su influencia hicieron la estación del ferrocarril muy retirada del pueblo, porque ellos no la querían allí. La casa Eastry era muchísimo más importante que le de Bladesover, y todo el mundo, menos mi tío, bajaba la cabeza ante aquella familia aristocrática.

Mi tío era un hombre que no quería humillaciones ni acatamientos de ninguna clase; echaba pestes de

toda esta gente noble, y deseaba transformarlo todo con sus nuevas ideas.

— Esto está muerto, sobrino, — me decía una tarde de verano al ver que no pasaba un alma por la calle.

Yo estaba en un rincón de la tienda envolviendo algunos de sus específicos.

— Con una docena de jóvenes norteamericanos que soltáramos por estas calles, verías tú que transformación se operaba aquí en poco tiempo.

En aquel momento envolvía yo en papel una botella de jarabe para dormir de Madre Shiphon.

— Tienen que suceder forzosamente cosas muy grandes, Jorge, — dijo levantando más la voz mientras que andaba dando vueltas por la tienda con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Después sacó una, se rascó la cabeza y dijo: — Tengo que hacer algo. Lo que es así no podemos marchar.

— Hay que inventar algo, — prosiguió diciendo después de un momento de reflexión. — Inventar algo y enseñarlo... Si yo pudiera... Cualquier cosa; una comedia. ¿Qué te parece, Jorge, si yo escribiera una comedia? En este sentido hay mucho que hacer...

— Jugadas de bolsa, por ejemplo.

Al llegar aquí empezó á pronunciar palabras inconexas que no comprendí bien.

— ¡Por el vino sacramental! — Al acabar este juramento volvió á echar pestes del pueblo. — ¡Si esto está muerto!; aquí no sucede nada; ni sucede ni quieren que suceda; el único que lo desea soy yo. En Londres suceden muchas cosas, Jorge, pero aquí ¡qué demonio va á suceder!; nada, absolutamente nada. En América también suceden muchas cosas. ¡Qué lástima que no haya yo nacido en el Norte de América!; allí sí que hay movimiento.

— ¿Y qué se puede hacer aquí? ¿Cómo va á prosperar en este pueblo? Lord Eastry se lleva lo poco que ganamos; á él hay que pagarle reli-

giosamente los alquileres de las casas y las rentas de las tierras, y los demás no hacemos más que vegetar y dormir.

— Hay cosas grandes tío, ¿no es verdad que las hay? — me atreví yo á decir.

— Sí, hombre, sí; se puede hacer mucho, hasta con las mismas drogas habría un campo inmenso en otro punto que no fuera este. ¡Con la ipecacuana solamente se puede hacer una fortuna! porque la ipecacuana es una cosa que necesita la gente; ¡y no digo nada de la quinina! Se espera la oportunidad; una guerra colonial por ejemplo, y se acapara toda la quinina, ¿y qué harán sin quinina? entonces es la tuya; duro y á la cabeza, y te pones las botas en cuatro días.

El mismo se entusiasmaba hablando de todas estas cosas, y del ciento por ciento de ganancia lo rebajaba de un golpe al cincuenta, y siempre pronunciando más zzz que palabras.

Recuerdo á mi tío en aquella primera fase, siendo aún joven, pero ya un poco grueso, inquieto, irritado, gárrulo, metiendo en mi cabeza que estaba en fermentación toda clase de ideas discrepantes. Era indudablemente un hombre educador...

A mí me sirvieron de mucho aquellos años que pasé en Wimblehurst. Aunque le ayudaba en la tienda me sobraba tiempo para estudiar, y aprendí muy pronto, el latín necesario para poder examinarme de otras asignaturas. Estudié en las escuelas gratuitas de aquel pueblo, física, química, matemáticas y dibujo industrial, tomándolo todo con gran entusiasmo é interés. Durante las vacaciones de verano había partidos de cricket y football, organizados por los jóvenes de un club de la población, pero á mí no me gustaban estos juegos, ni me gustaban tampoco las amistades de dichos jóvenes, por lo que siempre andaba solo por aquellos alrededores cuando salía de casa á distraerme.

A pesar de hallarme ya en la adolescencia tampoco tuve amoríos con las muchachas de Wimblehurst;

hablé con algunas, sí, pero no me enamoré ciegamente de ninguna de ellas. En esta novela tengo que hablar mucho del amor, pero ahora diré sólo de paso, que yo no me enamoro con la misma facilidad que se enamoran otros. Deseos, sí, he tenido tantos como pueda tener cualquier otro joven, pero el amor no me ha atormentado ni poco ni mucho; porque fuera de las necesidades urgentes del cuerpo, necesitaba yo para alimentar mi romántica fantasía, que la aventura reuniera todas las fases de la generosidad y de la hermosura. Me acordaba de los abrazos y besos que nos habíamos dado Beatriz y yo, cuando nos metíamos por las espesuras de aquella gran finca, y comprendía que las muchachas de Wimblehurst eran muy poca cosa para intentar nada de esto.

De la única mujer que indudablemente debí estar enamorado en Wimblehurst, fué de mi tía. Me trataba con un cariño tan grande que para mí era como una media madre; me arreglaba los libros que se descosían, examinaba los certificados que me daban en las escuelas, y se burlaba de mí de una manera que en vez de incomodarme sentía por momentos más inclinación y cariño por ella...

Pasé, como digo, los años de mi adolescencia en Wimblehurst estudiando tranquilamente, y cuando quise recordar me encontré hecho un hombre. Divergentes impulsos principiaron entonces á agitarse en mi interior, pero el principal, el que dominaba á todos, era el deseo irresistible de seguir estudiando mucho y salir cuanto antes de aquel pueblo para ver otros horizontes. Escribí varias cartas á mi antiguo condiscípulo Ewart, en las que intercalaba algunas palabras en latín, porque en aquella época había algo de fatuidad en mí; pero lo hacía para hacerme justicia; por otra parte comprendo que era un muchacho muy aplicado que no pensaba más que en aprender muchas cosas. Deseaba yo ir á Londres, salir de allí cuanto antes; pues mi tío inconscientemente había ido inculcando-

me la idea de que en aquel pueblo sin movimiento y sin vida, no podía hacer nada un hombre que deseara trabajar.

Mi tío no se cansaba de hablarme de todo lo habido y por haber; hablaba por siete personas juntas; de teología unas veces, de política otras, de lo admirable que son las ciencias y de las maravillas del arte; de las pasiones y de las afecciones, de la inmortalidad del alma y de la acción peculiar de las drogas, pero sobre todo de lo que más me hablaba era de las empresas atrevidas, de las invenciones y de las grandes fortunas, de Rothschilds, de Vanderbilts, de Goulds y de otros millonarios.

Mi tía Susana se burlaba continuamente de las ilusiones de mi tío, al ver que con tanta droga y tanto específico, á penas si podía tirar adelante con muchísima economía. Tenía siempre muy buen humor y era bastante graciosa. Yo creo que no pensaba más, por aquel entonces, que en hacer reír á mi tío, pero muchas veces le hacía incomodar porque le ridiculizaba demasiado.

Un contratiempo financiero vino de pronto á alterar la tranquilidad de aquella casa. Mi tío deseaba meterse en empresas y especulaciones, porque aquella vida sedentaria del pueblo le aburría soberanamente.

Me habló de especular con los valores y dinero que le había confiado mi madre para que me los entregara cuando tuviera la edad, pero cuando me habló de esto ya había especulado con ellos y había perdido mucho. Me sacó un día á paseo y después de muchos rodeos me dijo poco más ó menos lo siguiente:

— Hay muchas subidas y bajadas en la vida, Jorge; muchas alternativas y variaciones...

Se detuvo al llegar aquí y prosiguió diciendo:

— En el asunto de la Unión Pacífico he salido con las manos en la cabeza,

—¿De veras?—le pregunté yo.—Pero no quería usted decir que...

—Sí, Jorge, sí; quiero decir que estoy arruinado.

—¿Y qué va usted á hacer ahora?

—Hasta la tienda, Jorge, todo se ha perdido.

—¿Entonces qué va á ser de mí?

—No tengas cuidado; para ti ha quedado una suma bastante respetable; ¡confía en mí, Jorge, confía en mí!

—Pero usted y mi tía, ¿qué van á hacer?

—Saldremos de aquí cuanto antes; pero no digas nada en casa, espera un poco tiempo á ver lo que determinamos.

Bajé entonces la cabeza y me quedé pensando en aquel contratiempo, pero mi tío comprendió lo que me pasaba y me volvió á repetir que no tuviera cuidado, y que confiara en él que todo se arreglaría satisfactoriamente.

—No te apures, Jorge, no te apures, que te pagaré religiosamente hasta el último céntimo...

Seguimos caminando guardando silencio los dos durante un buen trecho, y después comenzó otra vez con lo de siempre.

—La batalla de la vida, Jorge; la lucha eterna hijo mío, las subidas y las bajadas continuas de los hombres.

Yo seguía caminando á su lado sin decir nada, pensando en lo que iba á ser de mí ahora, mientras que él continuaba hablando y dándome consejos que podía haber tenido presentes antes de especular con mi dinero.

—No hagas nunca el disparate, Jorge, de poner todos tus recursos á una sola suerte; buena lección he sacado yo de esto. Si hubiera puesto la mitad solamente, con la otra mitad hubiera podido duplicar el capital al día siguiente con otra jugada.

Cuando se enteró mi tía de lo que pasaba se puso muy triste, y no volvió á gastar una sola broma con su marido. A los pocos días se marcharon

á Londres, y al despedirse de mí me abrazó y besó mi tía repetidas veces.

De la tienda de mi tío se encargó un tal señor Mantell, y yo seguí viviendo en la casa hasta que encontraran algo en Londres para mí; y aunque continuaba estudiando con entusiasmo, deseaba salir cuanto antes de Wemblehurst.

Tan pronto como aprobé los exámenes dejé el latín, y estudié en las escuelas del pueblo electricidad, magnetismo, química, fisiología y otras varias cosas, con objeto de poder matricularme en la Universidad de Londres para tomar el grado de bachiller en ciencias.

Para la matrícula tuve que ir á Londres, que aun no lo había visto, y de paso visité á mis tíos. Recuerdo muy bien la impresión que causó en mí la vista de la gran metrópoli inglesa; aquella aglomeración enorme de casas y fábricas, aquel número considerable de carruajes de todas clases y la apiñada multitud de los transeúntes que no cabían por las calles. Era un día de Enero, tristón como la mayor parte de los días de invierno en Londres, y entre la niebla producida por tanta chimenea, y el ruido del tráfico, parecía aquello un infierno.

Al llegar á la estación del Cannon Street subí á un coche de punto con mi manta de viaje, y pasando por Cheapside me llevó el cochero al hotel Temperaner, que me había recomendado el señor Mantell. El portero que estaba en la puerta con uniforme de paño verdoso, recuerdo me miró con desdén al recoger la manta.

En cuanto terminé mis gestiones para matricularme en la Universidad de Londres, en las que empleé nada menos que cuatro días, me dirigí por medio de aquel laberinto de calles á Tottenham Court Road, y después de mucho preguntar encontré á mi tío detrás del mostrador de la farmacia que regentaba. Al verme entrar exclamó como admirado:

— ¡Cielos! ¡ya sabía yo que me iba á suceder algo hoy!

Después de abrazarme con entusiasmo me dijo que había crecido mucho, y yo encontré en cambio que él había disminuido bastante en estatura, pero había aumentado por otro lado en grosor. Me dejó un momento solo para entrar en la trastienda á pedirle permiso al dueño de la farmacia, con objeto de acompañarme, y después de plantarse su flamante chistera salimos juntos á la calle y nos dirigimos á su casa.

— ¿Qué, vienes á preguntarme por todo aquello? he ido dejando pasar el tiempo y aun no te he podido escribir.

— No hable usted de eso, — le contesté; — he venido á varias cosas, y entre ellas á saber cómo es tan ustedes.

— A tu tía ya la veremos después, pero ahora supongo que desearás ver algo de Londres, porque no te vemos por aquí todos los días.

— Es mi primera visita, así es que no conozco nada de Londres, á excepción de lo poco que he visto al venir aquí.

Después de atravesar un sin número de calles anchas y estrechas, llegamos á la casa donde vivía mi tío, y en cuanto me vió entrar mi tía Susana me dió un abrazo muy prolongado, y después de soltarme se quedó un momento mirándome y me dijo sonriéndose:

— Estás hecho un hombre, Jorge, has crecido muchísimo.

Los muebles que tenían en las habitaciones que ocupaban, aunque nuevos, recuerdo que eran bastante ordinarios; mi tía no tenía criado, aunque creo podía haberle tenido, y tenía por lo tanto que hacer todos los quehaceres de casa; que no debían ser muchos, porque vivían realquilados y apenas si podían moverse en aquellos cuartitos tan pequeños.

Quando le dije á mi tío que era la primera vez que venía á Londres, se puso muy contento, y prin-

cipió entonces á hablar por los codos.

— Londres, Jorge, es una gran plaza, es inmensa. Es la ciudad más rica del mundo, el puerto más importante, la ciudad imperial, el centro de la civilización, ¡el corazón del mundo entero! Esto es grandioso, Jorge; aquí no se ve la pobreza de Wimblehurst; no se ven más que miles de miles de chisteras, algunas de ellas algo averiadas, es verdad, pero ten presente que muchos de esos hombres que las llevan se licenciaron en la Universidad de Oxford y vinieron después abajo porque se dieron á la bebida.

Tengo una idea algo confusa del paseo que dimos aquella tarde por las calles de Londres. Mi tía venía también con nosotros, y recuerdo que anduvimos mucho á pie y en omnibus; y después entramos en una de las miles de tiendas donde sirven té y cafés.

Recuerdo también que, mientras él hablaba en la mesa donde tomamos el té, me miraba mi tía con mucha insistencia.

— ¿Te has enamorado ya de alguna joven, Jorge? — me preguntó mi tía de pronto mientras metió un pedazo de bollo en la taza del té.

— Ando yo muy atareado con mis libros para pensar en esas cosas, — le contesté yo.

— ¿Y á qué te vas á dedicar? aun no nos has dicho cómo piensas hacer tu fortuna.

— A la electricidad, — contestó mi tío antes que tuviera yo tiempo de hablar.

— No pienso yo en fortunas; con tal que pueda ganar para vivir ya estoy contento.

— Pues mira, nosotros en cambio vamos á hacer ahora la nuestra, — dijo ella de pronto. — A lo menos así lo dice el viejo, — y ladeó la cabeza hacia donde estaba mi tío. — Como no me ha dicho cuando será eso no he podido aún hacer ningún preparativo, pero me asegura que iremos en coche propio, y que tendremos una casa muy hermosa con jardín; me



parece que como no pintemos la casa y el coche no los tendremos de otra manera.

—Tendrás carruaje propio y casa con jardín,— dijo mi tío algo amoscado.

—Carruaje con caballos grises, Jorge,— dijo ella sonriéndose maliciosamente.—Podremos ir al teatro y comeremos muchos días en los mejores restaurants.

—Te puedes burlar cuanto gustes,— dijo mi tío; —pero todo eso vendrá muy pronto.

—Bueno, pues cuando eso sea me comprarás ante todo un par de guantes, que estos pobrecitos mira ya cómo están,— y al decir esto le enseñó el guante roto por donde le salía la uña de un dedo.

Mi tío se sonrió aunque de mala gana, y por la noche cuando volvimos juntos á la farmacia recuerdo que me dijo:

—Tu tía está muy impaciente, Jorge; cosa muy natural... Las mujeres no saben lo mucho que cuesta el hacer una fortuna. Además, tampoco le he querido explicar mis planes hasta que no lo tenga todo más adelantado.

—¿Qué planes son esos?— le pregunté yo.

—Se trata de una cosa, Jorge, que me tiene que dar forzosamente buen resultado; pero no quiero andar muy de prisa, porque en estas cosas no se puede correr mucho. No le he dicho á nadie una palabra, pero á ti no tengo inconveniente de confiarte el secreto. ¡Escucha!— dijo.

Y yo me dispuse á escucharle con atención.

—Tono-Bungay,— dijo mi tío bajando mucho la voz, y pronunciando despacito y con mucha claridad las dos palabras.

Yo creí que me decía que prestara oído á algún sonido lejano que se oía.

—No oigo nada,— le contesté dudando, mirándole atentamente.

Se sonrió y me volvió á decir:

—Escucha otra vez: Tono-Bungay.

—Bueno, ¿y qué es eso?— le pregunté yo.

—¡Ah!— dijo él.

—¿Pero qué es?

—Ya lo verás, Jorge, ya lo verás,— contestó frotándose las manos.

Y esto fué todo lo que pude sacar de él.

Aquella fué, indudablemente, la primera vez que se oyeron en la tierra las palabras Tono-Bungay, á no ser que mi tío las pronunciara en su alcoba en monólogo, cosa que está en lo posible.

Al separarme aquella noche de mi tío me llevé la impresión de que tanto él como mi tía, vivían entre gentes miserables, mal vestidas, peor alimentadas, que habitaban en casas estrechas y oscuras donde faltaba aire puro para respirar. Comprendí en seguida que el dinero mío que le había confiado mi madre, lo había perdido en sus especulaciones, y que dentro de poco me vería yo también obligado á vivir en aquel océano de Londres.

Sentía que se vieran los dos obligados á vivir con tanta pobreza, y sentía al mismo tiempo que por su charlatanería y estupideces, no pudiera yo continuar mis estudios con la comodidad é independencia que hubiera podido hacerlo, si no hubiera dispuesto de los ahorros de mi pobre madre. Al volver á Wimblehurst me permití escribirle una carta bastante sarcástica, en la que le decía cosas que debieron escocerle seguramente. No contestó una palabra á dicha carta, y entonces yo me apliqué más que antes al estudio, como único medio de poder salir de aquella situación. Después de algún tiempo le volví á escribir en términos más moderados, y entonces me contestó con evasivas, por lo que ya no quise volver á pensar en el asunto, y continué trabajando sin levantar cabeza de los libros.

Aquel primer viaje á Londres en el mes de Enero, había sido para mí una desilusión completa. Tenía yo la idea de que Londres era una ciudad grande y rica, donde debido á su gran comercio y á sus muchos medios, todo el mundo podía ganarse

bien la vida y vivir por lo tanto con cierta comodidad; y había visto que era precisamente todo lo contrario, que había mucha miseria y mucha suciedad.

A mi tío lo consideraba yo como cosa perdida, y lo sentía más por mi tía Susana que por él, porque la pobre se veía siempre condenada á vivir en aquellas habitaciones oscuras que habitaban, donde á pesar de no ser más que dos personas no se podían ni revolver siquiera, todo por las ilusiones de mi tío y por su sempiterno charlatanismo...

Tenía yo que aprender algo más de lo que sabía de todas estas cosas. Pero sea como fuere, el caso es que aquel último año que estuve en Wimbleshurst, lo pasé con la impresión desagradable que había causado en mi alma mi primera visita á Londres.



#### CAPITULO IV.

##### De cómo llegué á ser estudiante en Londres y de mi extravío

Me marché á vivir á Londres, como diré á ustedes después, cuando tenía veintidos años de edad. Wimbleshurst queda ahora reducido á la perspectiva para la narración de este libro, y Bladesover ya no es más que un puntito insignificante, perdido entre las montañas de Kent; la escena se ensancha ahora, se multiplica y extiende considerablemente. No recuerdo bien los detalles de mi segundo viaje á Londres como recuerdo los del primero.

¡Londres!...

Es indudable que la primera impresión que me causó la vista de la gran ciudad debió ser de que aquello era una aglomeración enorme de casas, de calles y de gentes. Creo que no me molesté mucho en estudiarlo, pero tengo una idea aunque algo confusa de que las calles me parecieron que no guardaban concierto ni simetría, y que las habían ido construyendo sin un plan determinado.

Poco á poco fuí recorriendo los principales cuarteles de Londres, y me llamaron la atención sus

bien la vida y vivir por lo tanto con cierta comodidad; y había visto que era precisamente todo lo contrario, que había mucha miseria y mucha suciedad.

A mi tío lo consideraba yo como cosa perdida, y lo sentía más por mi tía Susana que por él, porque la pobre se veía siempre condenada á vivir en aquellas habitaciones oscuras que habitaban, donde á pesar de no ser más que dos personas no se podían ni revolver siquiera, todo por las ilusiones de mi tío y por su sempiterno charlatanismo...

Tenía yo que aprender algo más de lo que sabía de todas estas cosas. Pero sea como fuere, el caso es que aquel último año que estuve en Wimbleshurst, lo pasé con la impresión desagradable que había causado en mi alma mi primera visita á Londres.



#### CAPITULO IV.

##### De cómo llegué á ser estudiante en Londres y de mi extravío

Me marché á vivir á Londres, como diré á ustedes después, cuando tenía veintidos años de edad. Wimbleshurst queda ahora reducido á la perspectiva para la narración de este libro, y Bladesover ya no es más que un puntito insignificante, perdido entre las montañas de Kent; la escena se ensancha ahora, se multiplica y extiende considerablemente. No recuerdo bien los detalles de mi segundo viaje á Londres como recuerdo los del primero.

¡Londres!...

Es indudable que la primera impresión que me causó la vista de la gran ciudad debió ser de que aquello era una aglomeración enorme de casas, de calles y de gentes. Creo que no me molesté mucho en estudiarlo, pero tengo una idea aunque algo confusa de que las calles me parecieron que no guardaban concierto ni simetría, y que las habían ido construyendo sin un plan determinado.

Poco á poco fuí recorriendo los principales cuarteles de Londres, y me llamaron la atención sus

estaciones de ferrocarriles, sus bibliotecas y museos, que son muchos y buenos; sus fábricas y grandes edificios públicos y particulares, y sobre todo sus muchos parques.

Llegué á Londres como pensionado por la Sociedad farmacéutica Vincent Bradley, que me daba setenta libras esterlinas al año para que estudiara ciencias en las Escuelas técnicas de South Kensington, y cuando estuve instalado principié á dar mis paseos en omnibus y á pie, para ir explorando la gran ciudad.

Entonces me pude formar una idea más exacta de lo grande que era aquello y de la corriente humana que transitaba continuamente por las calles. Veía pasar á mi lado, por todo aquel barrio de Piccadilly, mujeres que á mis inexpertos ojos de joven, parecían muy amables, elegantes y hermosísimas, que murmuraban algunas palabras al pasar junto á ellas. En los parques se oía perorar á los hombres sobre la existencia de Dios, negando los derechos de la propiedad, y debatiendo sobre otras muchas cosas que en Wimblerhurst nadie se hubiera atrevido á hacerlo. Y en cuanto obscurecía se iluminaban todas las calles de Londres profusamente, y entonces estaba más hermoso y fantástico que con la luz del día, entonces toda aquella gran corriente humana resultaba más misteriosa que antes.

Poco á poco fuí perdiendo el miedo y me fuí acostumbrando á aquella nueva vida de la gran metrópoli inglesa. Recuerdo que un sábado por la noche, que andaba mirando los escaparates de las tiendas, entablé conversación con dos muchachas muy francas que se detuvieron también á mirar, y les compré bombones de chocolate y las convidé también á beber; las acompañé á su casa y no las volví á ver. Otros día me detuve junto al corro que habían formado algunos individuos del Ejército de Salvación, y un joven muy locuaz, de chistera, comenzó á hablar sin más ni más de escepticismo, y me invitó á que fuera á su casa á tomar el té con

su familia, que era numerosa, pues tenía varios hermanos y hermanas muy alegres y campechanos todos; y con otros amigos de casa pasé la velada cantando himnos acompañados de un armonium (que me recordó el casi ya olvidado de Chatham), y mientras cantaba pensaba yo si todas aquellas jóvenes estarían comprometidas para casarse...

Después encontré á mi condiscípulo Ewart en esta ciudad colosal.

Era una hermosa mañana de los primeros días de Octubre, cuando me dirigí en coche en busca de la casa de mi antiguo compañero de colegio Ewart. Le encontré en cama, en un cuartucho de una casa de Highgate Hill, en cuyos bajos había un almacén de aceites. Su patrona, joven muy agradable de ojos pardos, pero que andaba desgrefñada y sucia, bajó diciendo que había dicho mi amigo que subiera en seguida. Recuerdo que había por las paredes algunos vaciados de yeso y sobre una mesa barro para modelar. En un rincón del cuarto había una estufa pequeña de gas y algunos cacharros de hierro que debían servir indudablemente para cocinar por la noche.

—¿Eres tú, Ponderevo? pasa, hombre, pasa,— me dijo desde la cama.

Entré, y después de estrecharnos las manos nos quedamos mirándonos algunos segundos.

Observé que le había crecido mucho más el pescuezo, y que ahora tenía un bigote negro bastante regular. El cabello lo tenía tan indómto y desordenado como antes, y de las demás partes del cuerpo no pude juzgar en aquel momento por estar tapado con la manta de la cama hasta cerca del pecho.

—¡Caramba!—exclamó al verme;—¿tienes un aspecto muy decente, Ponderevo! ¿Y á mí cómo me encuentras?

—Te encuentro muy bien. ¿Y qué haces aquí?

—Pues me dedico al arte, hijo; á la escultura...— Dudó un momento, pero se decidió después y me

dijo: — Mira, alárgame la pipa y el tabaco que están encima de esa mesa; y si sabes hacer café ahí tienes la cafetera y lo tomaremos antes que yo me levante; y mientras tanto dime qué es de tu vida, Ponderevo, dime qué haces y cómo te va.

Hice lo que me mandó, y después me senté en su cama para hablar y reír un rato en medio de las bocanadas de humo que despedía de vez en cuando.

— ¡Cómo corre el tiempo, Ponderevo! ¡demonio! seis años y parece que era ayer cuando estábamos juntos en el colegio. Ahora ya tenemos bigote, y hemos crecido y engrosado bastante.

Le dije que me dedicaba al estudio de las ciencias para seguir esta carrera, y él me dijo que se había decidido por la escultura. Me recordó las diabluras que hacíamos de muchachos, y entonces se quedó un momento reflexionando sin quitarse la pipa de la boca, y empezó diciéndome:

— El caso es, Ponderevo, que á pesar de mis pocos años me va pareciendo ya la vida una cosa sumamente extraña y complicada. Las cosas que le tiran á uno, las que no le tiran, las necesidades, los asuntos del sexo. Todo esto es una red; es una cosa que no tiene fin, ni sentido siquiera. Hay días que todo lo veo muy hermoso, y otros en cambio lo veo sumamente feo. Tú con tus ciencias acaso puedas explicarme lo que en todas estas cosas significa la Naturaleza y el universo.

— Pues es su misión la de continuar de este modo las especies.

— Sí, pero hay cosas muy extrañas. ¿Por qué hace la Naturaleza que el hombre se encuentre siempre tan inclinado á la bebida? Hay cosas que no tienen sentido. — Al llegar aquí se sentó en la cama para poder expresarse mejor. — ¿Por qué me ha dado á mí la violenta inclinación que siento por la escultura, y el irresistible deseo de dejar la obra en cuanto me pongo á trabajar?... Mira, tomemos otra taza de café, Ponderevo, porque estas cosas

me sacan á mí de quicio, y por eso me hacen pasar tantas horas en la cama.

Seguía sentado en la cama con la pipa en la boca y la barba casi tocando á las rodillas.

— La vida, — prosiguió diciendo, — es para mí una cosa muy extraña. Yo no sé cómo tú la encontrarás, pero de mí sé decirte que me aburre soberanamente; no tiene atractivo para mí, desde ningún punto de vista.

— Londres, — empecé yo diciendo, — ¡es tan sumamente enorme!...

— Bueno, ¿y qué tenemos con eso? Total nada. Encuentras á muchos prójimos que tienen grandes almacenes de comestibles; pero hombre, ¿para qué tiene esa gente esos almacenes? Otros tienen otra clase de negocios, y corren desesperados de un lado para otro; otros muchos son policías, y van muy serios y satisfechos. ¿Encuentras tú que haya sentido en nada de eso? ¿Dónde está? dímelo si lo sabes.

— Tiene que haber sentido, — contesté yo. — Lo que hay es que somos jóvenes.

— Somos jóvenes, es verdad; pero esto no impide que preguntemos sobre estas cosas para salir de dudas. El tendero de comestibles, por ejemplo, habrá sentido antes la inclinación para dedicarse á ese comercio. ¿La has sentido tú? Yo de mí sé decirte que no he sentido nada.

— No, — le contesté — lo que yo tengo son grandes deseos de hacer algo en este mundo antes de morir. Algo efectivo y bueno, se entiende. Con las ciencias creo que podré hacer algo. A lo menos tengo una idea.

— Una idea, musitó él. Yo también tengo una idea de hacer algo con la escultura. Pero de como lo podré realizar no sé una palabra; de eso sí que no tengo la menor idea, y esto es precisamente lo que me trae á mí mareado, Ponderevo.

Al llegar aquí se animó un poco más y me dijo:

— Mira, ahí hay pan y manteca y algunas cosas

llas más; haz el favor de alargármelas que voy á tomar el desayuno, y después me vestiré y saldremos á dar una vuelta y hablaremos de arte, de literatura y de otras varias cosas.

Para mí fué aquella una conversación memorable, porque abrió casi un nuevo horizonte para el pensamiento. Ewart estaba aquel día muy pesimista y era además un hombre sumamente escéptico. Con sus palabras me hizo ver las cosas mucho más claras que las había visto antes, me hizo ver la vida sin propósito determinado, y al pasar junto al cementerio de Highgate y Waterloo Park me dijo:

—Mira,— y señaló con la mano el valle donde se extiende Londres.— Parece un mar, y nosotros andamos nadando en él. Pero por último acabamos por hundirnos y venimos á parar aquí, y señaló las banderas donde se ven desde el camino las tumbas del cementerio que forman calles interminables. Somos jóvenes, Ponderevo, pero más pronto ó más tarde nos encerrarán ahí.

Hizo una pausa y siguió diciendo:

—¿No ves esa mano? ¿Esa mano que señala el cielo desde lo alto del obelisco? Bien, pues eso es lo que yo hago para poder vivir, cuando no empleo el tiempo en pensar ó en beber para no pensar en nada. Hago cuanto puedo para llegar á ser un buen escultor; y sin modelo y sin otras cosas que se necesitan para serlo, hago yo todos esos ángeles de paz que ves ahí en los panteones. Pero los hago baratísimos, como un demonio; soy una víctima, Ponderevo...

Aquel día disfruté lo indecible hablando con mi antiguo compañero de colegio. Hablamos de teología y de filosofía, viniendo después á parar al socialismo.

—Después de todo,— dijo de pronto Ewart, todas estas malditas vaguedades podrían desaparecer si pudiéramos conseguir que todos los hombres trabajaran unidos..

Después de esta primera reunión nos vimos con bastante frecuencia, y ya no permití que lo dijera él todo, pues le interrumpía de vez en cuando para decir mi parecer sobre los asuntos que tratábamos. Aquella vaguedad é indecisión suya atacaba mi sistema nervioso y me hacía exclamar con frecuencia:

—Pero hombre, tú eres socialista, pues haces algo en seguida por el socialismo y ya tienes ahí un propósito determinado. Tenemos que organizarnos, tenemos que hacer muchas cosas... Predicaremos por las calles á las gentes.

Estas continuas conversaciones con mi amigo Ewart sobre el socialismo y sobre otras muchas cosas, influyeron poderosamente para que mi imaginación se apartara del objeto principal, que era el estudio de las ciencias que traía entre manos. Llegué á argumentar tanto sobre el socialismo democrático en el laboratorio donde trabajaba, que hasta me disputé con el compañero que se sentaba en mi banco, y no volvimos á dirigirnos la palabra en mucho tiempo. Y para que no faltara nada me enamoré también.

Desde que me encontraba en Wimblehurst había venido la fermentación del sexo serpenteando dentro de mí sér como marea que va avanzando paulatinamente, y el estímulo de Londres fué como el viento del mar que levanta y acelera las olas. Mi amigo Ewart tuvo algo de culpa en todo esto, pues a fuerza de hablar de la belleza y de la forma, se fué despertando mi deseo por el trato y por la aventura, hasta venir á parar al punto central é imperioso de la vida individual. Necesitaba por fuerza buscar una compañera.

Entonces principié á enamorarme débilmente de las muchachas que veía por la calle, de las que se sentaban cerca de mí en los trenes y en los omnibus, de las señoras que veía pasar en carruaje, de las muchachas que despachaban bebidas en las tabernas y de las camareras de los cafés. Cuando iba

al teatro salía siempre muy exaltado, porque las actrices y las mujeres que asistían como yo al espectáculo me parecían misteriosas, interesantes y apetitosas. Me iba por momentos dominando la idea de que, entre todas aquellas mujeres que veía pasar por mi lado, debía estar forzosamente la que estaba destinada para mí. Y á pesar de todas las fuerzas antagónicas del mundo, había algo en la medula de mis huesos que insistía: «¡Detente! ¡Mira á ésta! ¡Piensa en ella! ¿No será esa la predestinada?»

Es muy extraño que no recuerde en este momento cuándo ví por primera vez á Marion, que tenía que hacerme desgraciado, tenía que arrancar la hermosa posibilidad generalizada del amor de mi primera virilidad, haciendo de ella un conflicto personal.

Yo la había visto en alguna parte, pero no recuerdo si fué en el Museo de pinturas, en la Biblioteca ó en otro sitio; el caso es que yo recordaba haber visto á esta joven, que era bastante guapa por cierto, y que me llamaba la atención por lo elegante que era á pesar de lo sencillamente que vestía.

Un caso inesperado nos puso á los dos en comunicación. Había subido yo á un omnibus en la estación Victoria, al regresar de Wemblehurst donde había pasado el día del domingo en casa del señor Mantell, cuando noté que la única persona que había dentro del carruaje era ella, y al llegar el momento de pagar la ví apuradísima porque se había dejado olvidado el portamonedas en su casa.

Afortunadamente llevaba yo dinero.

Le pedí permiso para pagar al cobrador el importe de su billete, y me dió las gracias con cierta timidez; y al bajarse del coche volvió á darmelas con más desembarazo.

—Muchísimas gracias,— me dijo con voz melosa y sumamente agradable.— Es usted muy amable. Aquel encuentro vino precisamente á aumentar mi ansiedad. Ahora ya no hacía más que pensar en

ella. No podía dormir tranquilamente, porque su imagen la tenía delante de mis ojos. Afortunadamente la volví á ver á los pocos días en la biblioteca de la Academia de Ciencias. Estaba yo consultando la «Enciclopedia Británica», cuando se acercó á mí y idejó sobre el tomo que estaba hojeando un sobrecito, que por el peso comprendí que contenía los dos peniques que había pagado por ella en el omnibus.

—Estuvo usted tan amable conmigo el otro día, señor... que no sé lo que hubiera hecho si no hubiera sido por usted.

Le dí mi nombre y entonces me dijo:

—Sabía yo que era usted estudiante y que venía á esta biblioteca.

—No precisamente estudiante. Yo...

—Bien, el caso es que yo sabía que venía usted aquí con mucha frecuencia. Yo también estudio en las Consolidated Technical Schools.

Estuvimos hablando un momento en voz baja de estas escuelas, y después nos volvimos á encontrar varias veces medio casual medio intencionadamente. Procuraba ella siempre guardar el incognito de su posición social. La veía trabajar mucho en el Museo copiando algunos cuadros, y sin que me lo indicara siquiera le dije quién era yo y lo que hacía; y así se fueron estrechando poco á poco nuestras relaciones, mientras que el amor iba haciendo de las suyas dentro de mí.

La muchacha me gustaba mucho, á pesar de no ser una cosa extraordinaria de hermosura; pero yo la miraba de muy diferente manera que me miraba ella á mí. Yo la miraba con los ojos del enamorado, y ella me miraba con los ojos del crítico.

—¿Por qué lleva usted esos cuellos tan pasados de moda?— recuerdo que me dijo un día mientras se apresuraba á enseñarme lo que se usaba en corbatas y cuellos.

Entonces tardé tres ó cuatro días en verla, porque me mandé hacer un traje á la moda, y hasta que no

me ví bien arreglado no quise presentarme delante de ella. Y aquí me tienen ustedes ahora abandonando espontáneamente todas mis creencias y convenciones, dejándome llevar de pronto impulsado por el amor.

Un día me invitó á su casa á tomar el té; vivía en Walham Green en una casita muy modesta, cuyos muebles estaban ya en bastante mal estado por la acción del tiempo. Por las paredes había varios cuadros de dibujos de Marion que había aprobado en la Escuela de Artes de South Kensington, y en un rincón de la salita un piano con un libro de himnos encima de la tapa. Sus padres me dieron las gracias por haberle pagado á su hija el omnibus, y noté que la muchacha no se parecía ni poco ni mucho á ninguno de ellos, por más que ella decía que se parecía bastante á los dos.

Cuando Marion sacó los manteles del cajón del aparador para arreglar la mesa á la hora del té, cayó al suelo, al desdobarlos, un cartelito que decía: «Se alquilan habitaciones». Lo recogí y se lo alargué, y al levantar la vista noté que se había puesto muy encarnada de pronto. Aquel cartelito lo había quitado, indudablemente, de la ventana por obsequio á mi visita.

Su padre empezó á hablarme de negocios y de otras varias cosas, y por él mismo supe que había estado empleado muchos años en la fábrica de gas de Walham Green. Era un hombre de bastante estatura, con ojos sin expresión adornados con gafas, y me enseñó una Biblia de gran tamaño con cantos dorados, que él consideraba como una verdadera joya. Era hombre muy útil para la casa; cultivaba el jardín que tenían y ayudaba á su mujer en todo. Se llamaba Ramboat de apellido.

Después les hablé de mis estudios y del tiempo que había pasado en Wimblerhurst, y cuando terminamos de tomar el té salí con Marion para dar un paseo por las inmediaciones de Putney Bridge, volviendo después á casa, donde hubo canto y me obli-

garon á que me quedara á cenar con ellos.

A la muchacha la iba queriendo yo mucho, y ahora no pensaba más que en agradarla todo lo posible y en declararle mi amor cuanto antes.

Una noche volvíamos los dos del teatro en el ferrocarril subterráneo, y como estábamos solitos en un coche de primera, le eché el brazo por la cintura por primera vez.

—No haga usted eso,—me dijo con voz muy débil.

—Pero si yo la amo muchísimo,—dije con voz balbuciente, mientras la acercaba más á mí para darle un beso en aquellos labios divinos que tanto me entusiasmaban. El corazón me daba unos golpetazos fenomenales que debió de sentirlos ella.

—¿Qué me ama usted ha dicho?—preguntó ella mientras hacía esfuerzos por desasirse de mi brazo. —¡No haga usted eso!—Y al entrar el tren en una estación me volvió á decir:—No se lo diga usted á nadie... No debía usted de haber hecho eso...

Al dirigirnos desde la estación á su casa aparentaba estar muy incomodada, y me separé de ella muy triste, porque no me quiso perdonar, por más que se lo supliqué repetidas veces.

Cuando nos volvimos á ver lo primero que me dijo es que no pensara en hacer aquello otra vez.

Creí yo que el darle un beso en los labios era lo más grande, lo último de todo, pero después de dárselo me encontré con que el deseo era ahora mucho mayor, irresistible, y entonces le dije que no podía vivir si no me casaba con ella.

—Pero,—dijo ella,—si no está usted en situación de... ¿para qué hablar de esas cosas?

Me quedé mirándola un momento, y entonces le dije:

—Quiero decir que nos podemos casar.

—No puede usted hacerlo. Necesita aún varios años...

—Pero si yo la amo,—volví yo á insistir.—¿Es que no me ama usted á mí?



Se quedó un momento contemplando mi cara y me dijo después:

—No lo sé. Me gusta usted, sí... Hay que ser sensible...

—¿Pero y el amor? —pregunté yo.

—Deje usted; me gusta su compañía, ¿por qué no hemos de seguir así?

A todo esto iba perdiendo yo mi energía habitual para el estudio. Ahora ya no pensaba más que en Marion; no pensaba más que en agradarla y estar siempre á su lado, y las ciencias no me llamaban ya la atención como antes; las había casi abandonado por atender á ella.

El registrador de las escuelas de Kensigton me dijo un día que no acertaba á comprender lo que me pasaba, que me iba abandonando demasiado y que de seguir así sería muy fácil que me retiraran la pensión.

Comprendí que tenía mucha razón en todo lo que me decía, y me quedé muy triste al reflexionar en lo que sería de mí, si llegaban á retirarme la pensión, y entonces pensé con amargura en el dinero mío que tenía mi tío, ó que debía tenerlo si no hubiera dispuesto de él, porque con sólo cincuenta libras, podía mantenerme en Londres, en caso de que las cosas se pusieran mal, para terminar mis estudios. Después de pensar un rato en todo esto le escribí una carta muy fuerte que acabó de empeorar la cosa, como diré en el capítulo siguiente.



## CAPÍTULO V

### Mi caída y la aparición de mi tío con chistera nueva.

#### I

En todo el tiempo que estuve estudiando en Londres, no había ido á ver á mi tío. Me reventaba su charlatanismo y me escocía además que hubiese dispuesto de mi dinero sin mi consentimiento. Pero además de esto, lo hice también por apartarme un poco de mi tía Susana, mas no dejaba por eso de pensar en ellos de vez en cuando; y en esto estaba precisamente, cuando en un vallado ví un gran rótulo que decía:

**El secreto del vigor,**

**TONO-BUNGAY.**

Estas pocas palabras, pues no había una más ni una menos, hacían, sin embargo, detener á los transeuntes, que después de leer el anuncio varias veces, se mar-

Se quedó un momento contemplando mi cara y me dijo después:

—No lo sé. Me gusta usted, sí... Hay que ser sensible...

—¿Pero y el amor? —pregunté yo.

—Deje usted; me gusta su compañía, ¿por qué no hemos de seguir así?

A todo esto iba perdiendo yo mi energía habitual para el estudio. Ahora ya no pensaba más que en Marion; no pensaba más que en agradarla y estar siempre á su lado, y las ciencias no me llamaban ya la atención como antes; las había casi abandonado por atender á ella.

El registrador de las escuelas de Kensigton me dijo un día que no acertaba á comprender lo que me pasaba, que me iba abandonando demasiado y que de seguir así sería muy fácil que me retiraran la pensión.

Comprendí que tenía mucha razón en todo lo que me decía, y me quedé muy triste al reflexionar en lo que sería de mí, si llegaban á retirarme la pensión, y entonces pensé con amargura en el dinero mío que tenía mi tío, ó que debía tenerlo si no hubiera dispuesto de él, porque con sólo cincuenta libras, podía mantenerme en Londres, en caso de que las cosas se pusieran mal, para terminar mis estudios. Después de pensar un rato en todo esto le escribí una carta muy fuerte que acabó de empeorar la cosa, como diré en el capítulo siguiente.



## CAPÍTULO V

### Mi caída y la aparición de mi tío con chistera nueva.

#### I

En todo el tiempo que estuve estudiando en Londres, no había ido á ver á mi tío. Me reventaba su charlatanismo y me escocía además que hubiese dispuesto de mi dinero sin mi consentimiento. Pero además de esto, lo hice también por apartarme un poco de mi tía Susana, mas no dejaba por eso de pensar en ellos de vez en cuando; y en esto estaba precisamente, cuando en un vallado ví un gran rótulo que decía:

**El secreto del vigor,**

**TONO-BUNGAY.**

Estas pocas palabras, pues no había una más ni una menos, hacían, sin embargo, detener á los transeuntes, que después de leer el anuncio varias veces, se mar-

chaban diciendo: "Tono, ¿y qué será esto? ¡Bun-gay!"

Aquel día precisamente recibí un telegrama de mi tío en contestación á mi amenazadora carta, en el que me decía: "Ven por aquí en seguida que haces falta; trescientas al año cierto tono-bungay."

—¡Por Jehová!—exclamé yo al leerlo;—¡ya lo creo que voy! Algo será. Algún específico, tal vez.

Con sus maneras Napoleónicas, se olvidó de mandarme las señas de su domicilio. El telegrama se había puesto en Farringdon Road, y allí le contesté, diciéndole:

—¿Dónde vive usted?

Su contestación vino en seguida.

—192 A, Raggett Street, E. C.

Al día siguiente, después de asistir á la clase de por la mañana, me fui en busca del nuevo domicilio de mi tío, y lo encontré con un sombrero de copa nuevecito, pero bastante pasado de moda, pues era de alas muy anchas y además se veía que no estaba hecho para su cabeza, porque se le calaba hasta las orejas. Llevaba chaleco blanco y estaba en mangas de camisa, con la chistera tirada hacia atrás, y al verme, me alargó la mano muy contento, sin acordarse ya de aquella carta tan feroz que le había yo escrito por la cuestión de mi dinero.

—¡Aquí nos tienes, Jorge! ¿Qué te dije yo? Ahora no hay necesidad de cuchicheos. ¡Habla bien fuerte! ¡Tono, Tono, Tono-Bungay!

Había allí tres ó cuatro hombres metiendo botellas envueltas en papel y con fundas de paja en las cajas, que iban clavando después de llenas y apilándolas en un extremo de la habitación que hacía de almacén. En la puerta de otra habitación contigua había escrito con letras de yeso: "Laboratorio provisional", y en otra puerta se leía otro rótulo que decía: "Oficina." Dentro de esta habitación había un compartimiento en cuya puerta se leía lo siguiente: "Absolutamente privado. No se permite la entrada." Yo estuve atisbando para ver si descubría alguna cosa maravillosa y ví que no había más que unas cuantas retortas y botellas vacías,

¡y la bombita de aire comprimido que tenía en la tienda de Wimblehurst!

—Entra, hombre, entra en el santuario,—me dijo mi tío en cuanto terminó de dar algunas instrucciones á sus dependientes.

Era aquella una habitación pequeña cuyas paredes estaban cubiertas con un papel obscuro y sucio; cerca de la chimenea había una butaca con un cojinete, y sobre una mesa una botella de whiskey y varias de soda. Al entrar, cerró mi tío la puerta cuidadosamente.

—Bien, hombre, pues aquí estamos. ¡Esto marcha, hijo! ¿Quieres tomar un vaso de whiskey, Jorge?

—No, señor.

—Buen muchacho; ni yo tampoco. ¡Ya estoy en ello! ¡Y ahora á trabajar de firme!

—¿En qué?

—Lee esto;—y me alargó una tarjeta impresa á varias tintas con el nombre de Tono-Bungay.—¡Ya está á flote! ¡y yo también estoy á flote!

Y al decir esto se frotó las manos y principió á cantar en voz baja.

—¡Ya lo ves, Jorge, ya lo ves! ¡Ya estamos en ello! ¡Poco á poco lo he ido arreglando todo!

Me senté entonces en la butaca y esperé á que me explicara el asunto. Salió fuera del cuarto y volvió á entrar al momento. Sacó el reloj del bolsillo del chaleco, un hermoso reloj de oro, para ver la hora que era, y me dijo:

—Mira, llegas á tiempo. Quédate á comer conmigo, Jorge.

—¿Cómo está mi tía Susana?—le pregunté.

—Exuberante, hijo. Nunca estuvo tan contenta y ufana como está ahora. Todo esto la ha animado mucho y le ha quitado varios años de encima.

—¿Y qué es todo esto?

—Tono-Bungay.

—¿Y qué es Tono-Bungay?—pregunté yo.

Mi tío dudó un momento.

—Después de comer te lo diré, Jorge,—dijo.—¡Vámonos, que ya es hora!

Cerró con llave la puerta de aquel santuario, como él lo llamaba; salimos á la calle y subimos á un bonito coche de punto que pasaba en aquel momento por delante de la casa, que nos llevó al hotel Schäfers, que está cerca del puente de Blackfriars.

Los porteros de este hotel abrieron la puerta de par en par y nos hicieron un saludo muy respetuoso al entrar. Mi admiración crecía por momentos al ver el cambio tan repentino que había sufrido la posición de mi tío. Saludó con una inclinación de cabeza á los camareros, y me dijo al entrar en el comedor:

—Ya me conocen, Jorge. ¡Es un hotel de primeral jesto es vivir, hijo!

Entretenidos con los primeros platos que nos sirvieron, no hablamos casi nada ninguno de los dos; pero después le miré para que principiara á explicarme en qué consistía su específico que tan buen resultado le daba.

—Bueno, diga usted,—le dije yo.

—Es el secreto del vigor; ¿no has leído la etiqueta que te enseñé?

—Sí; pero...

—Se vende como el pan bendito.

—Pero ¿qué es?—volví yo á insistir.

—Ya verás,—dijo mi tío inclinando el cuerpo sobre la mesa para aproximarse más á mí.—No es más que (y mencionó una substancia aromática y un tónico muy activo). Después habló de la composición que constituía el secreto.

Cuando terminó la comida, pasamos á un salón ligeramente amueblado, y después de encender mi tío un cigarro habano, nos arrellenamos en dos blandas butacas y empezó diciéndome:

—Deseo que entres en este negocio, Jorge; y lo deseo por varias razones.

Entonces me habló de su proyecto de formar una sociedad con un comerciante de productos químicos muy rico, con un impresor y con el propietario de un diario.

—A todos estos señores,—dijo mi tío bajando mu-

cho la voz,—los he ido conquistando y han ido cayendo el uno detrás del otro. Ya sabes como yo estaba de recursos; pero gracias á Dios, todo marcha ahora admirablemente.

Guardó silencio durante un momento y prosiguió diciendo:

—Supongo que querrás saber ahora por qué te quiero tener yo á mi lado. Pues es el caso, Jorge, que yo deseo que tú prosperes también. Conozco un poco á los hombres y tengo la seguridad que conmigo harás mucho más que con el estudio de las ciencias. A mi lado subirás como la espuma; ciertas cosas de este negocio las puedo yo hacer solo, pero para otras te necesito á tí, Jorge; confía en mí, que no te pesará. Hay que trabajar, hijo, y hacer dinero; tenemos que subir, subir mucho. Los anuncios y propaganda quedan de mi cuenta; tú harás otra cosa y tendrás trescientas libras esterlinas al año; no es gran cosa, pero esa suma puede constituir la base de tu fortuna.

Volvimos al almacén de mi tío, y por el camino le dije que me dejara un momento para pensarlo. ¡Trescientas libras esterlinas era ya algo! Por lo que veía yo por allí, no valía todo el negocio esa cantidad. ¿Cómo era posible que pudiera darme trescientas libras? Me ardía la cabeza y le supliqué que me permitiera dar una vuelta por el almacén para despejarme un poco.

—¿Qué te parece todo eso?—me preguntó mi tío cuando volví á entrar en su despacho.

—Por lo pronto, me parece que esas muchachas debían de estar trabajando en una habitación que estuviera más ventilada de lo que está esa. Además, los tapones de corcho que ponen á las botellas, convendría que los envolvieran antes en papel.

—¿Por qué eso?—preguntó mi tío.

—Porque los tapones de corcho despiden muchas veces serrín, que al caer en el líquido se forma como una especie de estiércol.

—Muy bien, Jorge,—dijo mi tío con entusiasmo.—Vente conmigo en seguida, que tú puedes hacer mu-

cho; ya sé yo lo mucho que tú vales; no vaciles, hombre, vente cuanto antes.

## II

Aquella buena comida y aquellos buenos vinos que bebimos, no me entorpecieron los sentidos ni mucho menos; al contrario, me hicieron ver las cosas muy claras y me predispusieron para confesar ingenuamente á mi tío lo que me parecía aquel negocio tan próspero que había emprendido.

—Bien, Jorge,—dijo mi tío al ver que yo seguía callado, dando chupadas al cigarrillo que me había dado poco antes.—¿Qué te parece todo esto?

—En primer lugar,—contesté yo,—me parece que es una estafa terrible.

—¡Tate! ¡tate! ¡tate! Es una cosa tan legal como... ¡Es un comercio lícito, hombre de Dios!

—Tanto peor para el comercio,—dije yo.

—Pero hombre, esto es una cosa que hace todo el mundo. Después de todo, el específico no contiene nada que sea perjudicial á la salud; al contrario, puede hacer mucho bien. Puede dar, por ejemplo, mucha confianza al público en caso de epidemia. ¿Me comprendes? No sé de dónde sacas tú de que esto sea una estafa.

—¿Qué quiere usted que le diga, tío? A mí me parece eso.

—Bueno, pues entonces, dime tú ahora qué clase de comercio de esta índole no es una estafa. Y sin embargo, ahí tienes á Chickson, que le hicieron barón; y lord Radmore, que con el álcali en el jabón hizo una fortuna colosal, y otros muchos la hicieron también con cosas por el estilo.

—¿Pero me quiere usted á mí decir que el vender al público el brevaje ese, jurándole y perjurándole que es un reconstituyente, es una buena acción?

—¿Y por qué ha de ser mala, Jorge? Si el público lo recibe como la quinta esencia de los reconstituyentes, ¿qué hay de malo en todo esto?

—No diga usted eso, tío,—dije yo encogiéndome de hombros al mismo tiempo.

—La fe, hombre; la fe es lo principal en todas estas cosas. Te concedo el que las etiquetas de las botellas sean algo enfáticas, no digo que no; pero dime tú si conoces algún negocio de esta clase que no sea enfático hoy día. ¡Es el sistema moderno, Jorge! Todo el mundo está ya enterado de esto y todos saben á qué atenerse.

—Sí; pero me parece á mí que hay otros muchos medios de poder vivir sin necesidad de cometer esos fraudes ó decir tanta mentira.

—No seas terco, hombre; aquí no hay fraude; vaya, me apuesto el sombrero á que no lo hay. Pero á todo esto, ¿qué piensas hacer? Mira: si entras de dependiente en una farmacia ó laboratorio, te darán un sueldo y nada más; pero ten por seguro que ninguno te dará participación en su negocio como te la daría yo si te vienes conmigo. Y allí tampoco podrás escapar de la estafa, como tú llamas á esta clase de comercio.

—Es que hay negocios, tío, que no hay necesidad de mentir de esa manera; ni hay necesidad tampoco de anunciar tanto ni de dar gato por liebre.

—Te equivocas, Jorge. Eso se podría hacer algunos años atrás; hoy hay que anunciar y meter mucho ruido para poder vender.

—Y además, se puede uno dedicar á la enseñanza, en vez de entrar en una casa de comercio.

—Bueno, y cuánto ganarás con la enseñanza por año? Supongo que respetarás lo que dice Carlyle. Bien, pues en ese caso lee su obra y verás lo que pagan las naciones á los profesores é inventores, y lo que pagan á los comerciantes. Desengáñate, Jorge, todo eso de la enseñanza no da dinero. ¡El comercio es lo que mueve al mundo entero! Argos, Venecia, Imperio.

Mi tío se había ido entusiasmado hasta ponerse de pie.

—Piensa en todo esto, Jorge. Piensa detenidamente y déjate ver el domingo próximo por el nuevo local de Gower Street, y verás á tu tía, que pregunta por tí con

mucha frecuencia; casi todos los días me pregunta por tí. Ya te he dicho, y te lo vuelvo á decir ahora, que te pagaré hasta el último céntimo de lo que te debo, y además te pagaré también los intereses correspondientes. Pero te suplico que me ayudes, te lo suplico yo y te lo suplica también tu tía Susana. Adiós, Jorge, voy á dictar una carta.

Y salió del cuarto sonriéndose.

### III

A pesar de todos sus argumentos, luché conmigo mismo una semana entera antes de entregarme. Pasé algunas noches sin poder pegar los ojos, á fuerza de tanto pensar en el asunto que me proponía mi tío, y en otras cosas que me estaban pasando. Con lo que me había dicho el inspector de las escuelas, con la conversación de mi tío y con pensar que de nada me servía el estar tan enamorado como estaba de Marion, me puse tan atontado y de tan mal humor, que hubiera deseado morirme.

Cuando salí del despacho de mi tío, me dirigí al Embaukment, pasando por Farringdon Street, con objeto de poder estar más solo para pensar un rato. Veía yo bien claramente el asunto; lo veía material y moralmente, y no dudé un sólo momento de que la venta de Tono-Bungay era una engañifa. Este específico no era ni más ni menos que un estimulante aromático y atractivo, que prepararía á los consumidores para tomar después otros tónicos más fuertes. El coste de las botellas más grandes no pasaría seguramente, incluyendo todos los gastos, de unos siete peniques, y se vendían al público á media corona.

Era un asunto deshonesto á todas luces, y aunque comprendía que no era mi tío solo el que lo hacía, pues todo aquel número considerable de anuncios que veía por todas partes eran otras tantas engañifas, no quería yo contribuir á que hubiera una más; así es que continué meditando para ver el partido que podría tomar...

Lo pensé mucho; comprendía perfectamente que el comercio es el que rige el mundo; mejor dicho, el capital es el que lo rige y domina; y mi tío tenía razón al decir que la manera más rápida de adquirir riquezas, era vendiendo las cosas más baratas en botellas muy caras. *Pecunia non olet*, dijo un emperador romano. Quizás mis grandes héroes en el Plutarco no fueran mucho más que estos comerciantes de hoy día, que por la distancia parecían mejores; después de todo, puede ser que todas esas cosas del socialismo que yo profesaba, no fueran más que ilusiones tontas. Morris y otros como él, estarían representando el sainete intencionadamente, mientras que unos cuantos tontos creían ciegamente todo lo que decían. Al pasar frente á San James' Park ví un coche tirado por una hermosa pareja de caballos pardos, donde iba una mujer gorda, de aspecto ordinario, vestida con un lujo extraordinario, que me echó desde el coche una mirada despreciativa. No hay duda,—me dije yo,—esa debe ser la mujer de algún fabricante de píldoras...

### IV

Antes de contestar á mi tío, quise consultar á mi amigo Ewart para ver lo que pensaba de estas ideas mías sobre el comercio, y al mismo tiempo para sondearle y ver por donde salía. Le supliqué que viniera á comer conmigo á un restaurant italiano que estaba cerca de Panton Street donde por dieciocho peniques daban una comida bastante abundante é interesante. Llegó con un ojo amoratado, sin que acertara á explicarme satisfactoriamente de qué provenía aquel cardenal. «No es nada, no es nada, me dijo, un poco de barro que me ha saltado.» ¿Y á tí qué te pasa?

—Cuando nos sirvan la ensalada te lo diré,—le contesté yo.

Andaba yo luchando conmigo mismo porque no sabía si me convendría más dedicarme al comercio ó seguir con mis estudios para consagrarme después á la enseñanza; pero al ver que mi amigo insistía en que le

explicara mis dudas y dificultades, le dije lo que me pasaba y empezó diciendo:

—La realidad de la vida, querido Penderevo, — creo estarle viendo ahora con el cascanueces en la mano, muy impresionado y puntualizando mucho las palabras, — es un conflicto cromático... y de forma. Atiende á eso particularmente, y deja todas las demás cosas. El socialista te ponderará una clase de color y de forma, y el individualista te ponderará otro. Bueno, y todo esto qué vale? No vale nada. No aconsejo nada, nada absolutamente; lo único que digo es que conviene evitar en lo posible los pesares. Sigue en tus trece, busca las cosas bellas tal como tus sentidos determinen la belleza. Y no te preocupes nunca por dolor de cabeza más ó menos por la mañana... Porque después de todo, ¿qué es la mañana, Penderevo? ¿No es por ventura la primera parte del día?

—¿Qué conjunto de disparates estás diciendo! — exclamé sin poder contenerme, después de hacer grandes esfuerzos para ver si podía comprender lo que me decía.

—¡Nada de eso! No hago más que explicarte las cosas tal como yo las veo y las siento. Tú puedes hacer lo que te parezca; puedes seguir humanamente mis consejos ó no puedes seguirlos... Dejé el cascanueces que tenía en la mano, y sacó del bolsillo de su americana un librito de apuntes muy grasiento. «Ahora voy á robar este tarrito de mostaza», dijo.

Me disponía ya á protestar de aquello, cuando prosiguió diciendo:

—No haré más que sacar el dibujo. Estoy haciendo un panteón para un bestia de droguero que se murió hace poco, y voy á esculpir en los ángulos de la lápida tres ó cuatro tarros de éstos, que vendrán muy bien por cierto, pues le servirán para refrescarse un poco allá donde ha ido á parar.

## V

Después de reflexionar algunas horas sobre todos estos escrúpulos míos, comprendí que la piedra fundamental de todo era Marión. Comencé entonces á darle vueltas en mi cabeza al problema, y me imaginé que la estaba ya interrogando del siguiente modo:

—¿Le parece á usted justo que se entregue uno al capital abandonando todas sus creencias? Hay probabilidades de éxito, puede uno llegar á ser un hombre rico, pero ¿dónde estará la satisfacción?

Y entonces ella contestaría: «¡No! Eso no sería justo.»

—¡Pues en ese caso no habrá más remedio que esperar!

Entonces ella se convertiría de pronto en una diosa; estaría divina cuando se volviera á mi con los brazos abiertos y los ojos muy relucientes y me dijera con noble sinceridad: «No, nos amamos los dos mucho. Nada inroble nos ha de conmover nunca. ¿Qué necesidad hay de que el uno espere al otro? ¿Qué importa de que seamos pobres y continuemos siéndolo?...»

Pero el caso es que la conversación que tuvimos después no fué ésta ni mucho menos. Al verla se trastrocó toda mi elocuencia nocturna, y cambió por completo el valor moral. La estuve esperando en la puerta de la tienda de ropas llamada Persian, en la calle Mayor de Kensington, y fuimos juntos hasta su casa. Recuerdo que al salir del establecimiento me pareció con el sombrero de jara obscura que se había puesto aquel día, no solamente hermosa, sino encantadora inclusive.

—Me gusta mucho ese sombrero, la dije como único medio de empezar la conversación, y ella me echó una mirada acompañada de una sonrisita tan deliciosa, que circuló al momento una alegría inmensa por todo mi cuerpo.

—La amo á usted con todo mi corazón, la dije en voz baja al subir á la acera.

Ella movió la cabeza en sentido de que me perdonaba, pero siguió sonriéndose.

—¡Tenga usted piedad de mí!

La acera de la calle Mayor es bastante estrecha y además de estrecha estaba atestada de gente, por lo que tardé un ratito en poder volver á hablar, pues teníamos que ir muchas veces el uno detrás del otro.

—Mire usted, Marion,—la dije—yo la necesito. ¿Me comprende usted? la necesito.

—¡Ahorra!—exclamó ella en tono de reproche.

No sé si el lector comprenderá bien lo que es el amor apasionado, lo que es la inmensa admiración y el deseo; pues en ese estado me encontraba yo precisamente con aquella joven.

—Mire usted, Marion que estas no son bromas. Mire usted que yo la amo con delirio. La quiero tanto, que perdería gustoso la vida por usted... ¿No le importaría á usted que yo muriera?

—¿Pero qué íbamos á sacar con todo eso?

—¡Ya veo que á usted no le importaría! ¡No le importaría ni un comino que yo muriera!

—Ya sabe usted que sí me importaría, contestó ella. Si no me importara... Si no le quisiera á usted mucho, ¿consentiría yo que me esperara y viniera acompañándome á mi casa?

—Bien, pues en ese caso—dije yo—prométame que se casará conmigo.

—Bueno, y si lo digo, ¿qué diferencia habrá entonces?

En aquel momento tuvimos que separarnos para dejar pasar á dos hombres que llevaban una escalera de madera á cuestras.

—Marion,—la dije en cuanto nos volvimos á juntar,—le repito á usted que necesito forzosamente que se case usted conmigo.

—No podemos.

—¿Por qué no?

—No nos podemos casar en la calle.

—¡Pero podíamos esperar la oportunidad!

—Bueno, no hablemos más de eso, ¿qué sacaremos en limpio?

Su cara tomó de pronto un aire algo triste, y prosiguió diciendo: «No conviene casarse. Mejor estamos así; con un poco de dinero en el portamonedas, marcha una tan guapamente y sin ninguna clase de cuidados. Nos casaremos, vendrán chiquillos, porque usted no puede asegurar que no vendrán, y sin los recursos necesarios principiaremos á padecer...»

En cuanto terminó de decir esto, me apresuré yo á interrogarla del siguiente modo:

—Oiga usted Marion, ¿qué sueldo le parece que necesita uno para poder casarse?

—¿Pero para qué casarse?—contestó ella.

—¿Se casaría usted si tuviera un sueldo de trescientas libras al año?

Se quedó mirándome un momento con mucha atención, y entonces dijo: «Así resultarían seis libras por semana. Con esa cantidad ya se podría arreglar una fácilmente.»

—Bien, pero se casaría usted conmigo, si ganara trescientas libras al año?

Volvió á mirarme con curiosidad, y en su mirada descubrí un vislumbre de esperanza.

—¡Sí...!—dijo ella.

Entonces le alargué la mano y me quedé un momento mirando sus ojos.

—Trato hecho,—la dije.

Vaciló y retiró su mano en seguida.

—Es una tontería,—dijo al retirar su mano de la mía.—Esto quiere decir que estamos...

—Sí,—contesté yo.

—Comprometidos. Tendrá V. que esperar algunos años. ¿Y qué necesidad habrá de todo esto?

—No tantos años,—contesté yo.

Se quedó un momento pensativa, y me volvió después á mirar medio risueña, medio preocupada.

—Me gusta usted y no me pesa de haberle dado palabra de casamiento,—me dijo sin dejar de sonreírse.

Y aquí tienen ustedes ya á un hombre más contento



que unas pascuas, al ver que podía casarme con ella en cuanto dispusiera de las trescientas libras al año.

## VI

Por fin, me encaminé á la nueva dirección de Gower Street que me había dado mi tío, y encontré á mi tía Susana que le esperaba ya para tomar el té.

Entré en seguida en el comedor, y ví al momento el cambio tan radical que se había operado en el ajuar de la casa, gracias al Tono-Bungay. Mi tía andaba por casa muy bien arreglada, y ví además una doncella muy elegante que habían tomado; nada, que la cosa prosperaba mucho, y á mi tía se le conocía hasta en la cara, pues ahora estaba risueña y guapísima.

—¡Hola!—dijo mi tía al verme entrar en el comedor. —¿Eres tú, Jorge?

—¿He de servir ahora el té, señora?—preguntó la camarera, observando con frialdad nuestra alegría.

—No, Meggie; hasta que no venga el señor Ponde-revo no lo tomaremos.

—Está usted de primera, tía. Alegre, guapa y todo lo que hay que estar.

—Oye; ¿qué te parece á tí de este negocio que ha emprendido tu tío?

—Me parece que es una cosa que promete mucho, —contesté yo.

—Yo creo que será un buen negocio.

—¿Pero no ha visto usted lo que es?

—Le oí hablar de Tono-Bungay, y de que estaba ya á flote; pero no he visto nada ni me ha dicho una palabra más. Me llevó á un restaurant de primera, bebimos champagne y empezamos en seguida á gastar mucho, diciéndome que el negocio daría para todo.

Se quedó entonces mirándome como dudando de que esto pudiera ser verdad.

—Puede ser,—dije yo con voz sentenciosa.

Discutimos la cuestión entonces en silencio, mirándonos los dos mutuamente con gran insistencia. Mi tía volcó la pila de libros que tenía á su lado,

—Estos días he leído muchísimo, Jorge; más que tú en toda tu vida.

—¿Pero qué le parece á usted el negocio?—le pregunté yo.

—Yo creo que ganará dinero—dijo mientras se encogía de hombros al mismo tiempo.—Le he visto muy preocupado durante una larga temporada,—continuó diciendo;—pero ahora ya está contento, porque dice que encontró lo que buscaba; pero te necesita, Jorge, te necesita; me lo ha dicho varias veces, y si no vienes, todo se va á ir á pique... ¿Pero es que te niegas á venir?

Hizo una pausa y se quedó mirándome.

—Verá usted...

—¡No vayas á decir que no!

—Mire usted, tía,—dije yo.—¿No comprende usted?... Esa medicina es una engañifa, es una cosa que no sirve para nada.

—Sí; pero el caso es que no hay ninguna ley que prohíba la venta de estas medicinas,—dijo mi tía.

Reflexionó un momento, poniéndose muy grave, y prosiguió diciendo:

—Es nuestra salvación, Jorge. Si esto no marcha...

En aquel momento abrieron la puerta de la calle, y entró mi tío cantando:

—¡Ya estoy á flote! ¡ya estoy á flote!

—¡Hola, Jorge!—me dijo al verme.—¿Te has decidido, por fin?

—Sí,—contesté yo.

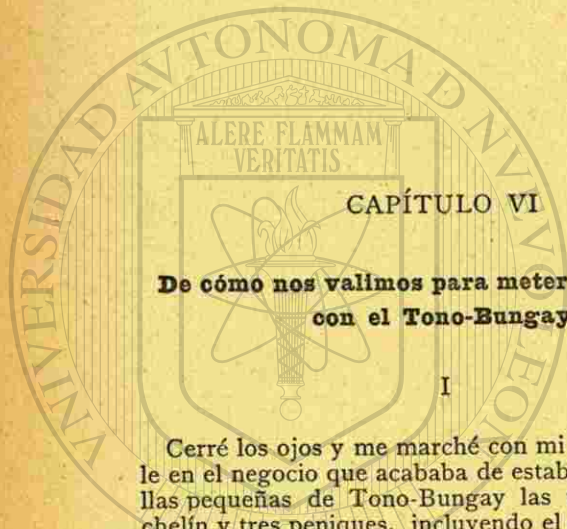
—¿Vienes?

Guardé silencio; pero le dije que sí con una inclinación de cabeza.

—¡Muy bien! ¿Pero por qué no lo has dicho una semana antes?

—Porque tenía una idea completamente falsa del mundo,—contesté yo.—Pero ya pasó; ahora me tiene usted á su disposición; ya no vacilo en ayudarle.

Y así fué en efecto. Con él estuve más de siete años,



## CAPÍTULO VI

### De cómo nos valimos para meter mucho ruido con el Tono-Bungay.

#### I

Cerré los ojos y me marché con mi tío para ayudarle en el negocio que acababa de establecer. Las botellas pequeñas de Tono-Bungay las vendíamos á un chelín y tres peniques, incluyendo el sello del Gobierno. Se hizo gran propaganda del específico, y en poco tiempo adquirimos fama, dinero y el respeto de un número considerable de personas. Todo lo que me dijo mi tío lo estaba yo ahora viendo prácticamente. Con el Tono-Bungay prosperaría considerablemente más que hubiera podido hacerlo con mi carrera de ciencias...

Gracias al genio de mi tío podía yo ya cantar victoria. Verdad es que me necesitaba; se puede decir que dentro del negocio era yo su mano derecha; pero en cambio él era el cerebro que concebía. Escribía de su puño y letra los anuncios que mandaba á los periódicos, que algunos de ellos decían: «Hilaridad—Tono-Bungay. Es para las venas lo que el aire puro de la montaña». Y otros: «Salud, Belleza, Robustez—Tono-Bungay».

Metíamos la mar de ruido, y yo trabajaba con entusiasmo porque veía que aquello prometía mucho. Hay gentes tan felices que creen que las fortunas se consiguen tranquilamente sin hacer el menor ruido. Eso es un sueño, como lo pueden justificar la mayor parte de los millonarios (excepto uno ó dos jugadores de mucha suerte). No creo yo que J. D. Rockefeller trabajara en sus primeros años del petróleo tanto como trabajábamos nosotros. Trabajábamos desesperadamente todo el día y parte de la noche. Tanto mi tío como yo recorríamos además todo Londres haciendo propaganda.

Este último trabajo no me gustaba á mí, y en cuanto encontré un buen corredor que pudiera reemplazarme, me dediqué exclusivamente á preparar el Tono-Bungay. Mi misión era preparar el específico y vigilar cómo lo embotellaban y pegaban las etiquetas y se hacían las expediciones, para que todo aquel líquido fuera después á parar á los estómagos de las gentes. Ibamos conquistando el terreno palmo á palmo; primeramente trabajamos el interior de Londres, después nos fuimos extendiendo á los suburbios y más tarde á las demás provincias de Inglaterra. Mi tío tenía un buen mapa de las islas británicas, que consultaba á cada momento para enterarse bien de las poblaciones y de las vías de comunicación.

—¿Qué te parece, Jorge?—solía preguntarme mientras se frotaba las manos de gusto.—Ésta es la novela del comercio moderno, hijo. Ya ves cómo vamos conquistando, provincia por provincia, todo el país como unos valientes.

Efectivamente, subyugamos muy pronto á Inglaterra y al país de Gales, y nos extendimos á otros puntos, adaptando el Tono-Bungay, que contenía el cuarenta por ciento de alcohol puro. Después vinieron los suplementos, las especialidades no tardaron mucho en entrar en acción. «Tono-Bungay. Estimulante para el cabello», fué nuestro primer suplemento. A éste siguió «Tono-Bungay concentrado; gran remedio para la vista». Recuerdo muy bien cómo redactaba mi tío algu-

nos de sus muchos anuncios: "¿Por qué se cae el cabello? Porque las folículos se cansan. ¿Y qué son las folículos?...". Y así continuaba hasta llegar á parar en que el Estimulante del cabello contenía "los principios esenciales del tónico más vigorizador"; Tono-Bungay lo hacía todo y lo curaba todo.

El caso es que el negocio aumentaba considerablemente día por día, y que la legión de viajeros que teníamos nos mandaban un número considerable de pedidos, que nos veíamos muy apurados para poderlos servir con la urgencia que los pedían. Y no contento mi tío con lo mucho que se vendía en el país, extendió el negocio á América y se hicieron expediciones muy importantes; verdad es que no se cansaba de idear algo nuevo. A las muchas clases de Tono-Bungay que teníamos, ya no tardó en añadir otra para enjuagarse la boca, y continuamente iba ideando otras y otras. Era incansable aquel hombre; me parece estarle viendo en su escritorio, con la pluma en la mano, pensando en lo que iba á escribir ó diseñar, pues también mandaba anuncios ilustrados á las revistas, exclamando de vez en cuando: «¡Oye, Jorge, tengo una idea! ¡A ver qué te parece esto, Jorge!» Muchos ratos los pasábamos sentados cerca de la chimenea de su despacho, y recuerdo que un día me dijo de pronto, mientras se recostaba en su butaca:

—¿Qué te parece Jorge, si preparásemos un Tono-Bungay contra el mareo del mar?

—Creo que no daría resultado.

—Nada se pierde con probarlo, Jorge.

Y siempre andaba así; su imaginación no descansaba un momento; y con tanto pensar en su Tono-Bungay, creo que no se acordaba siquiera que con la venta de aquella droga estábamos cometiendo un verdadero fraude. Yo se lo dije varias veces, pero él me contestaba que siempre estaba yo dispuesto á echar las cosas por tierra.

## II

Al principio del negocio, ó sea cuando estábamos en Farringdon Street, trabajamos desesperadamente; y todo lo que poseíamos, incluyendo las drogas y botellas vacías, no valdría á buen seguro mil libras esterlinas, ni el crédito que merecía la casa llegaba tampoco á esa cantidad. Después ya fué otra cosa; se formó una sociedad por acciones con 150.000 libras de capital, y los socios que gestionaron este crédito, aun les parecía poco para la importancia que le daban al negocio. Mi tío hizo consignar en la escritura de la sociedad que el diez por ciento del negocio me correspondía á mí.

¡Imposible parece! ¡150.000 libras esterlinas de capital conseguido con tanta facilidad para un negocio que todo era una sarta de mentiras, representadas por unas botellas que casi todo lo que contenían era agua pura ó poco menos! Así anda el mundo. Confieso á usted ingenuamente que si no hubiera sido por lo que me dijo una vez mi amigo Ewart, nunca hubiera creído que las grandes fortunas se hicieran en su mayor parte de este modo. Recuerdo que le escribí por el interior diciéndole que se pasase por nuestro laboratorio y almacén de Raggett Street para hablar de unos carteles que pensábamos hacer, y me estuvo diciendo:

—Lo que me gusta sobre todo, Ponderevo, es la poesía que hay en todo esto... Así es precisamente como vencemos á los animales. ¡Reflexiona un momento!... Ningún animal es capaz de dirigir una fábrica como esta. Nos acordamos, sí, del castor. Este animal es muy probable que fuera capaz de embotellar cosas como estas; pero ¿cómo es posible que pudiera pegar las etiquetas y vender las botellas después?... Piensa un momento, Ponderevo, piensa en el público que consume esto; piensa en estas muchachas que tenéis aquí embotellando y pegando etiquetas. Las gentes se esfuerzan siempre por la necesidad de hacer algo, se esfuerzan por el deseo de ser... El verdadero inconve-

niente de la vida. Ponderevo, no está en que existimos, eso es un error muy vulgar; el verdadero inconveniente está en que *no existimos* y deseamos existir. ¡Ahí está el toque, amigo! El hambre que tenemos de ser algo...

—Vamos abajo al despacho,—le dije yo al ver que estaba llamando la atención de las muchachas que preparaban las botellas.

—Aquí puedo hablar mejor,—me contestó.

Se disponía á proseguir su discurso, pero al ver que la máquina de embotellar metía mucho ruido, me dijo:

—Bueno; bajaremos al despacho.

Mi tío estaba en aquel momento haciendo la digestión del almuerzo, y le dió á Ewart un buen cigarro puro, y animado con esto, siguió diciendo:

—Mire usted, señor; le explicaba yo hace un momento á su sobrino que el comercio tiene su correspondiente poesía, y al decir esto apoyó los dos codos en la mesa. Pero él se resiste á creerlo.

Mi tío afirmó con una ligera inclinación de cabeza, y luego dijo: «Precisamente lo que yo le he dicho en varias ocasiones».

—Ustedes son artistas. Yo también lo soy, y si usted me lo permite, hablaremos de artista á artista. El anuncio es una gran cosa; ha causado una verdadera revolución en el comercio y en la industria; y revolucionará seguramente el mundo entero. Los antiguos comerciantes mataban las buenas mercancías, y en cambio, los modernos dan vida á una fruslería cualquiera. A cualquier cosa insignificante que no vale nada, le dan valor. Coge por ejemplo la mostaza, que no es ni más ni menos que una mostaza cualquiera; y, canta, grita y la anuncia por todas partes con grandes letras, diciendo que la «Mostaza Smith es la mejor de todas». ¡Y el caso es que sostiene que es la mejor!

—Es mucha verdad, es mucha verdad,—dijo mi tío en tono filosófico.

—Sí, señor; es como el artista que de un bloque de mármol hace un hermoso monumento; y volviendo á la mostaza, les diré á ustedes que por el barrio donde

yo vivo, veo una marca anunciada hasta en los bancos de los jardines. No pueden ustedes volver la vista á ninguna parte donde no vean el mismo anuncio. He tenido la idea al ver esto, de que podría yo meterme también en el comercio, y después de hacerme rico, volver á mis aficiones artísticas.

Al llegar aquí, exclamé yo:

—Todo eso está muy bien; ¿pero por qué se han de adular las cosas? Yo no estoy conforme con la adulteración.

—¡Es una vileza!—dijo mi tío moviendo al mismo tiempo la cabeza en señal de reprobación.

—¡Y completamente innecesaria! Se puede hacer, por ejemplo, una mezcla con tres cuartas partes de rábanos picantes y una de mostaza, y poniéndole un nombre bonito, se vendería á doble precio de la mostaza.

—¡Buena idea, Jorge!—dijo mi tío mirándome, como queriéndome decir algo más con la vista.

—Hay muchísimas cosas con las que se puede hacer una fortuna; con agua se arregla todo. Tono-Bungay es una gran cosa.

—No estábamos hablando de Tono-Bungay, señor,—dijo mi tío poniéndose de pronto muy serio.

—Su sobrino, señor, es terrible en muchas cosas; quiere que todo tenga una especie de fin predestinado; es un verdadero Calvinista del comercio; no acepta nada más que las cosas que ve muy claras. Bien, señor, pues ahora que ha hecho usted la ceniza, respétela.

Mi tío se quedó un momento mirándole, como dudando del sentido de estas palabras; pero en seguida comprendió que no había malicia en ellas.

—Podríamos hacer un ladrillo medicinal con ellas,—dijo mi tío mientras contemplaba el extremo de su cigarro.

—O un biscuit fresble. ¿Por qué no? Podía usted anunciar: «¿Por qué son los pájaros tan ligeros? ¿Porque digieren muy bien su alimento! ¿Y por qué digieren tan fácilmente lo que comen? ¿Porque tienen molleja! ¿Y por qué no tiene el hombre molleja? ¿Porque

puede comprar el Ashpit Triturador, Biscuit Frefble Ponderevo, que es mucho mejor!»

Estas últimas palabras las pronunció levantando mucho más la voz, y trazando al mismo tiempo curvas en el aire con el brazo derecho...

—Superior, superior,—exclamó mi tfo entusiasmado.

—Tiene usted talento, joven; con una sola vez que vea yo á un hombre, ya tengo bastante para saber lo que da de sí...

Mi amigo Ewart habló después del comercio moderno y de otras cosas, y así terminó nuestra entrevista aquel día.



## CAPITULO VII

### Marion

#### I

Cuando vuelvo la vista á aquellos días en que establecimos la reputación del Tono-Bungay, sin hacer ningún bien á la humanidad, sacando del negocio una buena renta, me parece estar viendo mi vida escrita en dos columnas juntas, pero muy desiguales; la una muy ancha y la otra sumamente estrecha, pues en una estaba escrita mi vida comercial y en la otra mi vida en casa con Marion, porque por último me casé con ella.

Me casé cuando hacía ya un año que el Tono-Bungay había llegado á su gran apogeo, y á pesar de eso aun hubo sus más y sus menos, pues no faltaron discusiones, algunas de ellas bastante acaloradas. Por aquel entonces tenía yo veinticuatro años, y, sin embargo, me parece una de las primeras cosas que hice en mi vida, y mi novia y yo teníamos ideas diametralmente opuestas. En muchas cosas eramos los dos sumamente ignorantes y sencillos, antagonistas por temperamento, pues no teníamos una sola idea que fuera común á los dos,

puede comprar el Ashpit Triturador, Biscuit Frefble Ponderevo, que es mucho mejor!»

Estas últimas palabras las pronunció levantando mucho más la voz, y trazando al mismo tiempo curvas en el aire con el brazo derecho...

—Superior, superior,—exclamó mi tfo entusiasmado.

—Tiene usted talento, joven; con una sola vez que vea yo á un hombre, ya tengo bastante para saber lo que da de sí...

Mi amigo Ewart habló después del comercio moderno y de otras cosas, y así terminó nuestra entrevista aquel día.



## CAPITULO VII

### Marion

#### I

Cuando vuelvo la vista á aquellos días en que establecimos la reputación del Tono-Bungay, sin hacer ningún bien á la humanidad, sacando del negocio una buena renta, me parece estar viendo mi vida escrita en dos columnas juntas, pero muy desiguales; la una muy ancha y la otra sumamente estrecha, pues en una estaba escrita mi vida comercial y en la otra mi vida en casa con Marion, porque por último me casé con ella.

Me casé cuando hacía ya un año que el Tono-Bungay había llegado á su gran apogeo, y á pesar de eso aun hubo sus más y sus menos, pues no faltaron discusiones, algunas de ellas bastante acaloradas. Por aquel entonces tenía yo veinticuatro años, y, sin embargo, me parece una de las primeras cosas que hice en mi vida, y mi novia y yo teníamos ideas diametralmente opuestas. En muchas cosas eramos los dos sumamente ignorantes y sencillos, antagonistas por temperamento, pues no teníamos una sola idea que fuera común á los dos,

Es indudable que yo la amaba con delirio, á pesar de su frialdad é indiferencia, pues me pasaba muchas noches en la cama sin poder dormir, retorciéndome como un desesperado, porque tardaba en casarme con ella...

Por complacerla me compré un sombrero de copa y una levita para los domingos, y no fué una vez sola la que se rieron de mí mis amigos, al verme tan peripuesto cuando me encontraba á alguno por casualidad. Pero esto no fué, sin embargo, nada más que el principio de nuestras diferencias, aunque los disgustillos, muchos de ellos causados por la intervención de su amiga Smithie, iban mezclados con algún que otro besito...

Al lector le chocará tal vez, que yo hable aquí de mis amores con tanta seriedad. Pero lo hago porque es una cosa que me ha venido después preocupando toda mi vida. He reflexionado detenidamente sobre estos asuntos del amor, porque en realidad no es una cosa baladí. El amor no es solamente el hecho cardinal de la vida de un individuo, sino que lo es también de toda una comunidad; porque después de todo la suerte de una nación entera depende, en su mayor parte, del casamiento de los jóvenes de esta generación; todos los demás asuntos del Estado son subsidiarios de éste.

## II

En lo que se refiere á mi noviazgo con Marion diré, que á pesar de entusiasmarme tanto la muchacha, no nos entendíamos. Los domingos salíamos los dos á paseo y pasábamos, por lo regular, todo el tiempo que estábamos fuera de su casa enfadados. ¡Pobre Marion! Yo procuraba por mi parte, explicarle mis exaltadas ideas acerca de la teología, del socialismo, de la estética y de otras muchas cosas, pero todo era inútil; no me entendía, y además de no entenderme pasaba la muchacha un mal rato. Entonces guardaba yo silencio durante un rato, y

le hablaba después de otras cosas que le gustaban más; del hermano de su amiga Smithie y de otras amigas suyas.

Ya he dicho antes que estábamos comprometidos para casarnos; pero después rompimos y volvimos á hacer las paces. Se la pedí á su padre; me estuvo escuchando con gran seriedad, y quiso enterarse de mi origen antes de dar su consentimiento; se desesperó extraordinariamente al oír de mis labios que mi madre había servido de criada en una casa, y después de esta confesión, su mujer, la madre de mi novia, me abrazó y besó varias veces, y entonces compré el anillo de boda. La tía de mi futura esposa no aprobaba aquel casamiento, porque tenía sus dudas respecto á mis ideas religiosas. No lo podía yo remediar, pero siempre que veía á esta mujer me ponía muy nervioso, y nunca estaba tan contento como cuando no se presentaba delante de mí aquel espantajo de vieja, que me desconcertaba con sus miradas...

Tenía yo grandes deseos de casarme, porque me había echado ya la cuenta de que las pequeñas diferencias que había entre mi novia y yo desaparecerían en cuanto lleváramos algún tiempo casados. Un día llegué á su casa á la hora en que ella no estaba, y como siempre me andaba pidiendo prórrogas y más prórrogas para el casamiento, me decidí á hablar á su padre del asunto.

—Mire usted,—le dije,—vengo á decirle á su hija que nos tenemos que casar en seguida, porque ya hemos esperado bastante y no quiero esperar más tiempo.

—Yo, por mi parte, no apruebo las relaciones muy largas, porque no son buenas para ninguno de los dos,—dijo su padre.—Pero Marion no piensa como yo, y le va dando largas al asunto. ¿Qué le parece á usted esta regadera que he comprado?

Hablé entonces á la señora Ramboat, mi futura suegra, y me dijo que su hija necesitaba todavía algún tiempo para preparar sus cosas...

Cuando llegó mi novia nos sentamos en unas sillitas debajo de un árbol del jardín, y le dije de manos á boca:

—Oye, Marion, ¿piensas casarte conmigo, si ó no?

Me miró y se sonrió, y después me contestó con mucha dulzura:

—Ya verás, ¿no estamos comprometidos?

—Sí, pero esto no puede durar toda la vida. ¿Estás dispuesta á que nos casemos la semana entrante?

Se quedó otra vez mirándome á la cara durante un momento.

—No puede ser,—me contestó después de reflexionar un momento.

—Me prometiste que nos casaríamos en cuanto ganara yo trescientas libras al año.

Guardó silencio un momento, y me contestó después de estar pensando sin duda lo que me iba á decir:

—¿No sería mejor que siguiéramos aún algún tiempo como estamos? Nos podríamos casar, sí, con trescientas libras; pero tendríamos que alquilar una casita muy pequeña. El hermano de Smithie no gana más que doscientas cincuenta libras, pero vive en una casa muy reducida, casi sin jardín, y en medio de la carretera. No te impacientes, hombre, que ya llegará el día. ¡Ahora nos encontramos tan bien!

Aquellas palabras tuyas me causaron gran amargura, al ver que el hermoso asunto del amor andaba mezclado con la sórdida necesidad.

—¿Y si tomáramos,—dijo yo,—una bonita casa aislada, en Ealing, por ejemplo, con un buen jardín detrás y otro pequeño delante?

—Sí, pero eso representa por lo menos sesenta libras de alquiler al año.

—Bueno, así necesitaríamos para vivir bien quinientas libras al año... Pues mira, yo las tengo, porque he dicho á mi tío que necesito esa cantidad, y

me ha contestado que desde luego puedo contar con ella.

—¡Quinientas libras!

Al oír su exclamación me eché á reír por no poderme á llorar; pues comprendí que con dinero había casamiento, y sin dinero no había nada.

—¡Sí, de veras!—dije yo,—¿y qué tienes que objetar ahora?

—Nada,—contestó ruborizándose un poco.—

¡Tiene una que ser sensible! Pero oye, ¿quieres decir que de buenas á primeras te han subido doscientas libras de un golpe?

—Sí, para que pueda casarme.

Estuvo escudriñándome en silencio durante un buen ratito.

—¡Qué calladito te lo tenías!—dijo sonriéndose al ver que yo había soltado el trapo á reír.

Se había puesto de pronto contentísima, y yo lo estaba también porque disfrutaba lo indecible cuando la veía alegre.

—Sí, chica, sí,—dije yo sin reír ya maliciosamente como antes. Se frotó las manos y se quedó mirándome á los ojos con mucho detenimiento.

Se había puesto tan contenta que olvidé en seguida mi disgusto de hacía un momento. Olvidé que había subido su precio doscientas libras más al año, y que yo acababa de comprarla por aquella cantidad.

—¡Vamos!—la dije poniéndome al mismo tiempo de pie,—vamos á tomar el sol, querida mía, y hablaremos de esto. Mira qué hermoso está todo; qué hermoso es el mundo, qué hermosa es la vida. Cuando el sol declina y sus rayos hieren de soslayo tus cabellos, brillan como el oro. No, digo mal, no brillan como el oro, brillan como el cristal puro...

Pasamos un buen rato, y siguió contenta toda aquella tarde, pero no dejó por eso de decirme que le diera palabra de que me habían aumentado el sueldo en doscientas libras,



Alquilamos y amueblamos la casa que á ella le gustaba, y me dijo que en el jardín quería tener hierba de las Pampas si había sitio suficiente.

—Oye, Jorge, ¿conoces tú la hierba de las Pampas? Yo quisiera que tuviéramos en el jardín.

—Tendrás hierba de las Pampas, — le contesté yo. Aquella tarde me dieron intenciones de abrazarla, pero me contuve porque me acordé de lo que me había dicho otras veces que quise hacerlo.

Me prometió que nos casaríamos dentro de dos meses, y entonces recuerdo que hablamos de la boda, y empezamos á discutir sobre algunas cosas que á mí no me gustaban.

—Pero oye, Jorge, — me dijo su padre después que su hija les informó de lo que yo le había dicho. — ¿Qué clase de casamiento quieres tú hacer? No creo que pienses en esas oficinas del registro.

—Precisamente es lo que pienso hacer, — le contesté yo. — El casamiento es una cosa privada, y...

—Yo no me creería casada con eso, — dijo mi futura suegra.

—Mira, Marion, nos tenemos que casar en una oficina de registro, porque en las demás tonterías y supersticiones no creo yo ni una sola palabra ni puedo tampoco someterme á ellas. Dame ese gusto ya que yo he accedido á todo lo que me has pedido.

—Yo no me caso en una oficina de registro.

—Muy bien, — contesté yo. — Pues yo no me casaré en ninguna otra parte. Así es que á ti te toca ahora escoger; — y sin decir una palabra más ni despedirme de su familia me dirigí á la puerta de la calle y marché incomodado, pero pesaroso al mismo tiempo...

### III

Al día siguiente le puse á mi tío un telegrama diciéndole: «Me encuentro de muy mal temple y no puedo ir hoy al despacho», y me encaminé á Hig-

hgate en busca de Ewart. Le encontré trabajando en un busto, y me pareció que se alegraba de que fuera á interrumpirle.

—Oye, tú, loco de remate, — le dije al entrar en su taller; — ya estás dejando el trabajo, que nos vamos por ahí á pasar el día. Estoy fastidiado, hijo; podríamos ir á Staines y desde allí iríamos remando hasta Windsor.

—La muchacha, ¿eh? — dijo Ewart soltando el cincel de la mano.

—Sí.

Fué todo lo que dije del asunto que me llevaba allí.

—Mira que no tengo aquí dinero, — me dijo para poner en claro la ambigüedad de mi invitación.

Compramos algunas cosas de comer, y por indicación de Ewart compramos también dos sombrillas japonesas para librarnos del sol en el bote.

Mi amigo Ewart no tardó mucho en tomar la palabra en cuanto nos vimos en el campo.

—Todo es una pura confusión, á pesar de que tú no lo crees. Nadie sabe donde nos encontramos, porque en realidad no estamos en ninguna parte. ¿Son las mujeres una propiedad ó son nuestras compañeras? ¿Son una especie de diosas propietarias? Compañeras no lo son. ¿Crees tú en la diosa?

—No, — contesté yo, — no son esas mis ideas.

—¿Qué ideas tienes sobre este punto?

—Según...

—Ya verás, — dijo Ewart aprovechando mi pausa. — Mi idea es encontrar una persona que me pertenezca, á la que yo pertenecería á mi vez, en cuerpo y alma. ¡Nada de medios dioses! Hay que esperar á que ella venga. Si es que viene alguna vez... Tenemos que venir el uno al otro jóvenes y puros.

—No se trata de que la persona sea ó no sea pura... Para principiar puede ser las dos cosas.

Guardamos silencio durante un momento mientras seguíamos fumando.

—¿Te he dicho algo, Ponderevo, del descubrimiento que he hecho últimamente?—dijo de pronto Ewart.

—No, ¿de qué se trata?—pregunté yo.

—No existe la señora Grundy.

—¿Que no existe?

—¡No! Practicamente no existe. He meditado mucho en el asunto. No es más que el instrumento, Ponderevo. Ella ha cargado con la censura, pero Grundy es un hombre, un hombre terrible, amigo, que hay que temerle.

Para no cansar al lector diré que á mi amigo Ewart le dió aquel día por defender á la mujer, y estuvo hablando hasta que se cansó, de formar una nueva sociedad en la que la mujer tuviese las mismas libertades que el hombre.

## IV

No recuerdo bien en este momento los días que mediaron entre mi rompimiento con Marion, y el de su sumisión. Pero lo que si recuerdo perfectamente es que yo me emocioné muchísimo, pues reí y lloré al mismo tiempo cuando leí su inesperada cartita. Corrí aquella misma noche á verla y estubo conmigo más cariñosa y generosa que nunca, pues cuando me retiré me besó muy suavemente.

Y así fué como nos casamos.

Nos casamos con todas las incongruencias de costumbre. Me dejé llevar é hice lo que decía Marion: «hay que ser sensible». Fuímos á la iglesia en tres carruajes (uno de ellos de dos caballos), y los cocheros iban muy mudados y llevaban lacitos de colores en sus fustas, y mi tío intervino en todo, y estuvo espléndido hasta la exageración, pues se empeñó que todos los invitados vinieran con nosotros á uno de los mejores restaurants. La mesa estaba muy bien adornada con profusión de crisantemas, y los ramitos de azahar se veían colocados en sus lugares correspondientes. Mi tío y mi

tía formaban una buena pareja, y los amigos Smithies invitaron á otros amigos suyos, así es que el número de convidados fué mayor de lo que se esperaba.

A mi tío no le había dicho yo una palabra de este casamiento hasta una semana antes de celebrarse, así es que tanto él, como mi tía, se quedaron como quien ve visiones cuando les dí la noticia. Les sorprendió tanto que, creyeron en un principio que se trataba de una broma mía. Mi tía sobre todo era la que más curiosidad demostraba por enterarse de estas relaciones que tan calladito las había yo llevado. Recuerdo que me llamó aparte y me dijo:

—Ahora, Jorge, deseo que me digas todo lo que sepas de ella. ¿Por qué no me lo has dicho antes? A lo menos á mí debías de haberme dicho algo, hombre.

Pero el caso es que no sabía que decirle de Marion. Me encontraba perplejo sin saber por donde principiar.

—¿Es muy guapa?—dijo ella por fin.

—Yo no sé lo que á usted le parecerá,—contesté yo vacilando.—Yo creo...

—¿De veras?

—Para mí es la mujer más hermosa del mundo.

A mi tía le extrañó muchísimo todo esto, y el día de la boda no apartaba un momento la vista de Marion.

En cuanto terminó el banquete nos marchamos mi mujer y yo á la estación de Chaming Cross, para pasar unos días en Hastings. Ibamos los dos muy mudados y entramos en un reservado de primera.

—Bueno,—dije yo cuando arrancó el tren.—¡Ya terminó todo!—y me volví á Marion, todavía con cierta cortedad, y me quedé mirándola sonriéndome al mismo tiempo.

Ella en cambio me miró muy seria, con cierta timidez.

—¿No estás incomodado?—me preguntó.

—¡Incomodado! ¿por qué lo he de estar?

—Por haberse hecho todo como Dios manda.

—¡Nada de eso, querida mía!—y por vía de contestación le cogí su enguantada y perfumada mano y se la besé...

No recuerdo muy bien los detalles de este viaje, que duró poco más de una hora; lo que sí recuerdo es que yo estaba mareado y algo cansado, y á Marion le dolía un poco la cabeza y no estaba para caricias ni monadas. Entonces me acordé de mi tía, y de deducción en deducción vine á sacar en limpio que pensaba yo demasiado en ella. Sentía ya muchísimo el no haberle dicho antes que deseaba casarme...

No hay necesidad, lector, que te explique aquí detalladamente toda la historia de mi luna de miel. Con lo dicho basta ya para la buena comprensión de lo que me propongo decir después. Impulsado por fuerzas extraordinarias, desviado completamente del estudio de las ciencias, de las curiosidades y del trabajo á que me había dedicado antes en cuerpo y alma, tuve que abrirme paso á través del enredo de tradiciones y costumbres, obstáculos y absurdidades, y aunque disgustado y de mala gana, me consagré á las ocupaciones que veía yo claramente que eran deshonorosas y vanas, y por último cumplí con los imperiosos deseos de la ciega Naturaleza y me encontré de pronto que Marion lloraba mientras yo la estrechaba entre mis brazos.

¿Quién es capaz de referir la historia del enaenamiento lento de dos recién casados, la debilidad de este primer lazo y la del contacto complejo después? A pesar de los quince años transcurridos, me encuentro hoy con una masa de impresiones de Marion, tan confusa y discordante, tan poco sistemática y tan contradictoria de por sí como es la misma vida. Al pensar en alguna de estas cosas

la amo, y si pienso en otras la odio; hay cien aspectos diferentes en que puedo verla ahora con desapasionada simpatía. En aquellos momentos de felicidad, cuando éramos muy buenos «amigos», hablabamos los dos nuestro lenguaje especial, yo era «Mutney», y ella era «Muig», y hasta última hora su amiga Smithie me pareció en nuestra casa la persona más amable del mundo.

No sabré decir aquí cómo se las arregló Marion para disgustarme y para que fracasase ella en la vida de las emociones íntimas, que se puede decir que son la pepita del amor. Esa vida de emociones íntimas está formada de pequeñas cosas. Una cara bonita difiere de una cara fea por una variedad de superficies y proporciones que algunas veces son infinitamente pequeñas. En medio de todo yo no hago aquí más que establecer cosas sumamente pequeñas; ninguna de ellas puede hacer otra cosa que demostrar la discordia esencial de esos temperamentos de que ya he hablado anteriormente. Algunos lectores me entenderán fácilmente, á otros en cambio no les pareceré ni más ni menos que uno de esos brutos insensibles que no puede hacer ninguna clase de concesiones... Hoy es muy fácil el hacer concesiones; pero cuando se es joven y ardiente ya es otra cosa; cuando el recién casado ve la vida, que él había soñado que sería la gloria, un hermoso jardín de rosas, un lugar de profundos y dulces misterios, de admirable silencio, convertida en tolerancias y en lloriqueos de criaturas, entonces cambia por completo el aspecto de la vida.

En todo éramos diferentes mi mujer y yo; hasta por serlo lo éramos en el gusto; bastaba que á mí me gustara un mueble para que no le gustara á ella, y me contestara por lo regular con, «¿qué sabes tú de estas cosas?» Pero vaya, bien ó mal iba llevando todo esto en un principio de casados con santa resignación, pero el caso es que no era Marion sola la que me contradecía en todo; su padre, que había venido á vivir cerca de nosotros,

me encoraba también con mucha frecuencia, porque no me dedicaba á la jardinería.

— Piensas demasiado, hombre, — me decía á cada momento. — Coge una azada y arregla el jardín, eso es mucho mejor que cavilar, Jorge.

Y siempre estábamos así; cuando no era mi mujer era mi suegro ó mi suegra; todos tenían que decirme algo para apartarme de mis aficiones á la tranquilidad y por el estudio. Una vez le dió á mi suegro por plantar tomates en el jardín cubriendo las plantas con cristales para que no se helaran, pero no contento con esto los plantó también en varios tiestos que metía por la noche en el comedor. ¡Cristo, con los tomates dichosos! En el aparador, entre mis libros, por todas partes aparecían tiestos con tomates.

Mi mujer y mi tía no simpatizaban; por instinto ó algo así, llegaron á ser antagonistas muy pronto. Mi tía quería hacer las veces de madre, y deseaba intimar mucho con Marion para decirle en secreto cómo me gustaba á mi llevar las botas, la corbata, el cuello, etc. Pero Marion la recibió siempre con cierta frialdad y prevención, por lo que no fué posible intimar.

— Tu tía dice unas cosas muy extrañas, Jorge, — me dijo un día que hablábamos de ella; — serán todo ingeniosas que quieras, pero yo no las entiendo.

— Sí, son ingeniosas, — me limité yo á contestar; — es su manera de hablar.

— A mí me parece que á tu tía le gusta mucho reirse de la gente; todos no podemos ser tan ingeniosos como ella.

Mi existencia de casado se convirtió, por último, en un boquete estrecho en medio del ancho espacio de intereses en que vivía. Me había yo lanzado al mundo, y trataba á variado número de personalidades; viajaba mucho por el negocio y leía en los trenes todos los libros que caían en mis manos. En casa de mi tío adquirí muchas amistades que Marion no participaba de ellas. Cayeron en

mí las semillas de nuevas ideas y fueron creciendo conmigo. Creo que para un hombre esos primeros años de la tercera década, son de gran crecimiento mental, son los años de la lucha incansable, de la empresa vaga é indeterminada.

Cuando volvía de viaje y entraba en mi casa me veía perdido, no encontraba atractivo de ninguna clase, y Marion me iba pareciendo cada día menos hermosa y más difícil é insoportable, hasta que por último perdió para mí toda su magia. A medida que pasaba el tiempo me iba recibiendo cuando volvía á casa con mayor frialdad, á lo menos así me parecía á mí, y poco á poco se fué abandonando y se volvió muy apática. Nunca se me ocurrió preguntarme á mí mismo lo que pasaría y cual podría ser su descontento. Volvía á casa sin esperanza de ninguna clase, pensando que este debía ser el destino de mi vida, que yo mismo había escogido. Pero no me conformaba ni mucho menos con aquella vida, al contrario, me desesperaba y veía el precipicio que se iba abriendo entre los dos.

Desgraciadamente no vino ningún crio para salvarnos. Marion había aprendido de su amiga Smithie cosas horrosas respecto á la maternidad. Sin embargo, no creo tampoco que los hijos hubieran podido uniros, porque de tenerlos hubiera habido las mismas diferencias que había en todo, en cuanto al modo de criarlos.

En fin, para terminar diré que, mi vida con Marion era aburridísima en extremo, triste y hasta desesperada. En aquellos días precisamente fué cuando más pensé en lo triste que era la vida, y me acordaba de mis ilusiones cuando estudiaba en Wimblerhurst; y á nadie culpaba por otra parte, porque yo mismo era el que había forzado la cosa; yo mismo me había buscado lo que me estaba pasando. El fin de nuestra intolerable situación llegó inesperadamente, pero de un modo que á mi manera de ver era inevitable. Mis enajenadas afec-

nes se extraviaron y por último terminé por ser infiel á Marion.

No pretendo con esto atenuar la cualidad de mi conducta. Era joven y bastante vigoroso; el hambre de amor que tenía no la había podido saciar con mi desgraciado casamiento. Había perseguido el falaz vislumbre de la belleza sin cuidarme de nada más, y éste me faltó á lo mejor. Se había obscurecido en el momento preciso en que yo esperaba que brillara más. Me desesperé entonces y me pareció la vida sumamente triste. No mezclemos la moral en el asunto, y en cuanto á los remedios sociales, los dejaremos para el reformador de la sociedad. Había llegado á esa edad de la vida cuando las únicas teorías que me interesaban eran las generalizaciones de las realidades.

## VI

Para entrar en nuestro despacho interior de Ragget Street, tenía que pasar antes por una habitación donde estaban las muchachas que escribían á la máquina, pues había aumentado tanto el negocio, que nos habíamos visto obligados á comprar varias máquinas de escribir para la numerosa correspondencia y facturas que mandabamos diariamente. Entre estas muchachas había una que me llamó la atención por lo guapita que era, y por lo bien arreglada que iba siempre. Era muy blanca y llevaba al cuello un collarcito de menudas perlas; bonita garganta tenía la muchacha, y con sus hermosos ojos pardos, como su reluciente cabello, y su agraciada sonrisita, me llamó desde luego la atención, y ella por su parte me miraba también con insistencia.

Un día que le estaba yo dictando unas cartas, reparé en sus manos, que verdaderamente eran preciosas, muy blancas, y con unas uñas sonrosadas que daban encanto el verlas. No nos dijimos nada aquel día, pero nos miramos los dos de una manera

que nos quisimos decir mucho; con los ojos solamente quedamos entendidos.

A los pocos días de esto llegué una vez al despacho á la hora del almuerzo; la miré al pasar, y observé que estaba sola sentada á su pupitre. Ya iba á entrar en mi cuarto cuando me volví de pronto y me acerqué á ella.

—¿Es esa la nueva maquinita que ha venido?— le pregunté yo por decirle algo.

Levantó entonces la cabeza y se quedó mirándome algo ruborizada, y entonces me incliné y la di un beso en los labios; pero ella me echó al momento los brazos al cuello para acercarme más á ella, y me besó varias veces. La abracé entonces fuertemente y la levanté en peso, pero en aquel momento oímos ruido en la habitación inmediata, y me separé en seguida un poco, pero le dije en voz baja:

—Aquí no podemos hablar. ¿Por dónde va usted á las cinco cuando sale de aquí?

—Por el Embankment á Charing Cross,—me contestó con gran naturalidad.—Ninguna de las otras chicas va por ese camino,—añadió después.

—¿La podré ver allí á las cinco y media?

—Sí, á las cinco y media...

Entré al momento en mi despacho y busqué en las hojas de pago su nombre. Effie Rink, se llamaba. No pude escribir nada aquella tarde. Daba vueltas y más vueltas por el cuartucho aquel como fiera aprisionada en la jaula.

Quando salí fuera Effie trabajaba aparentemente con mucha calma, y no levantó siquiera la vista para mirarme...

Nos vimos aquella tarde en el sitio convenido, y quedamos de acuerdo sobre lo que teníamos que hacer. En mi vida había soñado yo en una aventura como aquella.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1920. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VII

Volví á mi casa, después de una semana de ausencia, completamente cambiado. Effie dijo que había estado indispuesta todos aquellos días, y ocupó de nuevo su puesto en la oficina. Cuando abrí la puerta de la verja de mi casa y pasé por el jardín donde había mandado Marion plantar la hierba de las Pampas, no iba avergonzado ni mucho menos; al contrario, me parecía que acababa de vindicar un derecho que había estado en litigio. Me acerqué á ella sin ninguna clase de remordimiento, con la frialdad é indiferencia de siempre.

La encontré en la sala y comprendí por su actitud que acababa de separarse de la ventana, donde me había estado mirando cuando yo entraba por el jardín. Por la palidez de su cara comprendí que le pasaba algo. Parecía que no había podido dormir en toda la noche, y me extrañó que no se acercara á mi para saludarme y preguntarme cómo me había probado el viaje.

— Vienes á casa, — me dijo.

— ¿No recibistes mi carta?

Se mantuvo seria y muy tiesa al lado de la mesa sin acercarse á mí.

— ¿Dónde has estado? — me preguntó.

— En la costa del Este, — le contesté yo con naturalidad.

Guardó silencio durante un momento, y dijo después:

— Ya lo sé.

La miré entonces, y recuerdo muy bien que fué aquel el momento de más asombro de toda mi vida...

— ¡Caramba! — exclamé yo por último. — ¡Ya lo creo que lo sabes!

— ¡Y á pesar de eso vienes á casa!

Antes de contestarle á esto di varias vueltas por la habitación con la cabeza baja, porque el asun-

to era, como se comprenderá fácilmente, bastante serio.

— No sueño, no, — prosiguió ella diciendo al ver que no le contestaba. — ¿Cómo has podido hacer una cosa semejante?

Me parece que transcurrió un buen ratito antes que ninguno de los dos volvieramos á decir una sola palabra.

— ¿Pero quién está enterado de esto? — pregunté yo por último.

— El hermano de Smithie, que estaba en Cromer.

— ¡Pues maldito sea Cromer!

— ¿Pero por qué has hecho eso, hombre?

Sentí algo así como una especie de petulante y espasmódica incomodidad por la inesperada catástrofe.

— A ese hermano de tu amiga Smithie le voy yo á retorcer el pescuezo, — contesté yo...

Marion comenzó entonces á hablar fragmentariamente.

— Tú... Siempre creí que nunca me engañarías... Creo que todos los hombres son horribles, sobre este particular.

— A mí no me parece la cosa tan horrible. Me parece la consecuencia más necesaria, la cosa más natural del mundo.

Oí pasos en el corredor inmediato, y me apresuré á cerrar la puerta de la sala para que no se enteraran los criados de lo que estábamos hablando.

— Tu aspereza para conmigo es incomprensible y desesperante; por más que creo que ni tú misma te has dado cuenta de nada de esto, porque te importa á ti muy poca cosa, y nunca te has cuidado de mí.

Al oír esto se sentó en una butaca y me dijo:

— Ya lo creo que me he cuidado de ti.

Me encogí de hombros por toda contestación.

— Puede ser que le importes más á ella que á mí, — dijo entonces.

No quise contestar nada.

— ¿Dónde está ahora?

— Me parece que no te debe importar dónde está. ¡Mira, Marion! Esto ha venido porque tenía que venir. Lo siento, créeme que lo siento, y verás que no son más que las consecuencias de tu indiferencia para conmigo. En cuanto á esa muchacha, no tengo más que decirte que ni la he buscado ni ella me ha buscado á mí. Nos encontramos un día, hablé con ella, la besé, y la cosa siguió adelante. Hubiera sido una estupidez el volverse atrás. Y además, ¿por qué me tenía que volver? Me acordaba de ti...

Se quedó mirándome á la cara con mucho detenimiento, mientras tiraba con fuerza del tapete de la mesa.

— Pensabas en mí, — dijo, — no lo creo... pero en fin, como no pienso acercarme más á ti...

Guardamos silencio durante un buen rato, mientras yo pensaba á la ligera en la catástrofe que acababa de ocurrirnos. Estaba incomodado, pero no dejo de reconocer que aquella incomodidad mía era injusta.

La camarera llamó en aquel momento á la puerta.

— El té está á punto, señora, — y volvió á salir dejando la puerta abierta.

— Me voy arriba á mi cuarto, — dije yo, y me detuve al ver que no me contestaba. — Me voy arriba á mi cuarto, — volví á repetir dirigiéndome á la puerta.

— Mamá tomará el té con nosotros esta tarde, — dijo por fin Marion después de haber permanecido callada un buen rato.

Y no tuve más remedio que pasar al comedor y soportar con paciencia las escudriñadoras miradas de mi suegra y de la antipática y solterona hermana suya, mujer á quien yo no podía soportar; y aquel día con las caras que hacíamos mi mujer y yo, no apartaban la vista de nosotros como queriendo averiguar lo que nos pasaba.

## VIII

No tardamos en reanudar nuestro monstruoso diálogo; en cuanto nos quedamos solos volvimos á hablar á tropezones del asunto. No recuerdo bien el tiempo que duró, pero creo que aunque con varias interrupciones estuvimos discutiendo tres ó cuatro días. Salí dos veces de casa para pasear por aquellos alrededores y pensar más detenidamente en el asunto, y por la noche estuve muy nervioso y pasé muy malos ratos.

El diálogo que sosteníamos tenía sus alternativas de subidas y bajadas; unas veces nos acalorábamos demasiado y se ponía la cosa muy tirante, y otras nos apaciguábamos y discutíamos con más calma; pero siempre terminábamos por reconocer que ya no nos amábamos. Me parece que estoy viendo á Marion en este momento; estaba de pie en su dormitorio, más derecha que un huso; pálida, implacable, comprimiendo las lágrimas, dignificada y temblorosa.

— ¿Pero es que la amas? — me preguntó una vez, y penetró en seguida la duda en mi mente.

Luché un momento con las ideas confusas y con las emociones.

— No sé lo que es el amor, — le contesté. — Son muchas cosas á la vez; está hecho de una docena de cuerdas retorcidas de cien maneras distintas.

— ¿Pero te hace falta esa mujer? ¡Debe hacerte mucha falta cuando piensas en ella!

— Falta ya lo creo que me hace; sí, sí; me hace mucha falta, — dije después de reflexionar un momento.

— ¿Y yo? ¿Dónde voy á ir yo?

— Pues donde tú quieras; pero me parece que aquí estás bien.

— Pero vamos á ver, ¿qué piensas hacer?

— ¿Que qué pienso hacer? — dije ya desesperado

al ver que mi situación era insoportable, —¿qué te conviene á ti que haga?

Han transcurrido de esto quince años, y hoy puedo juzgar del asunto con la serenidad que en aquellos momentos me faltaba. Lo veo ahora como si se tratara de un asunto que perteneciera á dos personas distintas, pero muy conocidas nuestras; por lo que puedo juzgar de él sin apasionamiento de ninguna clase. Veo ahora que este golpe, esta inmensa y repentina desilusión, sirvió para que Marion pensara por primera vez en algo, para que se conmoviera su alma, y dejara de pronto su apatía, su timidez, sus imitaciones y sus malos impulsos; en una palabra, para que se convirtiera en personalidad.

—Esta situación tiene que terminar, —recuerdo que me dijo con mucho orgullo y hasta con altanería.

—Es demasiado tarde, Marion, —la contesté. — Yo no puedo soportar ciertas cosas.

—Entonces no podemos seguir viviendo juntos. ¿No comprendes que no es posible?

—Está bien. Si tú lo quieres, —dije yo deliberadamente.

Así continuamos hasta llegar á pronunciar la palabra «divorcio».

—Si no podemos vivir juntos, tenemos que ser libres, —dijo Marion.

—Yo no entiendo una palabra de estas cosas, pero me enteraré y te diré lo que tenemos que hacer para separarnos.

Hablamos después de lo que sería de nosotros cuando nos separásemos, y al día siguiente consulté á un abogado, y por los muchos detalles que me dió ví que era mucho más fácil casarse que des casarse.

—Bien, ¿pero de qué voy á vivir yo? —me preguntó Marion cuando le dí la noticia de que mi abogado estaba ya gestionando nuestro divorcio.

—Yo te pasaré un tanto; la ley establece la tercera

parte de lo que yo gane; pero no quiero que te falte nada; te daré trescientas libras al año.

—¿Y te quedas libre?

—Quedamos libres los dos.

—Y toda la vida la pasarás odiando...

—Yo no he odiado, ¿has odiado tú?

## IX

Lo vacilante, lo perplejo de la vida, es la irresoluble complejidad de la realidad, de las cosas y relaciones semejantes. Nada es sencillo. Todo agravio lleva en sí su correspondiente parte de justicia, y toda buena acción tiene algo de la hez, de la escoria del mal. En cuanto á nosotros dos, jóvenes todavía, y sin el suficiente conocimiento de las cosas, tocamos en aquella ocasión muchas cuerdas que produjeron diferentes sonidos. Unas veces nos poníamos furiosos, muy incomodados el uno contra el otro, y otras éramos generosos y nos hubiéramos dejado sacrificar por favorecernos mutuamente.

Recuerdo que Marion decía muchas cosas que no guardaban relación entre ellas, cosas que se contradecían lastimosamente, pero que colocadas en su lugar correspondiente eran verdaderas y sinceras. Algunas veces me insultaba de mala manera, yo me enfurecía y le contestaba algún disparate.

—Pues señor, está bien, —dijo no sé cuantas veces; —mi vida ha sido un puro fracaso.

—Tiempo tuviste de pensarlo, —le contestaba yo; —en los tres años que anduve detrás de ti, podías haberte determinado á decir que no querías casarte conmigo.

Otras veces recordamos los pormenores de nuestro casamiento y me decía:

—¿Pero por qué me odias? Te hice esperar, es verdad; pero bien te vengas ahora.

—¡Vengarme! —repetí yo.

De pronto saltaba á otro asunto, á lo que haría cuando nos separásemos.



—Tengo que ver cómo me ganaré la vida; quiero ser independiente, completamente independiente. Saldré de Londres, que ni me gusta ahora ni me ha gustado nunca. Me ire al campo y cuidaré las abejas, trabajaré la tierra; labor penosa, pero en medio de todo ¿á ti qué te importa?...

—Ya hemos convenido en que te pasaré lo suficiente para que no caves la tierra ni tengas que cuidar las abejas.

—Sí, pero á pesar de eso seguirás odiándome...

Había momentos que hasta parecía que se alegraba que nos separásemos.

—Me marcharé fuera con mi amiga Smithie, y las dos juntas estableceremos alguna industria ó comercio.

Pero lo que me incomodó más de todo, lo que no le perdoné entonces ni se lo perdono ahora, fué cuando se le ocurrió decirme:

—Tu tía se alegrará de todo esto. Nunca me ha mirado con buenos ojos...

Entre los recuerdos de los apuros y disgustos que pasé aquellos días aparece la figura de Smithie, íntima amiga de mi mujer, y me parece estarla viendo ahora con la cara muy seria mirándome de reojo, como si fuera yo algún villano ruin que no mereciera siquiera que se me dirigiera la palabra. Y mi suegra hacía lo mismo; andaba por casa consolando á su hija, pero sin darme nunca ni los buenos días...

Cuando llegó el momento de salir de mi casa mi mujer se echó á llorar amargamente, pero á mí se me había endurecido el corazón de tal modo, que no logró ablandarlo con sus lloros ni con sus súplicas.

—No comprendo, no comprendo,—decía la pobre entre sollozos.—¡No acierto á comprender nada de esto!

—¡Pues es muy fácil de comprenderlo!—le contesté yo.—Fuí un imbécil, ¡y ahora seré un desgraciado toda mi vida!

—¡No me abandones... *Mutney!* ¡no me dejes sola! ¡No comprendo por qué eres así!

Se abrazó á mí y siguió llorando y suplicándome que no la abandonara; pero el coche esperaba en la puerta y yo por otra parte no quería ya deshacer lo hecho, así es que la aparté de mí y me limité á decirle:

—¡Adiós!

## X

Me separé de Marion perturbado y con mucho sentimiento, y fuí en busca de Effie que me aguardaba en un piso que habíamos alquilado en Orpington. Me esperaba en la estación á eso del anochecer, y nos encaminamos los dos á casa sin hablar casi nada. Iba yo abatido, temblando de pies á cabeza, porque veía delante de mí la figura de Marion suplicante y llorosa.

Effie comprendió lo que me pasaba y tuvo la suficiente prudencia de no decirme una sola palabra respecto á Marion; ni me habló de ella en aquel momento ni en todo el tiempo que vivimos juntos...

Esta joven hizo cuanto pudo por alegrarme un poco la vida, que me pesaba mucho por cierto, y tal maña se dió que casi lo consiguió en parte, y llegué á estar contento á su lado.

El negocio de mi tío me iba cansando mucho, porque no me parecía una cosa muy honrosa, y además de esto porque tenía yo otras ilusiones que se apartaban completamente del comercio. Los aeroplanos, los globos dirigibles y las máquinas voladoras era lo que á mí me llamaba mucho la atención porque había dedicado bastante tiempo al estudio de la aviación, y lo había hecho con entusiasmo y hasta con verdadero cariño.

Un día entré en el despacho de mi tío, creo que fué por los días en que Marion andaba haciendo gestiones para que nos volviéramos á unir, y le dije de pronto:

— Mire usted, ya estoy harto de esto.

— ¡Hola! — me contestó mientras ponía á un lado los papeles que tenía delante. — ¿De qué se trata, Jorge?

— Que las cosas van muy mal.

— ¿Y cómo es eso?

— Mi vida, tío, — dije yo, — es un verdadero enredo.

— Ya lo sé, ha sido muy imbécil esa mujer, Jorge; pero ya estás libre de ella, y ahora podrás vivir como pez en el agua...

— Sí, pero además de eso es que yo no estoy contento con este infame comercio que hacemos.

— ¡Eh, poco á poco! ¿qué estás diciendo? ¡mucho cuidadito con lo que se habla! Aquí no hay nada de villano é infame; el comercio es así, y yo necesito que esto continúe como va para poder después poner el pie en terreno más sólido.

— Todo lo que usted quiera, tío; pero yo he pensado mucho en el asunto y quiero poner en práctica una cosa que vengo estudiando hace algunos años.

— ¿Y qué cosa es esa?

— ¡Volar!

— ¿Volar has dicho?

— Sí, señor; volar por los aires en una máquina más pesada que el aire. Yo la puedo construir, y necesito construirla cuanto antes.

— ¿Se ganará dinero con eso, Jorge?

— Ni lo sé ni me importa saberlo; pero le digo á usted, tío, que estoy determinado á hacerlo.

Me dijo que ya me daría la contestación, y después de consultar con mi tía me facilitó dinero y me dió muy buenos consejos, como los puede dar un padre cariñoso á su hijo, y yo empecé entonces á trabajar con entusiasmo en mis máquinas voladoras, de las que hablaré después en su lugar correspondiente, cuando termine de explicar cómo terminé, por fin, con Marion y con Effie, y el vuelo que tomé el negocio de mi tío.

Durante algún tiempo estuvimos carteándonos Ma-

rión y yo con bastante regularidad como buenos amigos, tratando en nuestras cartas de varias cosas, y, sobre todo, de asuntos comerciales. Dejó la casa de Ealnig que habíamos alquilado al casarnos, y se marchó con su familia á vivir al campo, tomando en arriendo una granja cerca de Lewes, en el condado de Sussex. Aconsejada por su padre, que como ya sabe el lector era muy aficionado á la agricultura, plantaron en la hacienda muchos árboles frutales que no les dieron resultado, y yo tuve que mandarle más dinero del que habíamos acordado que le entregaría. Se volvieron después á Londres, y se asoció con su amiga Smithie para poner una tienda de ropas en Streatham; sus padres se quedaron en una casita de campo no sé dónde, y desde entonces las cartas no fueron ya tan frecuentes como eran antes.

Así transcurrieron unos ocho años. Yo crecí y me desarrollé bastante; gané en capacidad, en experiencia, y me ví de pronto hecho un hombre; trabajaba mucho y vivía en una sociedad que no había yo ni soñado siquiera en el tiempo de Marion. Las cartas, como digo, que recibía de ella, eran muy escasas y no decían nada de particular. Me llamó mucho la atención que pasara una temporada muy larga sin escribirme ni poco ni mucho, pues hacía ya dieciocho meses que no me ponía ni dos líneas siquiera para decirme cómo se encontraba. Las únicas noticias que recibía de ella eran los recibos del banco del dinero que le entregaban cada trimestre. Maldecía yo naturalmente á su amiga Smithie, porque comprendía que tenía la culpa de que no me escribiera Marion con la frecuencia que lo hacía antes, y entonces me decidí á enviarle una tarjeta postal en la que decía:

«Querida Marion; ¿qué es de tu vida?»

Su contestación me dejó asombrado, estupefacto; pues me decía que se había vuelto á casar con un tal Waehorn, agente ó representante principal de una sociedad de fabricantes de papel; pero aún es-

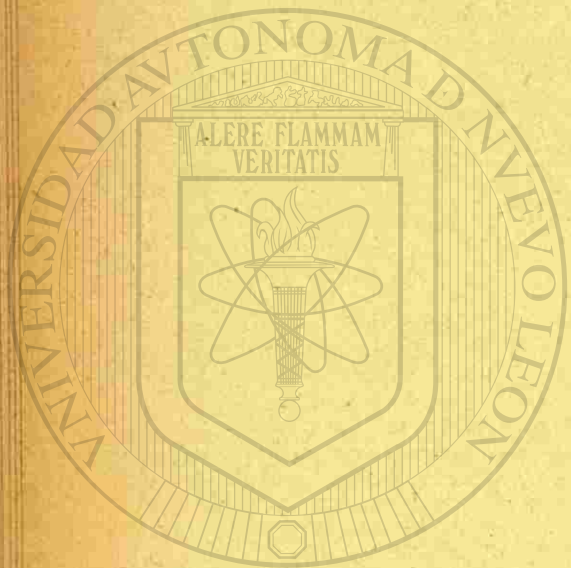
cribía con el membrete de la razón social de su tienda «Ponderevo y Smithie».

De este modo terminó la historia de mi casamiento; á mí no me pareció bien que después de volverse á casar siguiera cobrando la cantidad que le pasaba cada trimestre; pero en fin, ella no lo creería así. Hoy no sé si está muerta ó viva; cosa que á decir verdad me parece sumamente grotesca entre dos personas que como ella y yo habíamos vivido tan íntimamente; pero como la sociedad está montada así, hay que conformarse con lo establecido.

De Effie me separé también al poco tiempo, aunque la veo de vez en cuando. Ninguno de los dos tuvimos nunca pensamiento de casarnos ni llegaron tampoco á intimar nuestras almas. Fué aquel un amor repentino; ella se enamoró de mí y yo de ella, pero todo se disipó después con la ligereza que se disipan las nubes de verano. No había sido yo su primer amante, ni tampoco fui el último; era una mujer muy distinta de Marion; muy agradable, eso sí, siempre estaba contenta y se conformaba con todo. La ayudé para que estableciera un negocio, y me gustó mucho al ver lo bien que lo dirigía, porque tenía capacidad para ello. Puso una tienda de máquinas de escribir, en Riffle's Inn, y fué aumentando considerablemente el negocio en poco tiempo. Hará cosa de un año que se casó con un muchacho que tendría próximamente la mitad de los años que tenía ella; era un poeta fracasado, que se dió á la bebida después de haber naufragado en la poesía; era algo así como una cosa con melenas y tufitos que casi le tapaban sus ojos azules; piernas largas y delgadas como palillos. Ella decía con mucha frecuencia que tenía que servirle de nodriza para reponerle un poco...

Pero basta de casamientos; ya he hablado bastante de lo desastroso que fué el mío; ya he dicho todo lo que tenía que decir para explicar cómo llegué después á los experimentos de los aeroplanos y la ingeniería; por lo que se me permitirá que vuelva á

mi historia esencial, al Tono-Bungay, á las prosperidades de mi tío y á la visión del mundo en que vivimos entonces, que me proporcionaron todas estas cosas de que trato aquí.



**LIBRO SEGUNDO**

**El Tono Bungay llega á su mayor apogeo.**

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS



## CAPITULO I

### **Del hotel Hardingham y de cómo llegamos á ser personas de importancia**

#### I

Ahora que vuelvo á reanudar el asunto principal de mi historia, conviene que diga algo de la apariencia personal de mi tío, tal como la recuerdo yo en aquellos días que pasó, de comerciante que era, á hombre financiero ó asentista. Aquel hombrecito fué ensanchándose á medida que aumentaba y afianzaba el negocio del Tono-Bungay. Su abdomen—perdona, lector, que mezcle sus formas con sus méritos—se fué redondeando poco á poco, hasta llegar á un tamaño bastante respetable. Sus piernecitas no perdieron por eso su ligereza habitual, al contrario, las movía con una ligereza que asombraba y por su contoneo al andar parecía que no tenía rodillas. El hombre estaba muy satisfecho de su pancita y hacía hasta ostentación de ella.

Su nariz adquirió también cierto carácter que antes no tenía; ahora era la suya una nariz agresiva, y me parece que aumentó también la oblicuidad

de su boca. Creo estarle viendo en este momento; no se le caía el cigarro puro de la boca, unas veces lo llevaba en un extremo y otras en otro, pero siempre chupaba y hasta se comía la mitad del cigarro.

En cuanto vió acreditado el Tono-Bungay adoptó el sombrero de copa de alas anchas para diario, así como la levita larga, que aunque parecía más bajo se hallaba tan contento y satisfecho con ella; y además de esto se compró varias sortijas, entre ellas un anillo con una piedra grande encarnada y signos gnósticos, que llevaba en el dedo meñique de la mano izquierda.

— Esto es muy bueno, Jorge, — me dijo un día enseñándome el anillo; — estos símbolos significan muchas cosas, ¡significan suerte, hijo!

## II

Mi tío hizo amistad con el joven Meggs, en un banquete que tuvieron los fabricantes de botellas, lo cual viene á ilustrar el elemento romántico del comercio moderno. Este joven era nieto del primitivo Meggs, y para ser algo más que fabricante de jabón se dedicó después de mucho pensarlo al estudio de la Historia, particularmente de la historia de la Tebaida, pero al morir un primo suyo, que era el que dirigía su fábrica, se encontraba muy apurado al ver que tendría que abandonar sus estudios favoritos para atender al negocio.

Mi tío le ofreció que le ayudaría para descargarle de trabajo, y acordaron entonces formar los dos sociedad. Había que oír á mi tío cómo me describía al día siguiente á este hombre.

— Es un tipo, Jorge, con cara de acuario, alto, rubio, con lentes, y con un acento en su conversación sumamente suave.

Me quedé sin saber lo que quería decir: «¿Cara de acuario?»

— Sí, hombre, fijate en él; trafica en jabón y tie-

ne acreditado el nombre. Tengo la seguridad de que yo puedo explotar eso. Ya verás, Jorge; entremos en esta tienda y pediremos media libra de cada clase de jabón que tengan.

A la tercera pregunta que hizo mi tío contestó el muchacho de la tienda:

— Moggs' Domestic.

— Muy bien, — replicó mi tío. — Está acreditado, Jorge, — dijo entonces dirigiéndose á mí. — Nada, haremos un paquetito y se lo mandaremos al obispo de Londres, que él sabrá hacer buen uso de él. (Es un gran hombre, Jorge, hace muchas obras de caridad), — y me entregó el paquete. — Aquí tienes una tarjeta, Ponderevo — Tono-Bungay.

Después fuimos á casa del joven Meggs, y lo encontramos tomando el té, sentado muy comodamente en una butaca, con una chaqueta puesta de pelo de camello. Este hombre era un tipo muy raro; no había visto otro igual en toda mi vida. Nos dijo que no leía ningún periódico, y que no se lavaba nunca con jabón.

— Tengo la piel muy delicada, — dijo.

— ¿No le importará á usted que le anunciemos mucho? — preguntó mi tío.

— Arréglese usted como quiera, — dijo Meggs.

— Con tal que no me moleste ni poco ni mucho puede usted hacerme todo lo rico que pueda.

Y desde aquel momento quedamos encargados de la propaganda, y anunciamos muchas más clases de jabón Meggs.

Yo no quería mezclarme en nada de esto, porque me llamaban más la atención mis inventos que estas embusterías del comercio; así es que me excusaba siempre que podía de pasar por el despacho de mi tío, pero no dejaba por eso de aconsejarle lo que á mí me parecía que debía hacer en todo este laberinto de empresas en que se había metido. El caso es que entre el Tono-Bungay y los jabones Meggs marchaba viento en popa, y tenía todo el crédito que deseaba, pues el público no se cansaba

de ofrecerle dinero para colocarlo en la nueva empresa.

## III

Cuando pienso en mi tío, en aquellos días próximos á sus grandes empresas, le veo con el traje que acostumbraba á llevar por casa en las habitaciones que había alquilado en el hotel Hardingham, sentado á la antigua y enorme mesa escritorio de roble, fumando, bebiendo, é inconexamente ocupado; aquel era su aspecto típico financiero; nuestras tardes, nuestras mañanas, nuestros días de fiesta, nuestras expediciones en automóvil, lady Grove y Crest Hill, pertenecen á otra serie diferente de recuerdos.

Las habitaciones que había tomado en el hotel Hardingham estaban una al lado de otra, á lo largo de un hermoso corredor cubierto de gruesa y mullida alfombra. Todas las puertas del corredor estaban cerradas menos la primera; y la alcoba de mi tío, el cuarto donde tomaba el desayuno, y el santuario privado, eran los menos accesibles, y se llegaba á ellos por una entrada del pasillo adyacente, que utilizaba algunas veces para escapar sin ser visto de los importunos visitantes. La habitación más externa era un recibidor general con aspecto de despacho; había uno ó dos sofás muy incómodos, varias sillas, una mesa forrada de bayeta verde, y una colección del verdadero y mejor jabón Meggs, y varios carteles anuncios del Tono; la alfombra normal de peluche del Hardingham había sido substituída por un hule de corcho color verdoso. En esta habitación veía yo algunas veces una miscelánea notable de gentes, presidida por un comisionado de mirada feroz llamado Roppes, que guardaba la puerta del despacho de mi tío. Allí se podían ver muchas veces una ó dos viudas no muy bien peinadas, hombres de mediana edad, y gran variedad de jóvenes mejor ó peor vestidos, con rollos de pa-

peles que les asomaban por la parte interior de sus americanas ó chaqués.

Todos esperaban inútilmente, á veces semanas enteras, para ver si les daban alguna colocación en la compañía; mejor hubiera sido que se hubieran quedado en sus casas. Junto á esta habitación había otra también llena de gente, pero distinta, que tenían alguna cita con mi tío; se veían hombres elegantemente vestidos, mujeres nerviosas, ocultando sus caras con las revistas que tenían en las manos, clérigos no conformistas, verdaderos hombres de negocios, jóvenes de diferentes orígenes sociales norte americanos, pérfidos por varios conceptos, licenciados en las universidades inglesas, etc. En esta habitación había una ventana que daba al patio del hotel, embaldosado y con un surtidor de agua en el centro. Un día al pasar yo por allí oí medio en cuchicheo que decía uno de aquellos jóvenes:

—¿Pero usted no comprende, señor Ponderevo, que todo son ventajas?—le miré á la cara y se quedó algo turbado.

Allí estaba mi tío entretenido siempre con su cigarro, pues, cuando terminaba uno encendía otro, con una expresión de beatitud problemática en su cara, mientras que alguno de aquellos asiduos visitantes le proponía algún negocio.

—¿Eres tú, Jorge?—acostumbraba á decir cuando me veía.—Entra; mira, aquí tenemos un asunto; ¿quieres tomar una copa? ¡No! ¡Buen muchacho! repítaselo usted, señor; escucha.

Yo estaba siempre dispuesto á escuchar. Del hotel Hardingham salieron, por aquel tiempo del gran apogeo de mi tío, verdaderas maravillas de combinaciones financieras. Era incansable aquel hombre; y con todas aquellas cosas, se hallaba en su centro. Empleó grandes sumas de dinero, como diré después en su lugar correspondiente, y se veía rodeado de una atmósfera de inmensa deferencia, y aquéllo constituía precisamente sus sueños dorados; pues, le gustaba que le saludaran por la calle

el mayor número de personas posible, y que aquellas que iban á proponerle algunos negocios ponderasen su talento y habilidad.

Ahora que trato de escribir todas estas cosas, y de darles forma literaria, pienso más detenidamente en lo que son las empresas, y en lo injustas que eran todas aquellas prosperidades nuestras. Mi tío llegó á manejar, al empezar el apogeo de estos negocios, dos millones de libras esterlinas entre dinero corriente y propiedades, y á todo esto sin tener con qué responder, nada más que de una manera sumamente vaga; y desde el principio al final de su carrera comercial influyó en la colocación de más de treinta millones de libras esterlinas. Así está montada la irracional sociedad en que vivimos. Ella fué la que le dió todo ese dinero, por estar sentado á la mesa de su despacho diciendo más mentiras que palabras. Porque él no llegó á crear nada, no inventó nada, ni economizó nada. Ninguno de los negocios que se hicieron y organizaron allí, añadió ningún valor real y efectivo á la vida humana. Varios de ellos, lo mismo que Tono-Bungay, no eran ni más ni menos que fraudes encubiertos con los honestos cartelones del anuncio. Me parece estar viendo aquella procesión de gente que se sentaba delante de nosotros para proponernos esto ó aquello. Unas veces se trataba de vender pan bajo un nombre ingenioso y bonito, con objeto de poder burlar la ley por darlo falto de peso, otras de una nueva clase de anuncio mucho más ruidoso, otras de unos yacimientos riquísimos de minerales que nadie sospechaba dónde estaban, ó bien de una substancia sumamente barata que podía substituir tal ó cual artículo de primera necesidad; y así por el estilo. Todo lo presentaban muy bien con palabra persuasiva, que hacían caer en la tentación.

En vista del desarrollo considerable que iban adquiriendo los negocios de mi tío, se acordó formar tres compañías generales mercantiles, la London and African Investment Company, la British Tra-

ders' Loan Company, y Business Organizations Limited. Esto era precisamente en el tiempo culminante, cuando tenía yo menos que ver con los negocios. Pero no lo digo con la idea de disculparme, confieso desde luego que era director de las tres, pero también debo decir que me ocupaba muy poco de ellas. Cada una de estas compañías terminaba su año solvente financiero, vendiendo gran número de acciones á alguna de sus hermanas, pagando el dividendo con el producto de la venta. Yo me sentaba á la mesa y convenía en todo, y rueda la bola...

Habrás reparado ya, lector, en la naturaleza de los servicios que prestaba mi tío, para que esta fantástica comunidad le confiara riquezas á manos llenas, y le respetara muchísimo al mismo tiempo.

—Nada, Jorge,—me decía,—esto quiere decir que la gente tiene fe ciega en nosotros; desde que se destapó la primera botella de Tono-Bungay nos vamos ganando la confianza de la humanidad entera.

Toda esta sociedad mercantil moderna, está civilización de hoy está vestida con los mismos materiales que se fabrican los sueños. Masas de gentes que se ahogan, líneas de ferrocarriles por todos lados, ciudades inmensas cuyos edificios llegan al cielo, minas, fundiciones, fábricas, talleres, arsenales, lanzamientos de nuevos buques, países desiertos que se pueblan; y por entre toda esta gente afanosa que lucha sin cesar, caminan los ricos propietarios, dirigiéndolo todo, disfrutando de todo, creando la confianza que nos une á todos en forzada y casi inconsciente hermandad. Me imagino yo lo que pasará con mis planes de ingeniería. Había banderas que las agitará el viento, aplaudirá la multitud y se convocarán los gobiernos. Pero á pesar de esto hay momentos que me parece que toda esta civilización mercantil actual, no es más ni menos que la carrera comercial de mi tío; una burbuja de aire en el agua, algo que se parece á su desastre final...



Sin embargo, durante cuatro años y medio nos dimos vida de potentados. Paseábamos en un magnífico automóvil por carreteras tangibles, vivíamos en las mejores casas, y nuestros bolsillos se hallaban siempre repletos de billetes de banco y monedas de oro y plata; miles de hombres y mujeres nos saludaban respetuosamente, y mi tío no tenía nada más que extender la mano para que se cumplieran inmediatamente sus órdenes. Así sucedió con la propiedad de lady Grove y con el gran palacio que mandó construir, pero que no se terminó, en Crest Hill, con mármoles del Canadá y maderas de Nueva Zelanda; pero como debajo de todo esto no había nada más que pura ficción, se desvaneció pronto como nube de verano.

## IV

Cuando paso ahora por delante del hotel Hardingham, y miro hacia el patio donde está el surtidor de agua, me acuerdo de aquellos días, aun no muy lejanos, en que tan cerca estuve yo del centro de nuestro torbellino mercantil. Aun veo á mi tío en su despacho rodeado de todos aquellos pájaros de cuenta que venían á ofrecernos negocios; ¡y qué puntos eran algunos de ellos! sobre todo un tal Gordon-Nasmyth, la mezcla más extraña de novela é ilegalidad, que estaba destinado para meterme á mí en la aventura más estupenda de mi vida, el asunto de la isla Mordet; dejándome, como vulgarmente se dice, con las manos manchadas de sangre. Lo extraño del caso es que nada de esto me remuerde la conciencia. La historia de esta isla se dió en un informe del Gobierno, pero estaba lleno de inexactitudes; mas por varias razones conviene que siga así y que no se aclare la verdad.

Aun conservo la más viva memoria del aspecto de Gordon-Nasmyth, en el interior del santuario de mi tío; era un hombre seco, de cara atezada, con un ojo azulado y sin brillo — el otro lo llevaba cu-

bierto con el párpado — cuando nos refirió con forzada afectación la increíble historia de un montón enorme de *quap* que estaba abandonado ó oculto en la playa de la isla Mordet entre manglis blancos muertos.

— ¿Qué es quap? — preguntó mi tío al oír repetir la palabra por cuarta vez.

— Le llaman quap ó quabb, no sé exactamente cómo se pronuncia, — dijo Gordon-Nasmyth, — y como no tenía bastante satisfacción con ellos, no me metí en averiguar este punto... Pero el caso es que está allí y nos podemos apoderar de esta substancia. La gente de allá no sabe que exista aquéllo. Yo estuve dando vueltas por la playa y me hice pasar por botánico, y por eso no me siguieron los muchachos...

Gordon-Nasmyth tenía inclinaciones dramáticas.

— Vean ustedes, — dijo entornando cuidadosamente la puerta mientras hablaba; — ¿están dispuestos á emplear seis mil libras en un negocio muy bonito y seguro, que les produciría el quince por ciento al año?

— Para cosas como esas siempre estamos dispuestos, — contestó mi tío separándose el cigarro de la boca mientras echaba hacia atrás su silla.

Gordon-Nasmyth tomó en seguida otra actitud menos estirada.

— No crea usted nada de eso, tío, — dije yo entonces al ver lo dispuesto que estaba á entrar en negociaciones con aquel hombre. — Siéntese usted, señor Gordon-Nasmyth, le agradecemos mucho que haya venido á ofrecernos un negocio, pero tratándose de minerales no haremos nada.

— Se trata de quap, — dijo Gordon-Nasmyth, fijando su vista en la mía con insistencia, — quap en montones, — añadió después.

— En montones, — dijo mi tío suavemente con los lentos muy oblicuos en las narices.

— Veo que no sirven ustedes nada más que para tratar de drogas, — dijo Gordon-Nasmyth desdeño-

samente, apoderándose al mismo tiempo de un cigarro de mi tío. — Siento haber venido, pero en fin, ya estoy aquí... En cuanto al quap les diré que es el radio-activo más energético del mundo. ¡Eso es el quap! la supuración de tierra y metales pesados, polonium, radium, thorium, carium y otras cosas. Es una substancia llamada XK, provisionalmente. Está en forma de arena podrida. Cómo se ha formado no lo sé, parece como si algún criador joven hubiese estado en ella. Hay dos montones, uno grande y otro pequeño, y nos podemos apoderar de ellos; esto es todo lo que tenía que decir á ustedes, señores.

— Sí, todo eso suena muy bien, — dije yo. — ¿Tiene usted muestras?

— Las tendremos; pueden ustedes contar con dos onzas.

— ¿Pero dónde están?...?

Me miró sonriente con el ojo azul, y estuvo escudriñándome durante un ratito. Habló después fragmentariamente, sin dejar de dar chupadas al cigarro rehuendo contestar categóricamente á mi pregunta.

— Es una substancia, — volvió á decir Gordon-Nasmyth, — que vale cada onza tres libras esterlinas, y, sin embargo, se puede adquirir por un penique; hay dos montones, y no hay más que llegar y cargar con ellos, ¡que representan varias toneladas de peso!

— ¿Y quién los dejó allí?

— ¡Sabe Dios!... ¡Lo cierto es que están y que nos los podemos traer!

— ¿Por qué no hace usted algunas diligencias para conseguirlos?

— Es gente muy estúpida. Allí están; no hay más que llegar y cargar. Esto es todo lo que puedo decir.

— Pero podrían cogerle á usted.

— Podrían, desde luego, pero como no pueden por eso no me cogerán.

Al llegar aquí entramos á tratar de las dificultades que se presentarían.

— No me cogerán, porque antes que lo hicieran me sumergiría en el agua. Denme ustedes un yate, — dijo Gordon-Nasmyth; — no necesito más que eso.

— Pero si le cogen, — arguyó mi tío...

Creo que Gordon-Nasmyth esperaba que le entregásemos un cheque de seis mil libras, nada más que por la fuerza de su palabra, que era abundosa y persuasiva, pero no nos corrimos nosotros tan fácilmente. Le dije que ante todo tenía que traernos muestras para hacer el análisis, y que después hablaríamos del asunto. En aquel momento hizo un movimiento para urgarse el bolsillo de su americana, lo que me dió á entender que quería persuadirnos de que llevaba las muestras consigo. Pero si las llevaba no nos las quiso dar ni nos dijo tampoco con aproximación de trescientas millas más ó menos dónde se hallaba situada la isla Mordet. Debía de tener la idea de que poseía un secreto de inestimable valor, y no sabía hasta qué punto podría franquearse con los hombres de negocios. Así es que para ganar tiempo en aquellos momentos de vacilaciones por su parte, dió un giro á la conversación y empezó á hablar de otros asuntos.

Se expresó muy bien. Habló de las posesiones holandesas de las Indias Orientales y del Congo, del Africa oriental portuguesa y del Paraguay, de los ricos comerciantes malayos y chinos, así como de lo extendido que está hoy el mahometismo en Africa. Mientras hablaba nos estaba estudiando para ver si estábamos dispuestos á emprender con él esta aventura.

En aquel despachito nuestro se trataba ahora de toda clase de negocios, pero ni mi tío ni yo habíamos viajado por el extranjero, á excepción de dos ó tres giras vulgares que habíamos hecho á París, el mundo para nosotros era Inglaterra, y las plazas de origen de la mitad de las primeras materias

que vendíamos nos hubieran parecido tan remotas como las tierras maravillosas ó los bosques de Arden. Pero Gordon-Nasmyth se expresó tan bien aquella tarde, pintándolo todo con tal color de realidad, que á mí me pareció que se trataba de una cosa que tenía yo ya olvidada y que la volvía á recordar ahora.

Por fin se decidió á enseñarnos la muestra de la substancia en cuestión, que no era otra cosa que un pedacito de cuarzo arcilloso con algunos granitos amarillentos, dentro de una botellita de cristal tapada con badana y franela, creo que era si mal no recuerdo franela encarnada.

— Tengan ustedes mucho cuidado y no se la lleven encima, porque si les toca á la carne les producirá una llaga, — dijo Gordon-Nasmyth.

Le entregué á Thorold aquella substancia, y en el análisis que hizo de ella descubrió dos nuevas substancias. Les puso nombre y las publicó después, pero Gordon-Nasmyth no se enteró de esto hasta que transcurrieron algunos días, y al saberlo se puso furioso conmigo por habersela enseñado á Thorold.

— Yo creía que haría usted mismo el análisis, — dijo con la persuasión del lego que cree que el hombre científico conoce y practica todas las ciencias.

Hice algunas investigaciones comerciales, y por ellas supe que, efectivamente, Gordon-Nasmyth no andaba muy desencaminado respecto al precio de esta substancia. Sucedió esto precisamente por aquellos días en que Capern descubrió el valor y aplicación del canadium en las fibras de su nombre, pero el cerium y thorium solamente valían ya el dinero que sacó de las capas de gas que estaban entonces en voga. Había, sin embargo, sus dudas. ¿Cuál era el límite comercial de las capas de gas? ¿Fuera del cerium, ¿cuánto thorium se podía sacar como maximum? Supongamos que hubiese bastante cantidad para cargar un buque, pero esto no quiere decir que dejaran de existir las dudas. ¿Dón-

de estaban los montones para poder tomar muestras de ellos? ¿Serían tan grandes como se decía? ¿Estarían únicamente en la imaginación de Gordon-Nasmyth? Y aun en el caso de que fuera cierto, ¿podríamos apoderarnos de ellos tan fácilmente como él suponía? Por de pronto aquello no era nuestro, y todo esto, como es natural, daba lugar á dudas y olía por otra parte á aventura.

Mas á pesar de todo seguimos hablando del asunto, aunque la verdad sea dicha pusimos á prueba su paciencia. De pronto desapareció de Londres, y no volví á saber de él en año y medio.

Mi tío decía que había sucedido lo que era de esperar, y cuando por último, se nos volvió á presentar Gordon-Nasmyth y nos dijo de una manera incidental que había estado en el Paraguay para arreglar un asunto particular, (y nosotros adivinamos que había sido apasionado), tuvimos que empezar á tratar de nuevo del asunto de la expedición del «quap». Mi tío estaba dispuesto á ser muy escéptico en este punto, pero yo no estaba tan decidido como él. Me seducía sí, desde el punto de vista pintoresco; pero ninguno de nosotros estábamos decididos á emprender el asunto en vista del descubrimiento de Carpen...

La historia de Nasmyth se había colgado de mi imaginación, como cuelga un cuadro de sol tropical en una pared gris de asuntos comerciales. La guardé mientras permaneció Gordon-Nasmyth en Inglaterra. Cuando nos veíamos, que era con mucha frecuencia, se reforzaba su efecto. Almorzábamos juntos algunos días, y siempre formábamos nuevos proyectos para apoderarnos de los consabidos montones de quap. Muchas veces servía aquello de ejercicio mental fantástico, y entonces fué cuando Capern hizo el descubrimiento de lo que él llamaba la posibilidad de realizar el negocio del quap. Gordon-Nasmyth, no se había enterado de la alteración enorme que había sufrido el precio de esta substancia, y seguía creyendo todavía que el

radium valía lo mismo que antes, y que era tan buscado como siempre, y debido á esto aconsejó á un primo suyo llamado Pollack que hiciera una transacción extraordinaria con la póliza de su seguro de vida, con cuyo producto pensaba comprar un bergantín. Nosotros también llegamos á un acuerdo, partimos diferencias, pusimos tres mil libras esterlinas en el asunto, y en seguida se desvaneció como el humo la transacción de la póliza de seguro sobre la vida de Pollack. Discutíamos largamente sobre si nos convendría fletar un vapor ó sería preferible continuar con la idea del bergantín, pero por fin nos decidimos por éste último, por ser instrumento menos sospechoso para una empresa, que en medio de todo, no llevaba más intención que la de cometer un robo.

Esta fué una de nuestras últimas empresas antes que se presentara la gran crisis, y por eso hablaré de ella en su lugar correspondiente.

Así es como vino el quap á meterse en nuestros negocios, vino en forma de cuento fantástico, y llegó á ser real y efectivo. Tan real fué siendo poco á poco, que por último acabé por ver con mis propios ojos los montones que había visto durante tanto tiempo con la imaginación.

## V

Como ya dejo indicado anteriormente, á Har-  
dingham venían muchas gentes á ofrecer á mi tío toda clase de negocios. Gordon-Nasmyth fué uno de los que más influyeron, por último, en la crisis de nuestra fortuna. Cuando pienso en todo esto, me quedo perplejo y sigo aún dudando si sería verdad toda aquella racha de prosperidad y buena suerte. Hicimos cosas verdaderamente extraordinarias, que hombres con grandes fortunas acaso no hubieran podido realizar. Entre las varias cosas que le ofrecieron como negocio se encontraban el *British Medical Journal* y la *Laneta*, que mi tío se

empeñó en comprarlos, porque decía que esto podía constituir un nuevo negocio, y si se le hacía la contra contestaba que si no compraba la propiedad de estos dos periódicos fundaría otros similares. La idea era superior, porque tratándose de dos periódicos de esta índole hubiera facilitado enormemente la venta de los muchos específicos que teníamos, y de otros que hubieramos tenido después, y la profesión médica casi hubiera dependido de nosotros. Aun me asombra, creo que moriré asombrado, que una cosa como esta pueda ocurrir en estos tiempos modernos. Pero si mi tío no salía adelante con su empresa, otro podría tener más suerte que él. Sin embargo, aun en la suposición de que hubiese adquirido la propiedad de estos dos semanarios, dudo yo que su estilo peculiar hubiese con-  
venido al carácter de estos dos periódicos.

Pero por fin compró la propiedad del *Sacred Grove* en ochocientas libras esterlinas, órgano crítico muy importante; á su antiguo propietario lo metió de una manera ó de otra en nuestro negocio. El periódico, á pesar de haberlo comprado muy barato no cubría gastos. Pero no es extraño que no produjera. En uno que conservo de aquel tiempo, encabeza la primera página del modo siguiente:

## «THE SACRED GROVE.»

Revista semanal de arte, filosofía, ciencias y bellas artes.

¿Tiene usted mal gusto de boca?

Pues es el hígado.

De las veintitrés píldoras tome usted UNA.

(Nada más que una.)

No es ninguna droga, es un remedio americano para las enfermedades del hígado.

## SUMARIO:

Carta de Walter Pater no publicada hasta hoy.

La tía materna de Carlota Brontë.

Nueva historia católica de Inglaterra.

El genio de Shakespeare.

Correspondencia: La hipótesis Mendilian; el infinitivo partido; «Comienzo», ó «Principio», Claverhouse; el socialismo y lo individual; la dignidad de las letras.

Cháchara folklórica.

El escenario; la paradoja de la representación.

Viajes, Biografías, Poesías, Ficción, etc.

Todas estas letras amontonadas me recuerdan al Plutarco que leía yo de niño; y la verdad, no creo justo que un Estado permita que se impriman y vendan periódicos como estos que se publican hoy.

## VI

Entre los recuerdos de Hardingham sobresale un día lluvioso del mes de Noviembre que me impresionó mucho por cierto, porque desde la ventana de nuestro despacho ví pasar á la procesión de hombres sin trabajo de Londres.

Era lo mismo que si hubiese mirado á un pozo y hubiera aparecido de pronto un mundo infernal. Se habían reunido algunos miles de hombres desventurados, escuálidos y hambrientos, para pasear sus miserias por el West End, haciendo un llamamiento débil y poco ó nada amenazador:

«Trabajo es lo que deseamos, y no caridad.»

Allá iban caminando como fantasmas por entre la niebla, silenciosos, chopoteando barro, en interminable procesión, alargando á los transeúntes las bolsitas para que les echaran algún penique. Y aquellos infelices no habían hecho nunca transacciones comerciales, no se habían metido en especulaciones mercantiles de ninguna clase, no habían hecho más que trabajar como burros de carga, y ni aun esto podían seguir haciendo, porque no tenían dónde echar un jornal. Era una vergüenza,

sí, una vergüenza, el ver á tanto infeliz necesitado arrastrándose por el fango del arroyo en plena civilización, en medio de una civilización disipadora. Y nosotros entretanto arriba de todo, tan arriba que parecía que mirábamos como el mismo Dios desde otro mundo diferente, muy bien instalados en una habitación magnífica, lujosamente amueblada, bien alumbrada y calentada, llena de objetos costosísimos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



## CAPITULO II

### Nuestro progreso; de Camden Town á Crest Hill

#### I

La historia de mis tíos no ha tratado hasta ahora nada más que de sus explotaciones industriales y financieras. Pero al lado de esa historia de inflación de lo infinitesimal á lo inmenso, hay otro desarrollo: el cambio de la vivienda pobre de Camden Town á la morada suntuosa de Crest Hill con escalera de mármol y la cama dorada de mi tía, que era un fascimil de Fontainnebleau. Y lo raro del caso es que á medida que me voy acercando más á esta parte de mi historia encuentro más dificultad en expresarme que cuando se trataba de la pequeña perspectiva de memorias de los primeros días. Las impresiones se amontonan y confunden unas con otras; ahora me hallaba otra vez á punto de enamorarme, se iba apoderando de mí una pasión que todavía sigue nublando mi mente. Iba y venía entre Ealing, mi tía y mi tío, entre los negocios y una vida de investigación, infinitamente más consecutiva y memorable que ninguna de estas otras series de experiencias. No he presenciado, por lo

tanto, un progreso social regular; mi tía y mi tío iban subiendo en el mundo tan deprisa como se desarrolla un acontecimiento en un cinematógrafo.

Cuando recuerdo esta parte de mi vida, aparece siempre en la posición central mi tía Susana, con su carita sonrosada y sus ojos vivos y expresivos. Nosotros guiábamos y sosteníamos el carro, ella se sentaba en él muy emperifollada y satisfecha iluminando los nuevos aspectos.

Ya he bosquejado anteriormente la casita de Wimblerhurst donde tenía mi tío la droguería, así como las habitaciones de Gower Street. Después se mudaron á un piso de Redgauntlet Mansions, que era donde vivían cuando yo me casé. En aquellos días se aburría mi tía porque el día le parecía sumamente largo, por lo que se dió á la lectura para matar el tiempo. Encontraba yo sobre la mesa del comedor muchos libros nuevos, de sociología, viajes, comedias de Shaw, etc.

— ¡Hola! — dije al ver algunos de estos últimos libros.

— Lo tengo muy presente, Jorge, — contestó ella.

— ¿Eh?

— Sí, lo tengo muy presente. Nunca me cuidé de los perros. Hay una gran diferencia entre fijar un pensamiento y fijar un alma. Para él es una bonita suerte, para ti es un pensamiento. He ingresado en la Biblioteca de Londres, y asistiré á las conferencias de la Real institución durante todo este invierno próximo. A ti te gusta más fijarte en las cosas de fuera...

Recuerdo que después de esto entró en casa un día, á eso del anochecer, con un libro en la mano.

— ¿Qué traes, Susana? — le preguntó mi tío.

— La fisiología de Birkluuk. Voy aprendiendo mucho. — Se sentó y se quitó los guantes; suspiró después y en tono de reproche le dijo á su marido. — Oye, fardo viejo, ¡yo no tenía idea de las muchas cosas más que guardas tú!

Al cambiarse á la casa de Beckenbam, interrumpió

pió mi tía sus actividades intelectuales. Era una casa muy grande, con un hermoso jardín, algo así como una villa, y que respondía perfectamente á la posición que ocupaban en los primeros años del Tono-Bungay. Recuerdo muy bien la fiesta que hicieron cuando se mudaron á esta casa, aunque por aquellos días andaban las cosas muy tirantes entre mi tía y Marion, y yo no disfruté mucho.

Cuando pienso en esta casa con su gran jardín, se me representa en seguida mi tía con su vestido azul cuidando las flores que había mandado plantar, y las que ya había antes de venir á vivir en ella. Estuvieron dos ó tres jardineros trabajando varios días para arreglarlo todo bien, y mi tío empleaba también algunas horas diarias cavando la tierra y cuidando las plantas.

## II

Al recordar aquel tiempo cuando vivían mis tíos en Beckenham, me parece que se trata de una fase transitoria de mis recuerdos. Y, sin embargo, vivieron en aquella casa varios años, casi todo el tiempo que estuve yo casado.

Hicieron amistades con algunas familias de la vecindad, y Marion y yo asistíamos también á las reuniones, pero mi mujer no se encontraba bien allí, porque como ya dejo dicho en otro lugar, no simpatizaba con mi tía. Yo en cambio hablaba por ella y por mí, sobre todo con la señora Mumble, que me presentó mi tía primeramente, mas después me presentó á otras varias señoras.

Aquel debió ser mi primer ensayo en el arte de la conversación cortés, y recuerdo que empecé criticando el mal servicio que teníamos con los ferrocarriles de la localidad, y á la tercera sentencia, poco más ó menos, la señora Mumble dijo claritamente que le parecía que yo era una persona bastante «frívola».

No recuerdo en este momento cómo terminó la

conversación. Lo que sí tengo muy presente es que hablé después con un clérigo, en un principio con cierta cortedad, de los asuntos locales. El se esforzaba por afirmar que Beckenham era un lugar muy antiguo, y esta palabra la repitió dos ó tres veces. Recuerdo también que en medio de la conversación me dijo mi tía en tono confidencial:

—Jorge, mira si hierve ya el agua del puchero.

Y yo entonces dije en alta voz, dirigiéndome á los concurrentes:

—¿Quieren ustedes que tomemos una taza de té?

—Con muchísimo gusto,—contestó el clérigo, adelantándose á los demás,—y sobre todo estando hecho por usted,—añadió á continuación.

Tomamos el té y después seguimos hablando de varias cosas. Mi tía, que estaba muy coloradita y muy guapa, me miraba con mucha frecuencia y me decía que animara yo la conversación. Una señora vecina de casa, muy pensativa y de mirada lánguida, me habló de los perros y gatos.

—Siempre he creído—dijo la dama pensativa—que en el perro hay algo... que no tiene el gato.

—Sí, señora,—contesté yo con entusiasmo,—hay algo,—y volví á repetir lo mismo.

—¡Ya lo creo que hay algo!—repitió ella;—pero también tiene el gato algo. Pero ese algo es diferente.

—Desde luego,—me apresuré yo á afirmar.—Completamente diferente.

—¡Ah! ¡Pero una diferencia más...!

—Más sinuosa.

—Mucho más.

—Mucho más, sí, señora...

Me miró entonces con mucha gravedad y dió un suspiro muy prolongado. Y estas eran, poco más ó menos, las conversaciones que teníamos en el jardín de la casa de mis tíos con los vecinos que venían con mucha frecuencia á visitarles.

## III

A continuación de estos recuerdos de Beckenham vienen los de Chislehurst, donde se fueron á vivir mis tíos después. Esta casa tenía algo más que un jardín, pues aquello era ya una gran finca, con casita para el jardinero y otras muchas cosas. Mi tío prosperaba de un modo asombroso; iba subiendo, siempre subiendo, con gran rapidez.

Una noche entré en esta nueva casa donde acababan de mudarse mis tíos, y después de las primeras expresiones de admiración que pronuncié para ponderar la finca, me preguntó mi tío:

—Oye, Jorge, precisamente estábamos diciendo en este momento que nosotros no volamos.

Pero pronunció la palabra tan mal, que tuve que preguntarle.

—¿Qué?

—Quiere decir volar, Jorge; parece que habla en francés,—contestó mi tía.

—Ya veremos, ¿pero, qué les pasa á ustedes?

—Pues á mí me pasa que he cenado mucho en el hotel; las aceitunas no me han sentado bien y el vino parecía flojito y después ha producido su efecto. Además, tu tía no llevaba vestido de tarde, y esto no puede ir así, Jorge; y por eso me he puesto de mal humor, y ella se ha incomodado por haberle hecho esa observación; y todo porque no quiero que se rían de nosotros.

—¡Nadie se ha reído de ti, viejo botijo!

—Ni se han reído ni se reirán,—contestó mi tío mirándose sus contornos y sentándose en la butaca.

Mi tía se encogió de hombros, golpeó el suelo con el pie y no dijo nada.

—Mira Jorge, todo tiene que marchar á la par. El negocio prospera, nosotros vamos subiendo y tenemos, por lo tanto, que ponernos en condiciones de poder alternar con gente más distinguida y respetable de la que hemos alternado hasta ahora.



Daremos comidas de etiqueta, y no quiero que digan que somos una gente sin estilo...

La alargué la caja de los cigarros.

—Ni el mismo Runcorn fuma unos cigarros como estos,—dijo entonces, cortando con cariño la punta á uno de ellos.—En cigarros ya le ganamos, y en lo demás le ganaremos también muy pronto.

Mi tía y yo le mirábamos entre tanto con cierto recelo.

—Tengo ideas,—dijo mientras encendía el cigarro.—Tenemos que acostumbrarnos á beber los mejores vinos de mesa que se conocen; Stern, Smoor, Borgoña, todos, todos; y á ir en traje de tarde; tú también, Susana.

—Este hombre la tiene tomada con mis vestidos,—dijo mi tía.—Sin embargo... ¿A quién le importa eso?—Y al hacer esta pregunta se volvió á encoger de hombros.

No había visto yo nunca á mi tío tan serio como lo estaba aquella noche.

—Coche de dos caballos, criados, lacayos, todo eso quiero que tengamos, sí, señora,—dijo dirigiéndose á mi tía; y al pronunciar otra palabra, que yo no entendí, le pregunté:

—¿Qué?

—Francés, Jorge, vuelve á hablar francés,—contestó mi tía.

—Todas esas cositas relativas á la etiqueta las podemos aprender nosotros en seis meses. Hay que saber vestir, beber, jugar y presentarse con elegancia.

Hizo crujir el cigarro entre sus dedos, le dió después varias chupadas en silencio y siguió diciendo:

—En medio de todo, ¿qué son todas esas cosas de comer, beber y vestir con más ó menos pulcritud y elegancia? Nada, absolutamente nada; todo eso se aprende en muy poco tiempo.

—Eso es bueno,—dije yo por decir algo;—que estamos siempre dispuestos á aprender algo. Desde

que por indicación de usted aprendí el latín, no he dejado de pensar que se debía introducir en todas las capas sociales de la población.

—Y volvemos al francés,—dijo mi tía sin levantar la cabeza del suelo.

—Es una cosa muy conveniente,—contestó mi tío.—No hay un solo inglés que tenga un buen acento, y muy pocos hablan el francés correctamente. Es una rusticidad, y por eso quiero yo, Susana, que nosotros adquiramos un buen estilo. El estilo es el hombre, dijo Lum. ¿De qué te ríes, Susana?... Jorge, ¿por qué no fumas? Estos cigarros son muy buenos para la mente... ¿Qué te parece todo esto? Tenemos que adaptarnos. Estaría bueno que nos acobardáramos por estas insignificancias...

## IV

—¿Qué te parece, Jorge?—me volvió á preguntar.

No recuerdo en este momento lo que le contesté. Lo que sí recuerdo perfectamente es que mi tía y yo nos quedamos mirando un momento sin que pudiera yo penetrarme bien del significado de aquella mirada suya. Hablamos después de lo cara que resultaba esta clase de vida que quería hacer mi tío, pero él seguía entusiasmado con todas estas cosas, y ahora no pensaba ya nada más que en comprar cosas muy caras y en ser á toda costa persona distinguida y elegante. Hicieron los dos algunos viajes cortos por Francia y por la misma Inglaterra, para observar y aprender cómo se conducía en los grandes hoteles la gente elegante; tomaron un cocinero muy caro para que les presentara los platos raros que habían comido en las fondas, y para que les enseñara cómo se comían los espárragos y otras muchas cosas á las que no estaban acostumbrados; así como un jardinero que podía también asistir á la mesa. Después tomaron también un despensero.

Me parece estar viendo en este momento á mi

tía con la primera bata de color claro que se mandó hacer para sentarse á la mesa. Cuando yo entré en el comedor, estaba de pie delante de la chimenea, y confieso ingenuamente que me quedé asombrado al verle aquellos brazos tan redondos y bonitos, que hasta ahora los había llevado siempre cubiertos. Mi tío apareció en aquel momento en la puerta con chaleco blanco y las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, y se quedó examinándola con mucho detenimiento y aire de crítico.

—Ni una duquesa, Susana, se puede comparar á ti. Un retrato de cuerpo entero, tal como estás, al lado del fuego, resultaría admirable, y voy á dar orden para que lo pinten. ¡Si pareces una cosa espiritual! ¡Dios eterno, qué guapa estás! Me gustaría que te vieran aquellos bestias de comerciantes de Wimblihurst...

Se daban la gran vida; comían muchos días en los mejores hoteles de Londres, y yo iba algunas veces con ellos, porque me gustaba también ver lo que no había visto.

Con estos recuerdos van asociados los de los primeros días en que mi tío principió á gastar automóvil y se vistió de esquimal; y mi tía andaba también muy arropada y muy cubierta con el velo. Hacíamos viajes á las poblaciones de la costa, deteniéndonos siempre en los mejores hoteles, cuyos porteros, lacayos y camareros se deshacían en cumplidos.

Así fué como llegamos á reconocer la necesidad en que nos hallábamos, como nuevos invasores del alto nivel social, de adquirir *Estilo* y *Savoir Faire*. Formamos parte de lo que hoy día es un elemento importante en la confusión de nuestro mundo, esa multitud de gente económica que va subiendo y que está aprendiendo á gastar el dinero. Está formada de gente de negocios que se comen á sus com-

petidores, de inventores de nuevos manantiales de riquezas, como éramos nosotros; pudiendo incluir en él á casi toda la América tal como la vemos en la escena europea. Es una multitud variada que no tiene más que esto de común: pasan todos, particularmente las mujeres, de las condiciones en que los medios eran limitadísimos, las cosas pocas y las costumbres sencillas, á los gastos sin límite y á la esfera de atracción de Bond Street, Quinta avenida y París. Su efecto general es de revelación progresiva y de cuerda sin fin.

A mi tío le entró de pronto el deseo de comprar muchas cosas para adornar su casa. Mientras vivió en Beckenham, y en los primeros días que pasó en Chiselhurst no pensaba más que en ganar mucho dinero, pero de pronto cambió de manera de pensar y se dió á gastar atrozmente. Es indudable que algún incidente debió revelarle este nuevo manantial de fuerza, ó puede ser que en los tejidos de su cerebro ocurriese alguna tergiversación sutil. Lo cierto es que gastaba mucho dinero; empezó por comprar cuadros, relojes antiguos y objetos raros. Para la casa de Chiselhurst solamente compró doce relojes grandes de chimenea y tres calentadores de cama, de cobre. Después le dió por los muebles y compró más de los que cabían en su casa, y no contento con esto, se metió á protector de artistas y les compró sin número de cuadros que regaló á varias iglesias é instituciones. Mi tía no intervenía en ninguna de estas compras, pero gastaba al mismo tiempo mucho en cosas para ella, en vanidades tontas, y cuando iba de compras se sentaba majestuosamente en su automóvil mirando distraída con aquellos ojos azules suyos por debajo del sombrero. Es imposible, decía yo para mis adentros, que esta mujer no sueñe con alguna cosa, porque siempre va muy distraída; ¿pero en qué soñará?

Antes de ahora no había yo pensado en nada de esto.

Recuerdo también la burla que estuvo haciendo

un día que comió con unas cuantas señoras en el «Imperial cosmic club». Entró en mi habitación y se sentó en mi silla porque decía que estaba cansada y de mal humor...

—Jorge,—exclamó,—¿qué cosa más extraña es la mujer! ¿Huelo yo á dinero?

—¿Han estado ustedes de banquete?—le pregunté yo.

Hizo una afirmación de cabeza.

—¿Con señoras de la plutocracia?

—Sí.

—¿Del tipo oriental?

—Sí, hombre; como un harém deshecho... Alardeando de riquezas á cada momento... ¡Tocando la ropa, Jorge, para ver si es de buena clase!

La tranquilicé lo mejor que pude y la ofrecí una taza de té.

—Pero en el fondo son buena gente, ¿no le parece á usted, tía?

—Lo tienen en la sangre, Jorge,—dijo mientras tomaba un sorbo de té.—Es gente ordinaria con dinero, que llegan hasta á sobarla á una, tocando á cada dos palabras que hablan.

Continuó un buen rato hablándome de todas estas señoras cuyos maridos se han enriquecido en poco tiempo, y que creen que con el dinero pueden comprar finura y buenos modales, cometiendo á cada momento sin darse cuenta la mar de ordinarietas. Con lo que me refirió, me parecía estarlas viendo reunidas en el salón donde habían celebrado el banquete, hurgándose unas á otras y preguntándose cuánto les había costado aquella piel ó aquel vestido.

Dudo yo mucho que lady Drew y los Olympias hicieran nada de eso, pero esto no podía por menos que traerme á la memoria mis primeras ideas respecto á la aristocracia y al Estado. Puede ser que la riqueza haya sido siempre la consecuencia del botín y que en ninguna parte del mundo la casa y los

muebles fueran nunca una cosa nativa y connatural de las mujeres y hombres que los han usado...

## VI

Caminaba yo de sorpresa en sorpresa, y cuando me enteré que mi tío acababa de comprar la finca de lady Grove, me quedé como vulgarmente se dice con un palmo de boca abierta. Fué aquella una compra napoleónica; ofrecérsela y decir «snap» (hecho) fué todo uno; no se anduvo con averiguaciones y consultas de ninguna clase para enterarse de las escrituras y demás condiciones en que se hallaba la finca; hasta mi tía, que hasta ahora lo había mirado todo con cierta indiferencia, se alarmó al enterarse de esta importante compra y estuvo algunos días sin saber lo que le pasaba. Recuerdo que el día que fuimos los tres juntos á ver la casa señorial, recorrimos sus amplias dependencias con cierto temor y yo, por mi parte, me consideraba allí como intruso indisculpable.

Participo á ustedes que lady Grove es una finca preciosa y muy bien situada, cuyo secular sosiego lo venía ahora á interrumpir el ruido de nuestro automóvil. Toda una antigua familia católica se había ido extinguiendo generación tras generación, hasta desaparecer por completo. Algunas partes del edificio se remontaban nada menos que al siglo XIII, y las reparaciones y añadiduras que se habían hecho posteriormente en él eran de la arquitectura Tudor. Tenía aspecto de castillo feudal, y aún estaban en buen estado de conservación algunos lienzos de muros almenados. Las habitaciones interiores eran espaciosísimas, sombrías y frías, y delante de la fachada había un cedro corpulento y otros árboles seculares.

Una anciana de cara arrugada y cabello completamente blanco, que se cuidaba de la finca, nos estuvo enseñando las principales habitaciones que no estaban aún desamuebladas del todo, mientras

miraba con cierto recelo al nuevo dueño, aunque no dejaba por eso de inclinarse respetuosamente ante nosotros; pero si los supervivientes nos acataban, no hacían lo mismo los muertos, pues los retratos de cuerpo entero de la raza extinguida que colgaban de las paredes nos miraban con desdén por encima del hombro, sobre todo uno que estaba pintado por Holbein. Estoy persuadido que todos nosotros sentimos la cualidad enigmática que había en ellos. Creo que hasta mi tío se quedó momentáneamente algo turbado con la invencible expresión de complacencia de algunas de aquellas caras que parecían estar diciendo que le conocían muy bien...

El espíritu de aquel sitio tenía algún parentesco con el de Bladesover, pero había además cierto toque de antigüedad más remota. Aquella armadura que teníamos delante de la vista se habría visto seguramente en algunas batallas, y aquella familia noble habría derramado más de una vez su sangre y sus riquezas en Palestina. Sueños, lealtades, posición y honor, todo se había evaporado completamente, dejando por último la expresión final de su espíritu, estas extrañas sonrisas pintadas, estas sonrisas de cumplimiento triunfante. Se había evaporado verdaderamente mucho antes de morir el último Durgan, y en su edad avanzada había acumulado allí los tapices antiguos y otras cosas que nos parecían aún más extinguidas que las cruzadas... Sí, verdaderamente era diferente de Bladesover.

En cuanto se enteró el vicario que estábamos allí, vino corriendo á saludarnos y después nos presentó á su familia con la que estuvimos hablando largo rato.

## VII

Ahora me parece que entre la compra de la finca lady Grove y los primeros días de Crest Hill, no medió más que un paso y sin embargo, transcurrió bastante tiempo. Para mí fué aquel un período de

alejamiento de los negocios, pues andaba muy atareado con mis aeroplanos en el pequeño pabellón que había detrás de lady Grove, y á veces se pasaban quince días sin ir á Londres, y cuando iba no me acercaba siquiera por el despacho, porque iba solamente para asistir á alguna reunión de la sociedad aeronáutica ó para consultar en las bibliotecas algunos libros. Para mi tío, en cambio, fué aquella una época de gran actividad comercial y de estupenda inflación. Cada vez que hablaba con él le encontraba más confiado, más comprensivo, más empapado de los negocios y con más aspiraciones y deseos de llegar á ser poderoso.

En los diarios y revistas ilustradas que ojeaba yo por la noche encontraba con mucha frecuencia algún artículo que hablaba de él ó algún retrato suyo. Unas veces se referían éstos á su gran actividad, repitiendo aquella palabra suya: «¡Ocho horas de trabajo al día; yo necesito ochenta!» y otras á sus admirables dotes para organizar y terminar los asuntos en poco tiempo, ó á su gran golpe de vista para conocer á los hombres.

De vez en cuando tomaba yo también parte en sus experimentos sociales, porque algunos me venían á buscar para poder atacarle de flanco por mediación mía, y se decía, injustamente por cierto, y basándose solamente en la reputación científica que iba yo adquiriendo y en lo muy reservado que era, que yo representaba un gran papel en las operaciones que él planeaba, cosa que no era verdad.

A pesar de lo muy preocupado que andaba yo por entonces con mis experimentos, no dejaba por eso de fijarme en la marcha que seguían los acontecimientos. Entonces fué cuando pude ver más de cerca la maquinaria que gobierna á nuestro conster-nado Imperio; traté á obispos y estadistas, á mujeres que se mezclaban en los asuntos políticos y á otras que no se entrometían en nada de esto, á médicos y militares, artistas y escritores, á los directores de los grandes periódicos, filántropos y á toda

clase de hombres significados y eminentes. Vi á los estadistas sin sus órdenes y á los obispos que les había quedado de sus canonjías muy poca púrpura, pero en cambio mucho humo de tabaco. Pude fijarme en todos ellos porque no venían á buscarme á mí, sino á mi tío, calculando consciente ó inconscientemente cómo podrían utilizarlo y asimilárselo á sus métodos, formando entre todos ellos la plutocracia más impremeditada, sutil, dichosa, y sin objeto que acumuló jamás los destinos de la humanidad. Por lo que pude observar, ninguno de ellos, hasta que no sobrevino el desastre, se mostraba resentido de las mentiras de mi tío ni de su descaro y desvergüenza dentro del negocio. Los estoy viendo á todos ellos saludándole respetuosamente, mirándole atentamente y preguntándose unos á otros: «¿Es ese el señor Ponderevo?»

—Sí, el bajito.

—¿El de los lentes?

—El mismo; dicen que es loco...

En aquellas largas y calurosas tardes de verano, cuando se hallaba en la tiendecita de Wimbleshurst había hablado de la novela del comercio moderno; pero esta novela se había convertido en historia verdadera para él.

### VIII

La gente decía que mi tío perdió la cabeza cuando se hallaba ya en la cima de su fortuna, pero á pesar de quererle más ó menos, por ser lo que era, diré que no la podía perder, por la razón de que no la tenía. Era imaginativo, errátil, inconsistente, inexacto en extremo, y su inundación de riqueza le proporcionó estas cualidades. Cuando se hallaba en el mayor apogeo de su grandeza se irritaba con mucha frecuencia, y se impacientaba por contradecir; pero yo creo que esto era más bien una intranquilidad roedora de buen sentido que una perturbación mental. Sin embargo, confieso que hasta para

mí mismo resulta algo difícil poder juzgarle para dar al lector una idea completa y exacta de lo que era.

En una ocasión que me burlé del Tono-Bungay, perdió los estribos y me contestó:

—¡Maldito sea el demonio!; pero hombre, ¡tú no quieres comprender, Jorge, que yo soy un hombre serio! ¡Siempre te estás burlando del Tono-Bungay! No parece sino que es alguna estafa. Pues ten entendido que es un comercio legítimo, completamente legítimo. Es un artículo bueno que tiene su correspondiente valor... Pero no es esto solo; te he explicado mis planes y veo que te estás burlando de mí, sin reflexionar que se trata de una cosa muy grande, colosal. Es preciso que dejes esa actitud que has tomado y que te hagas cargo de que tenemos ante nosotros una obra importantísima. En una palabra, tienes que dejar ese tono...

### IX

Mi tío pensaba en algo más que en el negocio y en la ambición; esto no le absorbía completamente su imaginación; porque se mantenía en contacto con el pensamiento moderno. Por ejemplo, me consta que aceptaba como buenas las teorías de Nietzsche.

Acostumbraba á mezclar esas consoladoras gestiones de un sér humano potente y excepcional, emancipado de las más despreciables limitaciones de integridad, con la leyenda napoleónica. Esto constituía un gran desahogo para su imaginación. ¡Aquella leyenda napoleónica! El verdadero daño de la inmensa, desastrosa, y accidental carrera de Napoleón no empezó hasta que murió, cuando el tipo romántico de inteligencia se vió libre para elaborar su carácter. Estoy persuadido que mi tío no hubiese dado un barquinazo tan grande como el que dió si no hubiese existido la leyenda napoleónica que le desvió de su camino. En muchos sentidos era mejor é infinitamente más benigno que su carrera.

Pero cuando dudaba, porque se hallaba entre la conducta decente y la ventaja baja, influía en él aquel recuerdo poderosamente; «piensa en Napoleón, me decía; piensa qué hubiera hecho si se hubiese andado con los escrúpulos que te andas tú»; esta era su regla y el final fué invariable, un nuevo paso en el deshonor.

Mi tío era, aunque de manera poco sistemática, coleccionador de reliquias de Napoleón; compró libros y armas que según le afirmaron habían pertenecido á su héroe, y en Génova compró también un coche, que se dejó allí, donde sería muy probable que hubiese viajado Bonaparte; y las paredes de las habitaciones de lady Grove las llenó materialmente de grabados de este personaje. Los retratos de los Durgans le miraban hacer todo esto y se reían sardónicamente.

Muchas veces le veía yo después de la comida de mediodía pasearse por la terraza de lady Grove, con dos dedos de una mano metidos entre los botones del chaleco, y la cabeza baja, pensando siempre; y mi tía me decía, al ver aquel hombrecito bajito y rechoncho pasearse de aquella manera: «Míralo, Jorge; parece un antiguo mariscal».

## X

Mientras que yo andaba preocupado á más no poder con las dificultades que se me presentaban para poder volar con mis aeroplanos, mi tío se iba metiendo más y más en empresas arriesgadas, gastando al mismo tiempo de un modo fenomenal; y sus incomodos, muy frecuentes ahora con mi tía y conmigo, venían seguramente de no poderse justificar satisfactoriamente delante de nosotros de estos despilfarros que iban en aumento progresivo; y hasta voy creyendo que allá, en el interior de su conciencia, no los podía justificar él mismo. Lo cierto es que iba acumulando compromisos y más compromisos, y que, á pesar de eso, no disminuía

en lo más mínimo la fiebre que le había entrado de comprar cosas inútiles. Llegó á tal extremo su ceguedad, que sin darse cuenta compraba muchas veces objetos que costaban mucho dinero, similares á los que había comprado pocos días antes. Sus ideas venían al parecer por series. En poco más de doce meses compró cinco automóviles, y cada uno de ellos resultaba de más caballos de fuerza y de más velocidad que el anterior. Le entró de pronto una verdadera pasión por el automovilismo y él mismo guiaba.

Sin estar aún cansado de los automóviles, la empuñó con la calefacción de la casa castillo de lady Grove, porque decía que aquello era muy húmedo y hacía mucho frío.

—Ese prójimo, Jorge, del rincón; no, aquel otro, que lleva ese peto, te está mirando y sonriendo al mismo tiempo.

La tomó con los retratos de cuerpo entero de la familia de nobles que se había extinguido en aquella finca.

—¿Y en medio de todo, qué son? ¡Están más muertos que el carnero que hemos comido hoy! qué digo yo; están hechos tierra. ¡Ni en la época de la Reforma pudieron levantar la cabeza! ¡Hasta vivieron contra el tiempo! En fin, una familia más de fracasados.

Recuerdo, como si fuera cosa de ayer, cuando le entró la manía de mandarse construir un palacio en una eminencia inmediata á lady Grove que se llamaba Crest Hill. Decía que quería aire, mucho aire, porque en aquella casa con sus anchurosas habitaciones y su gran parque se ahogaba. Vino acompañándome hasta el pabellón donde tenía yo instalado mi parque aeronáutico, y al mirar en dirección á la montaña, exclamó de pronto:

—Ese es el sitio, Jorge.

—¿Qué?—contesté yo, porque andaba pensando en otras cosas muy distintas.

—Ya lo tengo comprado,

—Comprado, ¿qué?

—El terreno para edificar una casa con arreglo á las exigencias del siglo XX.

Una de sus frases características era la de, «¡una casa á los cuatro vientos, Jorge!»

—Está también esta á los cuatro vientos,—le contesté yo.

—Será una casa mamut, Jorge, con grandes galerías desde donde podremos contemplar todo este valle y el bosque inmediato; como un águila, Jorge, como un águila.

La verdad es que todos estos financieros modernos de suerte han terminado su carrera mandando construir grandes edificios. No era solamente mi tío. Antes ó después la mayor parte de ellos tratan de perpetuar su buena suerte amontonando ladrillos y cal, hasta que por fin se viene abajo toda la fábrica de confianza é imaginación, y con ella se hundieron ellos también...

Cuando pienso en el destrozo que hizo mi tío en aquella parte de montaña, donde empezó á construir su palacio, cortando árboles, abriendo caminos y acumulando ladrillos, piedra y cal, cometiéndome un ultraje á la paz de la naturaleza, me viene á la memoria una conversación que tuve con el vicario un día nublado y tristón. Me hablaba de aeronáutica mientras yo andaba trasteando en mi máquina voladora, y el color cadavérico de su cara decía á las claras el estado en que se hallaba su espíritu.

—Casi me va usted convenciendo,—dijo, acercándose más á mi aparato, contra mi voluntad...—¡Es una invención maravillosa! Pero me parece que aun tardará usted algún tiempo antes que ese mecanismo de las alas del pájaro sea una cosa perfecta.

Se quedó entonces mirando al cobertizo que yo había mandado levantar.

—Han cambiado ustedes también la vista de este valle,—dijo.

—Son violaciones temporales,—contesté yo, adivinando lo que pasaba en su interior.

—Naturalmente, las cosas vienen y van; pero la nueva casa que don Eduardo Ponderevo está construyendo en la montaña ya es cosa más permanente. ¡Qué sitio más hermoso! Nunca se me había ocurrido subir hasta allí... Adelantan mucho las cosas ahora... Con estas obras importantes han venido á vivir á la aldea gran número de obreros forasteros... Comunican al lugar nuevo espíritu, es verdad, pero nos roban en cambio la tranquilidad; pues con los nuevos caminos que han abierto ahora vienen muchísimas bicicletas que antes no venían; la otra mañana conté más de ciento desde la ventana de mi casa.

—Treinta años atrás le hubiera á usted llamado más la atención todo esto,—dije yo.

—Sí, verdaderamente. Las cosas cambian mucho. Todo es comparativo. Pero esa casa enorme...

Al decir esto arqueó mucho las cejas.

—¡Estupendo, estupendo!

—Con eso desaparece el matorral de la montaña.

Se quedó mirándome un momento sin decir nada y luego siguió diciendo:

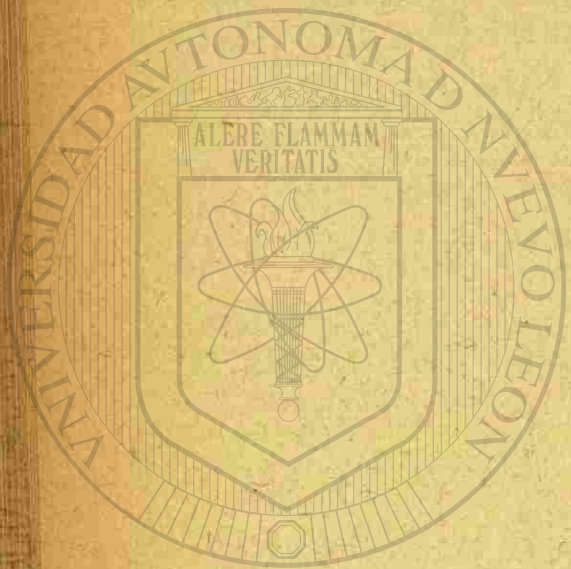
—Nos habíamos acostumbrado ya á mirar á lady Grove como si fuese nuestro centro de gravedad,—dijo con una sonrisita buscando alguna indulgencia en mí.

—Las cosas se arreglan,—dije yo mintiendo.

—Se arreglan,—contestó él repitiendo mi frase.

—Y muchas veces vuelven á quedar como estaban; idea consoladora por cierto. Pero en medio de todo hay que hacerse cargo que lo mismo pasaría cuando empezaron á construir á lady Grove.

—Volví á fijarse en mi aeroplano, y al poco me dió los buenos días y se marchó cabizbajo y pensativo...



### CAPÍTULO III

#### El vuelo

##### I

Casi todo el tiempo que estuvo mi tío madurando el proyecto de construcción en Crest Hill, lo pasé yo en ensayos de vuelos con mi aeroplano por el valle de Lady Grove y en otros experimentos muy costosos de navegación aérea. Durante la sinfonía de Tono-Bungay casi no me ocupé más que de esta clase de trabajos.

En otro lugar dejo ya dicho cómo llegué á dedicarme á esta clase de investigaciones; algo disgustado con las aventuras de la vida ordinaria, quise utilizar los conocimientos que había adquirido en el colegio para este trabajo; y lo hacía con gusto y entusiasmo; y el resultado fué que establecí por fin algunos puntos dudosos sobre la estabilidad de los cuerpos en el aire y el movimiento interno del viento, causando al mismo tiempo una revolución en la parte principal sobre la teoría de las máquinas explosivas. Todo esto se puede ver en el *Philosophical Transactions*, en el *Mathematical Journal*, y en otras dos ó tres publicaciones, por lo que no hay necesidad que entremos aquí en detalles...

No sé hasta qué punto se puede llegar á convencer á una persona que no le haya experimentado, del



interés y satisfacción peculiar que existen en una investigación sostenida cuando no se ve uno escaso de recursos. Es una cosa muy diferente de cualquier otro esfuerzo humano. Se ve uno completamente libre del conflicto desesperado de sus semejantes, á lo menos en lo concerniente á la obra esencial, que para mí es un mérito peculiar. La verdad científica es la maestra más remota, se halla oculta en sitios muy extraños y se llega á ella por caminos sumamente tortuosos; pero ¡siempre está allí! La cuestión es conseguirla, que ella no falta nunca, y entonces ya es nuestra para siempre, y lo es también para toda la humanidad. Ella es la realidad, la única realidad que he encontrado en el extraño desorden de la existencia. Ni le hace incomodar á uno ni le engaña y desvía de la rectitud. No se la puede cambiar con el anuncio y el clamoreo, ni confundirla con las vulgaridades. Sirviéndose de ella se desarrollan las cosas que tenemos entre manos, llegando á ser permanentes en la vida del hombre. Esta es, á mi manera de ver, la satisfacción peculiar de la ciencia y su recompensa final...

El trabajo experimental produjo un cambio radical en mis hábitos personales. Ya he dicho antes que cuando me hallaba en Wimbledon pasé un período de disciplina y continuo esfuerzo, y que al venir á South Kensington me desmoralicé con el efecto inmenso que produjo en mi atención la vista de Londres. Me aparté de la ciencia con bastante pesar mío para atender al desarrollo del Tono-Bungay. Pero mi pobreza me mantuvo abstinentemente y el romanticismo de mi juventud hizo, por otra parte, que fuese casto hasta que se me presentó en el camino de mi vida el casamiento. Desde este momento empecé á flojear en todos sentidos. Había trabajado mucho, pero no me tomé nunca la molestia de pensar si había llegado al máximo, ó si aquella indolencia que se apoderaba de mí á veces era una cosa que se podría evitar. Con la venida de la abundancia comí á dos carrillos y bebí sin mi-

ramiento, dejándome llevar de mis impulsos. La crisis emocionante de mi divorcio no produjo un cambio inmediato en estos asuntos de disciplina personal. En un principio encontré alguna dificultad en poder reconcentrar mi pensamiento en la labor científica, que era una cosa mucho más exacta que el comercio, pero salí de la dificultad por medio del tabaco. Fumaba muchos cigarros puros, que producían en mí un humor depresivo; pero el tratamiento que adopté para curar esto fué del método homeopático; cuando terminaba un cigarro encendía otro. Pero por fin conseguí sacudir la pereza, y aunque con cierto miedo principié á volar por los aires.

Andaba yo primeramente encogido y lleno de temor, pero después me fuí estirando, y parecía que iba persiguiendo á una corneja que volaba delante de mí, y se me ocurrió pensar en aquel momento que debía gritarle: «¡Fuera de la vía!» El pájaro dió un giro describiendo una V invertida, subió mucho más y desapareció de mi vista. Después me fijé en la sombra que á cierta distancia proyectaba mi aeroplano, que se mantenía muy bien en el aire, y escogí con la vista un sitio entre el césped para tomar tierra.

Desde aquel día continuaron sin interrupción mis experimentos, que duraron varios meses. Había venido aplazando durante varias semanas estos ensayos, porque tenía mucho miedo de dar el primer vuelo; la flojedad del cuerpo y del espíritu se habían apoderado de mí con la vida comercial; pero me avergoncé al pensar en esto y me lancé resuelto por los aires arrepintiéndome en mi interior de haberlo venido aplazando durante tanto tiempo.

Una vez perdido el miedo, no solamente deseaba estar siempre volando, sino que deseaba subir á mayor altura, y lo conseguí muy pronto, recorriendo todos aquellos alrededores con mi máquina voladora, gastando gran parte de mis energías en el problema de la navegación aérea.

## II

Hice mucho más de lo que yo pensaba hacer. Caí dos veces con mi máquina voladora, y en una de las caídas me rompí una costilla, que me estuvo mi tía componiendo con gran solicitud; pero mientras tanto iba adquiriendo bastante nombradía entre los aeronautas más distinguidos, cuando de pronto volvió á presentarse en mi camino, como si no se hubiese separado nunca de él, la honorable Beatriz Normandy, con sus ojos negros y el pelo desordenado y caído por la frente. Venía montada en una yegua negra muy gorda, por un camino vecinal próximo á lady Grove, acompañada del anciano conde Carnaby y de su hermanastro Archie Garvell. Mi tío me había llamado á voces desde la montañita inmediata, pidiéndome no sé qué cosa, y al cruzar yo por medio del camino tropecé con ellos. El viejo Carnaby reparó que se había metido en nuestra propiedad y se adelantó para hablarnos.

En un principio no me fijé en Beatriz, que se hallaba á dos pasos de mí, porque estaba entretenido con lord Carnaby, hombre bajito de sesenta y seis años, muy bien conservado por cierto, á pesar de la vida desordenada que había llevado, del que había oído yo hablar mucho pero no le conocía personalmente.

—Supongo, Ponderevo, que no tendrá usted inconveniente que sigamos por este camino, — le gritó á mi tío, que á veces era demasiado generoso con los títulos, por lo que se apresuró á contestar:

—Tire usted por donde guste, milord, como si estuviese en su finca.

—Está usted construyendo en la montaña un gran edificio, — dijo Carnaby.

—Con el reflejo del sol parece más grande de lo que es en realidad, — contestó mi tío.

—Muy bien; aire y sol es lo principal, — dijo el conde.

En aquel momento me fijé en la figura silenciosa

que estaba detrás de este personaje, y vi que era Beatriz, que me miraba con insistencia por entre las gasas del sombrero que llevaba puesto, como queriendo recordar dónde me había visto antes de ahora.

Me parecía imposible que no recordara de mí.

—Muy bien, — dijo el conde, y ladeó su caballo.

Garvell se hallaba algo separado, y se hacía el distraído, acariciando á su caballo en el cuello. Hizo una inclinación de cabeza de medio lado y se alejó. Ella debió recordar en aquel momento quién era yo, porque se puso muy encarnada, le miró á él y después á mí, y se quedó dudando un momento si me dirigiría ó no la palabra; pero sonrió, sin dejar de mirarme, y siguió detrás de ellos. Estuve un momento mirando cómo se alejaban, y observé que no volvió ella la cabeza.

Mi tío entretanto me hablaba vuelto de espaldas, creyendo que yo le entendía, pero mi pensamiento estaba puesto en Beatriz en aquel momento. Ni me acordaba ya siquiera de que Garvell era hijo y Beatriz hijastra de lady Osprey, que la teníamos de vecina. Como no la había visto nada más que en Bladesover, y esto hacía ya mucho tiempo, no es extraño que no se me ocurriese pensar que vivía tan cerca de nosotros. Pero, aunque más desarrollada, era la misma; ¡aquellas mejillas sonrosadas tan hermosas! parecía que era cosa de dos días cuando yo las había besado, escondidos los dos entre el arbolado de la finca...

—¿Eh? — dije yo.

—Que es buena gente, — contestó mi tío. — Mira, Jorge, puedes decir lo que quieras de la aristocracia, pero hay que reconocer que lord Carnaby es una buena persona.

—¡Qué hermosa es! — dije yo para mis adentros.

—Se cuentan muchas cosas de él, — dijo mi tío; — ¿pero qué hay de todo esto?

—¡Cielos! — exclamé yo interiormente; — ¿pero por qué me habré olvidado yo tanto tiempo de ella?

¡Qué ojos los suyos, Dios! ¡y cómo se ha sonreído por fin antes de marcharse!

— Yo por mi parte no le censuro, Jorge; porque todos hemos hecho de las nuestras; cuando yo era joven también las corría, y tú mismo las has corrido también, amiguito.

Verdaderamente era muy extraño lo que me había pasado á mí en este asunto; mi memoria me había jugado una mala pasada, porque de Beatriz no recordaba más que cuando jugábamos juntos de pequeños y cuando me peleé con Garvell. Pero ahora que la volvía á ver, me parecía imposible que hubiese podido yo olvidar todas aquellas cosas que pasaron entre nosotros...

### III

— ¡Carambita! — exclamó mi tía mientras leía una carta detrás de su maquinilla del café. — ¡Aquí tenemos á una joven, Jorge!

Estábamos los dos tomando el desayuno junto á la ventana del laurel de lady Grove, porque mi tío se había marchado á Londres.

Pronuncié una palabra interrogativa mientras decoronaba un huevo.

— ¿Quién es Beatriz Normandy? — preguntó mi tía; — no sabía yo que existiese en el mundo.

— Pues es una joven.

— Sí, y dice que te conoce. Yo no estoy muy fuerte en etiqueta, Jorge, pero veo aquí algo que se separa de la regla general, pues dice que tratará de que su madre...

— Madrastra, dirá.

— Se ve que estás muy enterado de ella. Dice «mi madre», lady Osprey. Vendrán á visitarme uno de estos días. El miércoles á las cuatro de la tarde, y desean al mismo tiempo que vayas á tomar el té con ellas.

— ¿Eh?

— Que las acompañes á tomar el té; ¿me has entendido ahora?

Mi tía sacó la cabeza por detrás de la cafetera, y me estuvo mirando oblicuamente un buen ratito. Yo me sentí el calor que me subía por la cara, pero no pude por menos de reirme al encontrarse mi vista con la suya.

— A esa joven la conocí mucho antes de conocer á usted, tía, — y entonces le expliqué la historia.

Mi tía siguió mirándome con insistencia, y me hizo algunas preguntas para aclarar algunos puntos que no acababa de comprender.

— ¿Y por qué no me has dicho que la habías visto el otro día? La has tenido en tu pensamiento toda una semana sin decirme una palabra.

— Pues crea usted, tía, que no sé cómo se me pasó; sí, es extraño que no pensara en decírselo á usted.

— Como pensar sí que pensaste; pero creerías sin duda que al decírmelo á mí iba yo á echarlo todo por tierra.

Después de esto siguió leyendo las demás cartas que había recibido.

Las dos señoras fueron puntuales; vinieron en un cochecito á la hora anunciada, y yo tuve entonces ocasión de observar cómo atendía mi tía aquellas nuevas visitas. Tomamos el té en la terraza debajo del cedro, pero como la anciana lady Osprey era protestante implacable, no había tenido nunca ocasión de ver la casa por dentro, por lo que dimos los cuatro una vuelta por sus habitaciones, que me recordó la primera visita que hice yo á este sitio. Mi tía y lady Osprey iban delante, y Beatriz se quedó conmigo algunos pasos detrás y empezó diciéndome:

— No nos habíamos visto desde...

— Desde que nos vimos la última vez en el conejar, — dije yo.

— Sí, efectivamente, en el conejar fué. Pues mire usted, me acordaba de todo menos de ese nombre... Yo tenía entonces ocho años.

Mis ojos se encontraron entonces con los suyos,

hermosos y expresivos, y en mi cara debió comprender que no me atrevía á decir nada de lo que había ocurrido entre nosotros.

— Recuerdo — dijo — que le dejé á usted plantado de pronto, y lo mismo hice después con Archie.

Bajó más el tono de voz, y siguió diciéndome: — ¡Le dieron unos cuantos cachetes por mentir de aquella manera! — dijo, como si aquello fuese un recuerdo agradable para ella. — Y cuando se pasó todo, fuí á sentarme debajo de nuestro tilo, y allí estuve llorando un buen rato por lo que le había hecho á usted. ¿Se acuerda de nuestro tilo?

— Sí, estaba en la parte Oeste del bosque.

Lady Osprey se volvió en aquel momento.

— Mira, Beatriz, qué galería más hermosa.

Y al decir esto se quedó la anciana mirándome con detenimiento, pero con cara de pocos amigos.

Mi tía siguió delante con lady Osprey, y Beatriz me dijo, cuando comprendió que las señoras no podían oírlo.

— ¿Pero cómo ha podido usted llegar hasta aquí? — preguntó ella.

— ¿Llegar hasta aquí?

— Quiero decir adquirir todo esto, — é hizo un movimiento giratorio con la mano derecha para señalar el salón, la terraza, y lo que estábamos viendo del edificio. — ¿No era usted el hijo del ama de llaves?

— Nos hemos aventurado. Mi tío es ahora un gran hacendista. Tenía una tiendecita de drogas en un pueblecito que está á veinte millas de Bladisoner, se metió en grandes negocios, y ahora somos gente grande.

— Ya lo comprendo.

Me miró entonces con interés como queriendo descubrir alguna cosa en mí, y yo aproveché la ocasión para preguntarle:

— ¿Me reconoció usted el otro día?

— Tardé un ratito. Pero vi que usted me reconoció en seguida. No me acordaba dónde nos ha-

bíamos visto; pero Archie me sacó de dudas.

— Pues no sabe usted lo que me alegro de volverla á ver. No la he olvidado nunca.

— No se deben olvidar las cosas de la niñez.

Nos miramos los dos con insistencia y satisfacción al mismo tiempo, porque sin necesidad de decirnoslo sabíamos que nos gustábamos el uno al otro.

— ¡Muy pintoresco, muy pintoresco! — oímos que decía su madrastra á mi tía. — ¡Beatriz!

— Tengo que preguntarle muchas cosas, — me dijo mientras nos encaminábamos adonde estaban su madrastra y mi tía.

Cuando nos sentamos los cuatro debajo del cedro me hizo algunas preguntas sobre mi aeronáutica. Mi tía les dijo algo de las dos costillas que me había roto en una de mis caídas. A lady Osprey le pareció una cosa impropia y poco apetecible lo de volar por los aires.

— Aun no volamos, — dije yo.

— Ni vuelan ustedes ni volarán nunca, — contestó la anciana muy decidida.

— Hacemos todo cuanto podemos para conseguirlo, — dije yo.

Beatriz entretanto seguía mirándome con insistencia sin decir nada. Aquella mirada suya me parecía tan pertinaz y agresiva como cuando nos vimos por primera vez en el comedor de Bladisoner. Era la misma, no había cambiado en su manera descarada de mirar.

De pronto se levantó de la silla.

— ¿Qué hay allí detrás de la terraza? — me preguntó mientras echaba á andar para aquel sitio: y yo seguí detrás de ella.

Se recostó contra el muro y me dijo:

— Cuénteme, cuénteme todo lo que le ha pasado en todo el tiempo que no nos vemos. Los hombres son todos iguales; olvidan ustedes con una facilidad asombrosa; yo en cambio, y sin saber por qué, no le he olvidado; aunque de una manera algo

confusa le he visto siempre delante de mí. ¿Cómo han prosperado tanto en tan poco tiempo? dígame todo lo que sepa de la historia de su prosperidad, que siento gran curiosidad por conocerla.

— Verá usted, — dije yo; — mi tío inventó un específico, y tan buen resultado le dió, que se hizo rico en poco tiempo; así es que la cosa es tan sencilla que para mí no tiene mérito de ninguna clase.

— Pero cuénteme lo que ha hecho en todo el tiempo que no nos hemos visto. ¿Qué piensa usted hacer ahora? Aún es usted joven. ¿No le llama la atención el Parlamento? El otro día precisamente oí hablar de usted, antes que supiese yo que se trataba de usted y decían que tendría usted que entrar en el Parlamento...

Deseaba á todo trance saber mis intenciones y los planes que tenía formados para el porvenir.

— ¿Está usted construyendo una máquina voladora? — prosiguió diciendo; — bueno, y después que la tenga terminada y haya volado, ¿qué piensa hacer? ¿Será buena para la guerra?...

Le di algunas explicaciones referentes á los experimentos que llevaba hechos, y prestó mucha atención á todo lo que le dije de los vuelos que había dado con mi aeroplano. Ella tenía entendido que la máquina voladora era una cosa imposible.

— ¡Pues eso es una cosa muy peligrosa! — exclamó ella, como queriendo dar á entender que se había penetrado bien de lo que acababa de decirle.

— Desde luego, peligro hay, — contesté yo.

— ¡Beaatriz! — dijo lady Osprey llamándola.

Beatriz se separó entonces del muro para dirigirse adonde estaba su madrastra hablando con mi tía.

— ¿Dónde dió usted ese vuelo que dice?

— Allí, al Este de Crest Hill y del bosque.

— ¿Podré venir cuando dé usted otro?

— Siempre que usted quiera; pero avíseme con anticipación...

— Cualquier día de estos.

Me miró sonriéndose, y así terminó nuestra conversación.

## IV

Los últimos experimentos aeronáuticos que hice están asociados en mi memoria con la cualidad de Beatriz, con su presencia incidental, con las cosas que dijo é hizo y con lo que pensé en aquellos momentos de ella.

En la primavera de aquel año dejé terminada mi nueva máquina voladora, cuyo único defecto era el de no tener estabilidad longitudinal. Mi modelo volaba como un pájaro en una distancia de unas cien yardas próximamente, para caer después de cabeza, y más frecuentemente de cola, con lo que se rompía siempre la hélice. Después de varios estudios, la emprendí con los globos. Antes de esto ya había hecho dos ó tres ascensiones en el globo del Aero Club, y entonces empecé á construir el gasómetro y cobertizo para mi primer globo. Mi tío me facilitó la mayor parte del dinero, y se interesó mucho en el asunto, porque había de por medio el premio de lord Boom y la cuestión del reclamo, y á petición suya bauticé mi primer globo dirigible con el nombre de lord Roberts Alfa.

De este globo se habló mucho en varias publicaciones aeronáuticas; tenía varios defectos de construcción, pero sin embargo, dió bastante buen resultado, navegando unas diez millas por hora á pesar del viento Sudoeste que le venía contrario el día que se hicieron las pruebas. Desde mi barquilla estuve contemplando á Carnaby y á Beatriz, que paseaban á caballo, y á dos señoritas que iban con ellas y que yo no conocía, á Cothopi y á tres ó cuatro operarios que tenía yo empleados en mi parque aeronáutico, á mi tía y á la señora Levins-tein, que paseaban á pie, y á Dimmock, el veterinario del pueblo y otros dos amigos suyos.

De pronto, y cuando más entusiasmado andaba,

yo, se rompió una pieza del motor y vi con horror que el globo caía con gran velocidad, hasta que poco después me encontré en el suelo, pasando antes por entre las ramas de los árboles, que me causaron varias heridas en la cara. Derramé tanta sangre en poco tiempo, que al querer ponerme en pie se me iba la cabeza, pero en aquel momento vi á Beatriz que venía galopando con su caballo por medio del bosque, seguida de lord Carnaby, que apenas si la podía alcanzar; venía ella sin sombrero, llena de barro por haberse caído del caballo, y con una cara tan pálida que parecía una muerta.

— Y estaba también más fría que un pepino, — me dijo Cothope después.

Este ayudante mío me dijo que Beatriz obró con gran energía y dijo que era preciso que me llevaran inmediatamente á casa de su madrastra, que estaba mucho más cerca que la mía.

## V

En esta historia he dado un salto de cinco meses, de Junio á Octubre, en cuyo tiempo se desarrollaron mucho mis relaciones con Beatriz, á quien veía ahora con bastante frecuencia. Ella iba á Londres, París, Gales y Northampton de vez en cuando, pero cuando estaba con su madrastra en la propiedad que tenían cerca de la nuestra, hacía continuas escapatorias y venía á verme á mis talleres aeronáuticos. Unas veces venía por la mañana, otras por la tarde, unas á pie, acompañada de un hermoso perro de raza irlandesa, y otras á caballo. Muchas veces venía tres ó cuatro días seguidos, después desaparecía y no la veía en dos ó tres semanas, hasta que volvía á presentarse de nuevo.

Desde el momento que la vi esta segunda vez la encontré interesantísima. Para mí era un tipo femenino completamente nuevo, con lo que doy á entender que mis conocimientos sobre las mujeres eran muy limitados. Durante varios años me había

consagrado exclusivamente al estudio de las ciencias, sin pensar en nada que no fuera el trabajo, hasta que vi que los ojos de Beatriz me miraban con interés, se fijaban en mí, en mi trabajo y en todo cuanto yo hacía. Empecé entonces á pensar en ella, á soñar en otras cosas más bonitas, en todo lo que la rodeaba.

Creo que estaba enamorado de Beatriz; pero el estado en que me encontraba ahora era muy diferente del hambre apasionada que sentí por Marion ó el extraño deseo sensual que me entró por Effie. Estas eran cosas sinceras y egoístas, fundamentales é instintivas, tan sinceras como el salto del tigre. Pero en los asuntos de Beatriz había un espíritu imaginativo levantado, de calidad completamente diferente, se entiende hasta que no llegó la crisis. Estoy apuntando aquí con mucha gravedad, y acaso sea todo esto un verdadero absurdo, cosas que seguramente serán muy comunes para muchas gentes. Este amor que se despertó entre Beatriz y yo era puramente romántico, á lo menos así lo creo yo.

El efecto que causó en mí, en varios sentidos, fué el de volver á la adolescencia. Me abrió los sentidos para comprender mejor lo que son ciertos puntos del honor del hombre, y sentía grandes deseos por hacer cosas elevadas y espléndidas, y sobre todo alguna hazaña valerosa. En el fondo había algo de doblez; le dió á mi vida la cualidad del escenario, presentando un lado al auditorio y manteniendo el otro oculto, así como una economía de substancia. Pero en cambio me robó la cualidad de mi labor de gran paciencia. Dejé desde entonces de quebrarme la cabeza en las investigaciones científicas que venía practicando para volar por los aires.

Voy á explicar á ustedes ahora cómo ocurrió la declaración, que fué por cierto una cosa repentina. Era un día de verano, aunque, á decir verdad, no recuerdo en este momento, ni consta tampoco en mis

apuntes, si fué en Julio ó Agosto. Estaba yo haciendo ensayos de vuelo con un aeroplano que había construído que tenía la forma de un pájaro, con alas encorvadas, estudiadas por Lilienthal, Pilcher y Phillips, con el que esperaba yo vencer las dificultades de estabilidad que se me habían presentado con los anteriores modelos que había ensayado. Volaba yo por el espacio comprendido entre mis talleres y un punto llamado Tinker's Corner. Fuera de algunos árboles y arbustos que había en un extremo, lo demás del terreno estaba bastante despejado. Iba yo muy satisfecho de mi nueva máquina al ver lo bien que volaba, cuando de pronto vi á Beatriz que venía en su caballo en dirección á Tinker's Corner. Al verme me llamó desde lejos mientras ponía el caballo al galope, y el animal no tardó en llegar donde yo estaba, pero se vino á poner precisamente delante de mi máquina, que volaba muy baja en aquel momento.

Estuvo en poco que no nos hiciéramos trizas todos. No me fué posible manejar á tiempo la palanca para subir más y pasar por encima de la cabeza de Beatriz, que se tendió sobre el caballo para que no la matara, ni pude tampoco retroceder para tomar tierra antes de llegar á ella. Afortunadamente no hubo más que el susto que nos llevamos.

En cuanto me vi en el suelo me acerqué al caballo, que estaba temblando, y cogí á Beatriz en mis brazos, sosteniéndola en peso un momento, para bajarla de la silla.

— Con esas alas tan enormes, dijo ella, guardando silencio después.

Aún la tenía entre mis brazos, pero al ver que no hablaba, creí de pronto que se había desmayado.

— Han escapado ustedes por milagro, — dijo Cothope, que llegó en aquel momento donde nos hallábamos, mirando de reojo el grupo que hacíamos ella y yo. Cogió las bridas del caballo y dijo, dirigiéndose á Beatriz: — Es muy peligroso venir co-

riendo á campo traviesa donde nosotros estamos. Beatriz, que estaba temblorosa, se separó entonces de mis brazos y se sentó en el césped.

— Me sentaré aquí un momento, — dijo.

Dió un suspiro muy prolongado y se tapó la cara con las manos. Cothope la miraba con expresión entre sospechosa é impaciente.

Permanecimos silenciosos y sin movernos de nuestro sitio durante algunos momentos, y entonces Cothope dijo que lo mejor sería que fuera á buscar agua.

En aquel momento se me ocurrió pensar que debía hacer el amor á Beatriz. No acierto á explicarme el por qué me vino este pensamiento en aquel instante, pero el caso es que vino. No recuerdo tampoco si antes de ahora había pensado yo en que nuestras relaciones de amistad vendrían por fin á parar en esto, pero no lo creo. El factor de la pasión vino de repente. Allí estaba ella acurrucada, yo á su lado de pie, ninguno de los dos decíamos una palabra. Pero parecía que de pronto habíamos oído los dos que nos gritaban desde el cielo.

Aun no había andado veinte pasos Cothope, cuando se descubrió la cara.

— No necesito yo agua, llámelo usted, — dijo ella.

## VI

Después de esto cambió en seguida el espíritu de nuestras relaciones. La sencillez y facilidad de comunicación que había antes entre nosotros desapareció muy pronto. No venía á mi taller con tanta frecuencia, y cuando venía se hacía acompañar de alguno de su familia; por lo regular la acompañaba casi siempre el anciano Carnaby, que era el que sostenía la conversación. Todo el mes de Septiembre lo pasó ella viajando.

Poco después vino el cataclismo del globo lord Roberts Alfa, y me encontré de pronto con la cara

vendada en un dormitorio de la casa Bedley Corner, con Beatriz á mi lado, porque se había empuñado en que había de ser mi enfermera, y lady Osprey andando de un lado para otro muy extrañada de lo que veía, y mi tía celosa é interviniendo en todo.

Las heridas que me causé al caer hecho un lío con mi globo por entre las ramas de los árboles, aparentaban mucho pero no eran de gravedad, así es que al día siguiente podían muy bien haberme transportado á lady Grove, pero Beatriz dijo que de ningún modo, y me tuvo en su casa tres días. En la tarde del segundo estuvo amabilísima conmigo, y se sentó en una silla al lado de mi cama. Aprovechando entonces la ocasión de tenerla tan cerca, le supliqué que se casara conmigo.

Comprendo que el momento no era muy oportuno para echar mano de la elocuencia. Tumbado boca arriba y con toda la cara vendada, apenas si podía hablar, y al hacerlo sentía bastante dolor en las heridas. Pero como por otro lado tenía gran impaciencia por declarar lo que sentía en mi pecho, me decidí á hacerlo.

— ¿Se encuentra mejor? — me preguntó ella.

— Sí.

— ¿Quiere usted que lea un poco para distraerle?

— No, lo que deseo es que hablemos.

— En ese caso yo le hablaré.

— Soy yo el que tiene que hablar.

Se puso de pie y me estuvo mirando un momento á los ojos.

— No, no quiero que hable usted, — dijo; — no le conviene hablar.

— Pero si nunca la veo sola, y sabe Dios cuándo se presentará otra oportunidad.

— No importa, yo le hablaré porque usted no puede hablar.

— Es muy poca cosa lo que tengo que decirle.

— Mejor será que no diga nada.

— No me voy á desfigurar por eso, porque en

medio de todo, esto no ha sido más que un arañazo.

— Cuando le vi en el suelo creí que estaba usted muerto; y la verdad es que se ha salvado por un milagro, pues la caída era mortal.

Dijo otras varias cosas á las que yo no presté atención, porque estaba pensando por dónde empezaría yo mi declaración.

— ¿Somos iguales usted y yo socialmente hablando? — dije yo de pronto.

Se quedó mirándome un momento.

— Qué preguntas más extrañas hace usted, — contestó ella.

— ¿Pero lo somos, sí ó no?

— Sabe usted que es algo difícil poder contestar á eso. ¿Pero por qué lo pregunta? La hija de un barón cortesano, pero de muy mala reputación, que murió hace ya tiempo, es la que tiene usted delante. ¿Sería esto una dificultad?

— No, y lo que deseo saber ahora es si está usted dispuesta á casarse conmigo.

Se puso de pronto algo pálida, pero no dijo nada. Yo comprendí que era preciso hablar más para convencerla, y empecé á separarme las vendas con fuerza.

— ¿Pero qué hace usted, insensato? ¿para qué se incorpora? ¡déjese caer otra vez en la cama y no haga ningún disparate!

Al decir esto arregló la almohada y me empujó con suavidad para que volviera á dejarme caer en la cama.

— Ya le he dicho á usted que se esté calladito, que no le conviene hablar; ¿por qué no me obedecé?

— Durante todo un mes no ha querido usted venir sola á mi taller, como hacía antes.

— Ya me parecía á mí que se fijaría usted en eso. Quite la mano de ahí.

Obedecí y se sentó en el borde de la cama. Se había puesto muy encarnada, y sus ojos le relucían mucho.



— Le he suplicado varias veces que no hable. Mis ojos le interrogaron entonces.

Me puso la mano en el pecho y principió diciendo:

— ¿Y cómo es posible que pueda yo contestarle ahora? ¿Qué voy á decirle?

— ¿Qué dice usted? — pregunté yo extrañado. A esta pregunta mía no contestó.

— ¿Quiere decir que me va á decir que no?

Hizo una afirmación de cabeza.

— Pero... — y me quedé sin saber por dónde salir, porque parecía que el mundo se me venía encima.

— Lo comprendo, — dijo ella, dando á entender que veía lo que me pasaba; — pero no puede ser, es imposible, completamente imposible... ¡Pero tenga las manos quietecitas!

— Acaso cuando nos volvamos á ver otra vez... — dije yo.

— No puedo casarme, no se empeñe usted, es imposible.

Se puso entonces de pie.

— ¿Pero por qué ha hablado usted? ¿no le dije á usted que no hablara? — dijo en tono de gran amargura.

— ¿Pero se puede saber por qué no puede usted casarse? ¿Es por alguna circunstancia de su posición social? dígame á lo menos algo.

— ¡Y dale con la posición social! — exclamó ella.

Se acercó á la ventana inmediata á mi cama y estuvo un momento contemplando la lluvia que caía sin cesar. Durante un buen rato ninguno de los dos hablamos una sola palabra. El viento y la lluvia azotaban los cristales, y de pronto se volvió á mí, diciéndome:

— Ni se le ha ocurrido á usted siquiera preguntarme si le amo.

— Ahora lo comprendo; por eso no puede usted casarse, porque no me ama.

— No es eso, — contestó ella. — Pero si se empeña usted en saberlo...

Al llegar aquí se detuvo.

— Se lo diré, — dijo.

Nos quedamos los dos mirándonos.

— Sí, se lo diré con muchísimo gusto, — volvió á repetir.

— ¿Entonces por qué me hace usted sufrir? — pregunté yo.

En vez de contestarme, se fué al otro extremo de la habitación donde estaba el piano, y se puso á tocar muy deprisa, pero sin producir mucho ruido, una parte del último acto de Tristan é Isolda, pero al momento se levantó y salió fuera de la habitación...

Al poco rato volvió á entrar, y me encontró medio vestido, con el vendaje de la cara desatado, dando vueltas por la habitación, buscando las demás prendas que me faltaban. Estaba yo en un estado de verdadera desesperación, tenía tal hambre de Beatriz, que me la hubiera comido á besos, y al mismo tiempo me sentía sin fuerzas para disimular el estado en que se hallaba mi espíritu. Me había incomodado yo mismo por haber estado luchando largo rato para meterme los pantalones á ciegas, cayendo con la precipitación sobre una silla para que no me viese mi enfermera en aquella facha tan ridícula si entraba de pronto en la habitación; pero como sucede siempre en estos casos, cuanto más deprisa quería ir más tardaba en vestirme.

Me parecía á mí que vestido me atendería más que metido en la cama, y por esto lo hacía, porque deseaba que me oyese, aunque no fuera más que un momento; pero al ver que no encontraba mi chaleco y americana, volví á meterme en la cama...

Beatriz volvió á entrar al poco rato y se acercó á mí para preguntarme si me encontraba mejor.

— ¿Cómo va eso? — me dijo.

— Participo á usted que no me doy por vencido, — le dije en tono quejumbroso de niño. — Pronto estaré bueno, si Dios quiere, y entonces deseo que me oiga, porque podré explicarme mejor; ahora

no puedo hacer nada, nada absolutamente.

Estas últimas palabras las pronuncié medio llo-riqueando.

— No puedo descansar, ya lo ve usted, no puedo estar tranquilo, no puedo hacer nada en el estado en que me hallo.

Se volvió á sentar á mi lado y me habló muy sosegadamente y con mucha dulzura.

— Le prometo que hablaremos todo lo que usted quiera cuando se encuentre bien. En su día le diré dónde podremos vernos para hablar con tranquilidad; ahora sea usted obediente y estése ahí quietecito, que ya se lo he dicho media docena de veces. Todo lo que usted desee saber de mí lo sabrá, yo se lo prometo... ¿Está usted contento?

— Sí, muchísimas gracias, pero quisiera saber...

Volvió la cabeza para ver si la puerta estaba cerrada, se levantó y fué á encajarla más, y volviendo á mi lado, acercó mucho su cara á la mía, y empezó diciéndome con voz muy bajita y sumamente suave.

— Sí, yo te amo con delirio, vida mía. Si no has de ser feliz más que casándote conmigo, nos casaremos, no te apures por eso; si tú eres mi príncipe, mi rey, mi alma entera eres tú, ¿por qué no me he de casar contigo? Perdóname, estoy loca; las mujeres muchas veces decimos que no cuando queremos decir que sí; pero yo ahora te digo: sí, sí, sí, quiero... Ni besarte siquiera puedo; pero dame tu mano, te la besaré, y queda entendido que desde este momento soy tuya, somos el uno del otro, como si estuviésemos ya casados cincuenta años. Aquí me tienes; Beatriz es tu mujer. ¿Tienes bastante con eso? ¿Podrás descansar ahora?

— Sí, — contesté yo; — ¿pero por qué...?

— Hay complicaciones. Hay dificultades. Cuando estés completamente restablecido, lo sabrás todo. Pero ahora mucho cuidado con hablar una sola palabra de este asunto; hay que guardar el secreto; ¿me lo prometes?

— Te lo prometo, Beatriz; pero ahora desearía darte un beso.

Ladeó al momento su cara, y la tuvo en aquella posición durante un ratito; ella me besó la mano.

— Me importan poco las dificultades que haya, — le dije, y cerré los ojos.

## VII

Había cosas en Beatriz que no acababa yo de entenderlas por más que pensaba y repensaba en ellas. Al volver á mi casa, una semana después, pasaron varios días sin que pudiera yo saber dónde estaba, pero después vino á verme, acompañada de lady Osprey, y me trafa un ramo de flores algo mustias, y mi tía me dijo al verlas que eran las mismas que estaban en mi cuarto. No pude en aquel momento hablar con ella á solas, y nos dijo que se marchaba á Londres, donde pensaba permanecer algunas semanas. Me escribió alguna que otra carta de amigo, pero en un sentido tan enigmático, que ni remotamente se podía traslucir nada de lo que existía entre los dos.

Yo en cambio le escribí una carta — la primera — de verdadero enamorado, y á los ocho días me puso dos líneas diciéndome: «No puedo escribir; cuando nos veamos hablaremos. ¿Te encuentras mejor?...»

Estas cosas me desesperaban á mí, pues como la quería tanto y esperaba con tanta impaciencia que llegase el momento feliz de no separarme de su lado, al ver estas salidas suyas me hacía pensar en que se estaba burlando de mí y que todo había sido pura broma.

Al volver de Londres no se dejaba ver nunca sola; siempre iba acompañada de Carnaby que me miraba con cierto recelo; había para volverse loco, no podía yo aclarar el misterio, porque era indudable que había misterio en todo aquello. ¿Qué fuerzas serían aquellas que la separaban de mí cuando se veía

claramente que me amaba? ¿Pensaría casarse con él? ¿Habría venido yo á estropear algún plan formado ya de tiempo? Los días iban transcurriendo poco á poco, y la cólera se iba entretanto acumulando en mi pecho.

Todo esto se mezcla con la construcción del globo lord Roberts Alfa. Cuando aún me hallaba herido en Bedley Corner, lo ideé una noche que no podía dormir. Concebí este segundo globo dirigible de una manera grandiosa; tenía que ser tres veces mayor que el anterior, podría llevar tres personas, y sería una vindicación triunfal de mis pretensiones sobre el dominio del aire. A mi ayudante Cothope le hablé mucho de este proyecto mío, del resultado que daría y de otras varias cosas que yo esperaba conseguir. Pero los trabajos adelantaban muy poco, y no adelantaba por la sencilla razón de hallarme yo en aquel estado de espíritu tan inseguro; no podía vivir tranquilo ni hacer nada con sosiego. A veces se me ocurría de pronto marchar á Londres para ver si podía hablar con Beatriz, otras me dedicaba á hacer ejercicios arriesgados, que era en lo único que encontraba distracción. Y para que no faltara nada, empezaron por aquellos días los periódicos á hablar del estado de inseguridad de los negocios de mi tío; la gente principió á dudar y á hacer preguntas por medio de la prensa. Fué aquel el primer estremecimiento de su tremenda inseguridad, la primera sacudida del crédito gigante de que había gozado durante tanto tiempo.

Hubo muchas idas y venidas. Transcurrieron los meses de Noviembre y Diciembre, y á todo esto yo no había podido ver á Beatriz nada más que dos veces, y de prisa y corriendo, porque se iba escondiendo y estaba como asustada. La escribí varias cartas, y ella me contestaba siempre con excusas y evasivas.

— No comprendes. Ahora no puedo darte explicaciones. Ten un poco de paciencia y confía en mí.

Esta era su manera de escribir; siempre salía con la misma historia.

Tanto llegó á desesperarme este laconismo suyo, que todo lo que pensaba lo decía en alta voz andando de un lado para otro por mis talleres donde construíamos el segundo globo lord Roberts Alfa.

— ¿Por qué no eres franca conmigo? — recuerdo que le decía en una de mis cartas. — ¿Por qué no me explicas el secreto? Si lo haces, verás que pronto quedan arregladas todas las dificultades.

Ultimamente me puso tan nervioso, que me dejé de súplicas y contemplaciones; adopté una línea de conducta con ella tan arrogante y ultrajosa, que parecía que estábamos viviendo los dos en un melodrama.

— Tienes que venir en seguida para darme explicaciones, — la escribía yo, — ó de lo contrario, iré por ti, porque te necesito, y el tiempo va pasando más deprisa de lo que tú crees.

Tanto la fuí acosando, que por fin se cansó y me dijo que no me hablaría más.

— ¡Pero dime á lo menos qué dificultades son esas! — exclamé yo desesperado. — ¡No hay dificultad en el mundo que no pueda yo vencer por tí! ¿Es que tu familia cree que no soy bastante para tí? Si lo cree así, dímelo, ¡y en cinco años te prometo que tendré un título de nobleza!...

Aquí me tienes hecho un hombre; me has visto crecer, y deseo ahora hacer algo que te entusiasme; ¿quieres que me bata por tí?...

Soy rico sin haber ido en busca de riquezas, pero si no te satisface esto, dime lo que deseas, que soy capaz de poner á tus pies toda esta vieja y podrida Inglaterra.

Todas estas cosas y otras muchas más le decía yo. Las escribo aquí con todo su orgullo bajo y resonancia. Decía estas vaciedades y tonterías tal como las sentía, porque formaban parte de mí mismo.

Otras veces dejaba el tono fatuo y la emprendía con las acusaciones.

— Oye, Beatriz, ¿pero es que crees que tu Carnaby vale más que yo?

— ¡Eso no! — contestó ella al verse obligada á decir algo.

— Quizás te hayas figurado que somos gente insubstancial. Puede ser, que hayas dado oídos á todos esos rumores que corren promovidos por Boom, porque en los diarios hemos hablado de nosotros mismos. Cuando seas mía te convencerás de que soy todo un hombre... Todo eso que se dice de nosotros no son más que mentiras. Me he abandonado bastante, es verdad; pero verás tú ahora con la fe que voy á trabajar, pues tenemos un proyecto de expedición entre manos, en el que yo he de representar el principal papel...

Con su mirada me suplicaba en vano que dejara ya de ponderar las cualidades que ella era la primera de admirar en mí.

Recuerdo que en aquella noche no pude pegar los ojos, pensando en tanta vulgaridad como había dicho durante nuestra conversación. No acertaba yo á explicarme el giro tan extraño que habían tomado en poco tiempo mis ideas. Al día siguiente me decidí á pasar por el despacho de mi tío para que me dijera la verdad respecto á los rumores que corrían de sus negocios comerciales.

Llegué á Hardingham á través de una densa niebla que cubría todo Londres, y á los diez minutos de hablar con mi tío me quedé como si acabase de despertar de un hermoso sueño en un cuarto inhospitalario y frío.



## CAPÍTULO IV

### Explica como robó de la isla Mordet los montones de quap

#### I

— ¡Es preciso luchar, hay que conseguirlo! — dijo mi tío.

Recuerdo muy bien que cuando más le miraba aquel día más señales de amenazadora ruina descubría en su casa. Había envejecido en pocos días considerablemente; aquella cara suya, tan llena y reluciente pocos días antes, la veía yo ahora arrugada y floja, casi le colgaba la carne. La decoración del despacho había perdido también su alegría y frescura; todo me parecía más oscuro que la niebla de la calle.

— He visto un suelto en un periódico que habla de nosotros, — dije yo.

— De Boom seguramente. ¡Maldito sea mil veces él y su periódico!, — contestó él. — Se ha empeñado en echarme á pique. Desde que prometí comprar el *Daily Decorator*, la tomó conmigo.

— Bueno, ¿pero qué es lo que hay que hacer? — pregunté yo.

— Pues seguir tirando; á Boom lo he de aplastar yo todavía, — dijo mi tío en tono de ira.

— ¿Nada más que eso? — le pregunté.

— Seguiremos defendiéndonos. Ha habido mucha

— Oye, Beatriz, ¿pero es que crees que tu Carnaby vale más que yo?

— ¡Eso no! — contestó ella al verse obligada á decir algo.

— Quizás te hayas figurado que somos gente insubstancial. Puede ser, que hayas dado oídos á todos esos rumores que corren promovidos por Boom, porque en los diarios hemos hablado de nosotros mismos. Cuando seas mía te convencerás de que soy todo un hombre... Todo eso que se dice de nosotros no son más que mentiras. Me he abandonado bastante, es verdad; pero verás tú ahora con la fe que voy á trabajar, pues tenemos un proyecto de expedición entre manos, en el que yo he de representar el principal papel...

Con su mirada me suplicaba en vano que dejara ya de ponderar las cualidades que ella era la primera de admirar en mí.

Recuerdo que en aquella noche no pude pegar los ojos, pensando en tanta vulgaridad como había dicho durante nuestra conversación. No acertaba yo á explicarme el giro tan extraño que habían tomado en poco tiempo mis ideas. Al día siguiente me decidí á pasar por el despacho de mi tío para que me dijera la verdad respecto á los rumores que corrían de sus negocios comerciales.

Llegué á Hardingham á través de una densa niebla que cubría todo Londres, y á los diez minutos de hablar con mi tío me quedé como si acabase de despertar de un hermoso sueño en un cuarto inhospitalario y frío.



## CAPÍTULO IV

### Explica como robó de la isla Mordet los montones de quap

#### I

— ¡Es preciso luchar, hay que conseguirlo! — dijo mi tío.

Recuerdo muy bien que cuando más le miraba aquel día más señales de amenazadora ruina descubría en su casa. Había envejecido en pocos días considerablemente; aquella cara suya, tan llena y reluciente pocos días antes, la veía yo ahora arrugada y floja, casi le colgaba la carne. La decoración del despacho había perdido también su alegría y frescura; todo me parecía más oscuro que la niebla de la calle.

— He visto un suelto en un periódico que habla de nosotros, — dije yo.

— De Boom seguramente. ¡Maldito sea mil veces él y su periódico!, — contestó él. — Se ha empeñado en echarme á pique. Desde que prometí comprar el *Daily Decorator*, la tomó conmigo.

— Bueno, ¿pero qué es lo que hay que hacer? — pregunté yo.

— Pues seguir tirando; á Boom lo he de aplastar yo todavía, — dijo mi tío en tono de ira.

— ¿Nada más que eso? — le pregunté.

— Seguiremos defendiéndonos. Ha habido mucha

alarma. ¿No te has fijado en todos esos que esperan ahí fuera? la mayor parte son reporteros de periódicos; pero no les hablaré porque lo mejor es no menear mucho el asunto; todo ello es obra de Boom.

Maldijo á lord Boom con gran vigor imaginativo.

—¿Pero qué nos puede hacer ese hombre?—pregunté yo.

—Nos puede descubrir antes de tiempo, Jorge, y hacer que la gente pierda la confianza que tiene puesta en nosotros, y que no nos traigan el dinero como nos le traen hoy.

—¿Pero tenemos para responder á todo, tío?

—Sí, Jorge, por eso no tengas cuidado; pero se ha levantado mucha polvareda, y esto nos puede perjudicar muchísimo.

—En todo caso podríamos hacer una cosa, si á usted le parece; disminuir los gastos.

—¿Dónde?

—En Crest Heill, por ejemplo.

—¿Cómo!,—exclamó casi descompuesto.—Suspende yo las obras de Crest Heill por culpa de Boom! ¡Eso de ningún modo! Sería contraproducente, porque el público ha fijado ya la vista en aquello, y entonces acabaría por escamarse de una vez.

Después recuerdo que hablamos del quap.

—El martes se marchan,—dijo mi tío.

—¿Tienen ya el bergantín?

—Sí, ya lo tienen.

—¿Gordon-Nasmyth!,—me quedé dudando.

—Sí, hombre, es más seguro que un barco,—dijo mi tío.—Ese hombre me gusta cada día mucho más. La única dificultad que encuentro es que se debía de haber fletado un vapor y no un barco de vela....

En aquel momento le trajeron un telegrama, y al enterarse de su contenido vi que se puso muy pálido.

—La suerte se ha declarado contra nosotros, Jorge.

—¿Qué ocurre?

Hizo una mueca ridícula con la nariz y boca, y me alargó el telegrama que decía:

«El automovil destrozado Gordón Nasmith fractura pierna que precio abona Mordet.»

Nos quedamos los dos mirándonos sin decir nada durante un momento.

—No importa,—exclamé yo por fin.

—¿Eh?—dijo mi tío

—Que yo iré por el quap. O lo traigo ó reviento.

## II

Tenía yo la ridícula persuasión de que con aquello salvaba la situación.

—Nada, que voy por él,—dije adoptando una actitud dramática.—Izaremos el pabellón norteamericano. Deme usted, tío, todos los datos que tenga, y yo me en cargo desde luego del asunto.

—Sí, pero el caso es que nadie sabe con exactitud el sitio donde....

—Lo sabe Nasmyth, y él me lo dirá.

—¡Ay, Jorge!, si pudieras arreglar este asunto...!

—Deme usted todas esas notas. ¿Dónde está el barco? ¿Dónde está Pollack? ¿De dónde viene ese telegrama? Como exista el quap puede usted contar con él.

Y así fué como me metí en la aventura más salvaje de mi vida.

El bergantín que había fletado mi tío para esta empresa se llamaba *Maud Mary*, y se hallaba anclado en Gravesend. Su capitán era el tipo más raro que he visto en toda mi vida; un judío rumano, de cara alargada y antipática, que había conseguido el título con la práctica que había adquirido en sus viajes por el mar Negro. El piloto era un inglés de Essex sumamente reservado, y la tripulación se componía de marineros de varias nacionalidades sucios y malvestidos. El cocinero era mulato, y el mejorcito de los marineros era bretón. Para justificar nuestra presencia en el barco, en caso de una inspección, me haría yo pasar por el sobrecargo, y Pollack sería el mayordomo.

Tengo que confesar que durante los días que estuvimos preparando este viaje marítimo, representé

Beatriz en mi imaginación el papel de auditorio. Me imaginaba yo «que estaba salvando la situación», y tanto me lo llegué á imaginar que hasta llegué á convencerme de que era verdad. La víspera del día que nos teníamos que hacer á la mar, en vez de quedarme á bordo para preparar el botiquín, como había pensado, cogí el automóvil y me dirigí á campo traviesa á lady Grove, para decir á mi tía que al día siguiente me marchaba, y en seguida me presenté en casa de lady Osprey, que acababan de cenar y se hallaban las dos señoras delante de un hermoso fuego que tenían en la chimenea, porque el invierno se presentaba aquel año muy frío.

Les extrañó mucho el verme por allí á aquella hora; lady Osprey no hacía más que mirarme como queriendo descubrir en mi cara la verdad de aquella visita intempestiva; se fijaba mucho también en la cicatriz de mi frente; pero Beatriz en cambio estaba detrás suyo muy complaciente conmigo. Se encontraron nuestras miradas, y en sus ojos vi enseguida las interrogaciones que me hacía para enterarse de lo que me sucedía.

—Me marcho,—dije—á la costa occidental de Africa.

Me hicieron algunas preguntas á las que contesté con cierta vaguedad, porque me dió por ahí.

—Tenemos algunos intereses y mi presencia es allí necesaria; no sé cuando regresaré.

Al decir esto observé que Beatriz me miró con más insistencia.

La conversación se iba haciendo por momentos más pesada, y resultaba por lo tanto muy poco interesante. No sabiendo ya qué decir les repetí las gracias por sus atenciones y cuidados durante los días que estuve herido en su casa; pero al ver que lady Osprey me oía con indiferencia y parecía que empezaba á impacientarse, me levanté de la silla para despedirme de ellas.

—No se marche usted tan pronto,—dijo Beatriz de pronto.

Se acercó al piano, que estaba algo retirado de la chimenea, miró de reojo á lady Osprey, cojió varios papeles de música que había sobre una silla, y me hizo

con disimulo una seña para que me acercase á ella.

—Tenemos que hablar,—me dijo en voz muy baja;—vuelve las hojas de esta pieza.

—Si no sé de música.

—Vuelve las hojas, hombre.

Se había sentado al piano y empezó á tocar sin prestar atención, porque miraba continuamente por encima del hombro á lady Osprey, que estaba muy encarnada y tenía la vista fija en el fuego de la chimenea.

—El clima del Africa occidental es muy malo, según tengo entendido. ¿Por qué te vas á vivir allí?

Beatriz me hizo esta pregunta en voz muy baja, y yo no le pude contestar por temor á que nos oyese la anciana. Seguí tocando las teclas del piano con mucha suavidad.

—En la pared del jardín hay una puertecita que da á una senda. ¿Comprendes?

Volví dos hojas de una vez sin que por esto dejara de tocar.

—¿Cuándo?—le pregunté yo.

—¡Qué bonita es esta parte!—dijo en voz alta.—«A media noche».

Prestó atención á la música durante un momento.

—Tendrás que esperar.

—Esperaré.

—No puedo tocar bien esta noche; no sé lo que me pasa;—y cerró el piano de pronto.

—¿Era de Wagner eso que tocabas, Beatriz?—preguntó lady Osprey desde su butaca.—Me ha parecido una cosa sumamente confusa...

Me despedí de ellas y me marché á mi casa para ver si estaba aún de pie mi ayudante Cothope. Le encontré leyendo en la cama, y pasé una hora hablando con él para darle instrucciones de lo que tenía que hacer en el taller aeronáutico durante mi ausencia. Envié el automóvil á casa de mi tío y sin quitarme el gabán de pieles, porque aquellas noches de Enero eran húmedas y sumamente frías, volví á Bedley Corner. No tardé en encontrar la senda que pasaba por detrás del muro del jardín, y al poco dí con la puerta que

me había indicado Beatriz. Este olor extraño de intriga, este asunto nocturno de la puerta del huerto, me había sorprendido sobremedida, haciendo que cambiaran de pronto mis pensamientos elevados. Aquello sirvió para que dejara yo la posición presuntuosa que había adoptado, y para que considerara á Beatriz, desde otro punto de vista diferente, que sin embargo á mí me gustaba mucho.

A las doce en punto de la noche bajó de sus habitaciones y abrió con mucho tiento la puertecita falsa del jardín. Traía una capa de pieles cenicienta de automóvil, y con aquella cara morena, y aquellos ojos negros y expresivos se quedó mirándome un momento, pero enseguida me preguntó:

—¿Porqué te marchas al Africa Occidental?

—Por una crisis que se ha presentado en los negocios, y tengo que ir por fuerza para arreglar unos asuntos.

—¿Pero volverás?

—Dentro de tres ó cuatro meses á más tardar estaré de vuelta.

—En ese caso no tengo yo nada que ver.

—Nada,—contesté yo.—¿Pero qué querías que hubiera?

—Está bien. Una no sabe nunca lo que la gente piensa ó se imagina.

Al decir esto se cogió de mi brazo.

—Daremos un paseo,—dijo.

Estaba obscurísimo y lloviznando al mismo tiempo.

—No importa, podemos ir por esta senda hasta el antiguo camino Woking con la seguridad de que no encontraremos á nadie. ¿Que no llevo nada en la cabeza? No le hace.

—¿Y cómo sabes que no hemos de encontrar á nadie?

—Porque he hecho ya otras escapatorias como esta... Naturalmente, no exactamente igual,—se apresuró á añadir.

Conocía muy bien el camino; me hizo girar por donde yo no hubiera acertado á pasar.

—La noche es mi elemento, es el único tiempo que tengo para mí,—me dijo al oído.—En mi sangre debe haber algún toque del lobo. Con estas linajudas familias no sabe una nunca... Con mucha frecuencia doy esta clase de paseos nocturnos... Aquí estamos los dos ahora solos, en medio de la noche oscura y lluviosa. A mí me gusta tener la cara y el pelo mojados; ¿no te gusta á ti? ¿Y cuándo te marchas?

Le dije que al día siguiente.

—Oh, aun no es mañana. ¡Tú y yo!—Se detuvo y se quedó mirándome á los ojos.

—¡Pero si no hablas más que para contestar á lo que yo digo!

—Es verdad,—dije yo.

—La última vez que nos vimos dijistes todo lo que tenías que decir.

—Como un mentecato. Ahora...

Nos quedamos mirando mutuamente nuestras obscuras caras.

—¿Te alegras de hallarte aquí en este momento?

—Ya lo creo que me alegro; siento una cosa que es algo más que alegría.

Me puso la mano en la espalda, atrayéndome más hacia ella para que la besara.

—¡Ah!—dijo, y permanecemos un ratito colgados el uno del otro.

—Así, ya hay bastante,—dijo ella desprendiéndose de mí.—¡Llevamos tanta ropa esta noche! Tengo la esperanza de que nos volveremos á besar otro día. Ojalá que nos pudiéramos besar á cada momento. Ya hace algunos años que nos dimos los últimos besos antes de estos.

—Entre el follaje.

—Es verdad, qué bien te acuerdas; pues mira, yo también recuerdo que tus labios estaban muy fríos. ¿Estaban también los míos? Poco más ó menos estarían como siempre... Mira, nos meteremos ahora por aquí. Cógete bien á mí, que yo conozco el camino, y no hables una palabra. A menos



que tengas precisión de hablar... ¡Yo, en cambio, te voy á decir muchas cosas! Ves, vida mía, el mundo entero se ha borrado, está muerto, se ha marchado, y nosotros nos hallamos en este sitio. En este sitio obscuro y salvaje... Estamos muertos. O todo el mundo está muerto. ¡No! Nosotros estamos muertos. Nadie puede vernos. Somos unas sombras. Nos hemos separado de nuestras posiciones, de nuestros cuerpos, y lo hemos hecho á la vez. Eso es precisamente lo bueno del caso, á la vez. ¿No te parece bien?

—Ya lo creo que me parece bien.

Caminamos durante un momento dando traspies sin decir una palabra ninguno de los dos.

—¡Estúpido mundo!— dijo ella de pronto. No piensan más que en comer y dormir. ¡Pero tú y yo no somos como ellos!

Nos oprimimos mutuamente el brazo en señal de afirmación.

—Quisiera que tú y yo estuviéramos ya muertos,— dijo en voz muy baja.— Estoy muy cansada del mundo, vida mía. Estoy cansada y enredada...

Se detuvo de pronto al llegar aquí. Nos habíamos metido, sin advertirlo, en un lodazal. Mientras tanto yo había pensado en las cosas que quería decirle.

—¡Oye!— exclamé yo; ya sabes que deseo ayudarte. Tú estás enredada. ¿En qué dificultad te hallas? Te supliqué que te casaras conmigo. Dijistes que lo harías. Pero hay algo que no has querido explicarme.

Mis pensamientos resultaban á cual más tosco á medida que los iba expresando.

—¿Es algo que se relacione con mi posición?... ¿Se trata por ventura de algún otro hombre que hay de por medio?

Hubo un silencio de inmenso asentimiento.

—Me confundes, hijo mío, con tus preguntas. Desde que éramos niños sabía yo que tus intenciones eran de casarte conmigo.

—Es mucha verdad. ¿Y entonces por qué...?

—Esta noche— dijo ella después de larga pausa —no te lo puedo explicar. ¡Ca! ¡Te amo mucho! ¡Explicaciones esta noche...! Mira, vida mía, aquí estamos solos en el mundo, y el mundo nos debe importar un comino. Nada nos debe importar. Aquí me tienes á tu lado, mojada y contenta, y mi cama allí abandonada. Ya te lo he dicho... las explicaciones que deseas te las daré tan pronto como sea posible. Pero esta noche... no, lo que es esta noche no te diré una palabra.

Se apartó de mi lado para ponerse enfrente de mí.

—Oyeme,— me dijo.— Insisto en lo dicho; desearía que estuvieras muerto. ¿Me comprendes? No creas que me chanceo. Esta noche tú y yo estamos fuera de la vida. Es nuestro momento. Podrán venir otros, no te digo que no, pero no estropeemos este. Nada de dificultades ni incomodos; nos amamos los dos, y yo por mi parte me encuentro muy feliz á tu lado; pero si insistes en que te dé esta noche las explicaciones que deseas, me voy á casa inmediatamente.

—Yo esperaba,— me aventuré á decir.

—Ya lo sé, corazón mío, ya lo sé. Si pudieras comprender lo que sufro; pero dejemos todo eso, te lo suplico. Lo que deseo es que me ames mucho esta noche.

—Más que te amo no puedo amarte,— dije yo.

—Pues sigue amándome, y deja á un lado todas esas cosas que tanto te atormentan. ¡Aquí me tienes, hombre!

—¡Pero...!

—¡No!— dijo ella.

Así anduvimos toda la noche sin que dejara Beatriz un solo momento de hablarme de amor.

No había tropezado en mi vida antes de ahora con ninguna mujer que pudiera hablar de amar, que pudiera presentar, desarrollar y tocar tan desnuadamente y con tanta imaginación toda esa masa

de hermosa emoción que se halla oculta en toda mujer. Había leído ella muchos libros de amor, y había pensado además mucho en el amor; miles de poesías amorosas habían sonado en su cerebro dejando hermosos fragmentos en su memoria; ahora los esparcía para mí solo, sin empacho de ninguna clase y con suma habilidad. Siento no poder dar aquí una idea aproximada de aquella conversación nuestra. Por más esfuerzos que hiciera no podría pintar sus delicias, no acertaría á expresar la magia que tenía su voz, y mucho menos el calor intenso de su presencia cerca de mí. Y á todo esto caminando muy abrigados por el barro en medio de la obscuridad de una noche fría y lluviosa, sin alma viviente fuera de casa por todos aquellos alrededores.

—¿Por qué se aman mutuamente dos personas? — le pregunté yo.

—¿Y por qué no se han de amar? — contestó ella. —¿Pero por qué te amo yo á ti? ¿Por qué ha de ser tu voz más agradable que las demás voces, tu cara más hermosa que las demás caras?

—¿Y por qué te amo yo á ti? — preguntó ella; —¿por qué me han de gustar tanto tus cosas buenas y tus cosas malas, tus arrogancias y estupideces? Porque la verdad es que todo lo tuyo me gusta. Mira, esta noche, por amar, ¡amo hasta esas gotas de agua que se desprenden de tu gabán de pieles!...

Así hablábamos los dos; hasta que por último, muy mojados y algo cansados, pero contentos y entusiasmados, nos separamos en la puertecita del jardín de su casa.

—Vuelve pronto, — me dijo al oído; — te espero con impaciencia.

Dudó un momento antes de separarse de mi lado. — Te quiero tanto, — volvió á decir, acercando más su cara á la mía.

Yo la atraje entonces más hacia mí y sentí al momento un estremecimiento por todo mi cuerpo.

—¡Dios mío! — exclamé. — ¡Y tener que separarme de ti!

Se desasíó de mis brazos y se quedó un ratito mirándome en silencio. Durante un momento parecía que estaba el mundo lleno de fantásticas posibilidades.

—¡Sí, márchate! — me dijo con dulzura, cerrando suavemente la puerta, dejándome allí solo, como si acabase de caer de un país maravilloso en medio de las tenebrosidades de una noche tormentosa.

## III

La expedición á la isla Mordet es una cosa diferente del resto de mi vida, es pieza separada con su atmósfera particular, que ampliándola podría formar un libro aparte; pero en lo que se refiere á esta novela no es más que un episodio, una prueba contributoria, por lo que me atenderé á ella y la pondré aquí.

Tuvimos un tiempo infernal, casi todo el viaje lo pasé mareado, cosa que me extrañó mucho, porque desde que me convertí en constructor de barcos me había visto en malos mares y nunca me había mareado como ahora. Pero aquel bergantín había transportado patatas durante bastante tiempo, y el olor que se sentía por todas partes era el que realmente me mareaba. Pero no fui yo solo el que se mareó, pues se marearon también varios de los que formaban la tripulación.

El capitán se esforzaba por darme á entender que, aunque mandaba aquel velero de tan poca importancia, pertenecía á una familia distinguida de su país, y á pesar de haberse naturalizado en Inglaterra, hablaba muy mal de ella y de los ingleses, y tanto me llegó á cargar aquel tipo rumano, que no sé cómo no llegamos á las manos, pero le faltó muy poco.

Cincuenta y tres días pasé encajonado en aquel

barco de carga mal oliente, mareado, aburrido y enfermo, con un compañero que leía la Biblia los domingos, y los demás días de la semana los pasaba en un estado de verdadero letargo. Y á todo esto el capitán no hablaba palabra que no resultase un insulto para Inglaterra y para los ingleses. Era cargante en grado superlativo; no sabía decir más que Inglaterra no era un país aristocrático ni mucho menos, como algunos creían; que era un país muy ponderado de burgueses; que desde las guerras de Roses no había aristocracia en Inglaterra, pero que en cambio la había en los países latinos de Europa.

— En Inglaterra, — decía, — no tienen ustedes nada más que clase media; no tienen arte, ni tienen nada, todo es ficción, pura mentira...

Y siempre lo mismo, día tras día la misma historia; y yo tragando hiel, porque lo que convenía era que el quap quedase pronto estibado á bordo, y dejarse de cuestiones que podían tener un desenlace funesto.

Cuando nos aproximábamos ya á las costas de Africa le entró un miedo fenomenal, porque decía que no las conocía, y aquel miedo se propagó á todos los demás, y ya no se pensaba en otra cosa que en naufragar cuando menos lo esperásemos.

— No conozco estas costas, — decía; — he venido porque Gordon-Nasmyth me prometió acompañarme, pero por fin se quedó en tierra.

No hay romance posible acerca del mar en un pequeño barco de vela como el que yo iba. El romance está en la mente del hombre soñador de tierra. Estos bergantines, goletas y fragatas que se ven aún en algunos puertos, no son más que reliquias del tiempo del pequeño comercio, son cosas podridas y anticuadas que aún siguen flotando en el agua. El hombre civilizado, acostumbrado á lavarse desde niño, que se ha penetrado bien de lo que es el honor físico, de lo que es la alimentación limpia y sana y de lo que vale el tiempo, no puede

soportar de ningún modo un barco de vela. Acabarán por desaparecer muy pronto, seguirán después esos vapores que gastan tanto carbón para alimentar sus máquinas, y vendrán á substituirlos otras cosas más limpias y hermosas...

Así fué cómo hice mi viaje á Africa, sufriendo lo indecible en un barco de vela sucio y viejo, encogido todo el tiempo que duró la travesía como si hubiese caído en un pozo.

La situación que iba yo á salvar era muy pequeña y se hallaba ahora muy distante; presentía yo que me urgían tanto. Beatriz y lady Grove, mi tío y el Hardingham, mi vuelo por el aire y mi habitual visión de cosas rápidas y efectivas, estaban tan remotos, que me parecía que habían quedado allá en un mundo que había abandonado para siempre...

## IV

Todos los recuerdos de Africa se mantienen unidos. Para mí fué aquella una expedición á los reinos de la Naturaleza indisciplinada, lejos del mundo gobernado por los hombres. Son recuerdos que se entretajan y mezclan en una tela de sol y calor, con olor permanente de decadencia, de hojas secas. Terminan con lluvia, pero una lluvia torrencial, como yo no he visto antes de ahora, y al momento un sol abrasador que achicharraba.

Conservo muy bien en la memoria el aspecto de aquel barco sucio de velas remendadas, *Maud Mary* se llamaba, y me parece estarlo viendo en este momento cuando pasaba casi tocando á las playas de aquellos islotes de las costas de Africa, donde no se veían más que árboles gigantes que se habían caído al suelo de puro viejos.

Verdura permanente por un lado, árboles carcomidos por otro, calor, sol y colores, en medio de inmensa quietud interrumpida sólo por el zumbido de los insectos.

Cuando nos hallábamos ya costearo la isla que

buscamos, se acercó á mí el capitán para hacerme algunas preguntas.

— ¿Es esta? — me dijo.

— Sí, — contesté yo.

— ¿Hemos venido para hacer alguna clase de comercio?

Esto lo dijo en tono irónico.

— No, — le contesté.

— Gordon-Nasmyth me hubiera dado explicaciones sin hacerle ninguna clase de pregunta, si hubiese podido venir.

— Yo le diré á usted lo que tenemos que hacer; aproximarnos todo lo posible á la playa donde se ven aquellos dos montones de tierra, que tenemos que cargarlos á bordo, después de sacar el lastre del barco; y en cuanto lo tengamos hecho, nos volvemos á casa inmediatamente. Conque ya sabe usted á qué hemos venido.

— ¿Pero es oro lo que vamos á cargar?

— No, señor, — le contesté con brusquedad.

— ¿Entonces qué es?

— Es una substancia que tiene algún valor comercial.

— No podemos cargar con eso.

— Ya lo creo que podemos, — contesté yo resueltamente.

— No, señor; yo no pienso como piensa usted. No parece sino que no hay más que llegar y cargar, porque sea esto una isla poco poblada.

Estuvimos discutiendo largo rato, y la cosa se iba poniendo ya muy fea. Pollack se mantenía impasible, sin ayudarme en nada. Yo me descompe por fin y le dije lo que me vino á la boca. Subí á cubierta para serenarme un poco, y después de dar varios paseos bajé á mi camarote y me tendí en mi litera. El capitán entró á poco rato y me dijo medio cuchicheando que no quería estropear la expedición, y entonces me decidí á ofrecerle una pequeña comisión por el riesgo que había en el asunto. Después de hablar con Pollack, convini-

mos en ofrecerle el diez por ciento sobre el precio que se consiguiera en la venta de la mercancía.

## V

Todo este secuestro ridículo que se hace ahora en la costa Este de la isla Mordet desaparecerá muy pronto, pues en medio de todo no son ni más ni menos que las capas que se han ido formando allí con los sedimentos de las aguas del mar entre las concavidades de las rocas. En el *Geological Magazine* del mes de octubre de 1905 se pueden ver las impresiones que saqué yo de todo esto, así como las teorías de su naturaleza, que aún no se han confirmado. Si estoy en lo cierto constituirá algo más significativo, desde el punto de vista científico, que esos constituyentes incidentales de varios metales raros, como la blenda y otros, en los que se basan los descubrimientos revolucionarios de la última década. Esos no son más que centros moleculares de desintegración, de la misteriosa decadencia y putrefacción de esos elementos, considerados una vez como las cosas más estables de la Naturaleza. Pero hay también algo más, y la única palabra que más se aproxima para expresar este algo es la de *canceroso*, y con esto no se expresa tampoco todo lo concerniente al quap, porque existe algo peligroso en él que se agita y produce un desarreglo extraño y maléfico.

Creo que la primera influencia que ejerció el quap en nosotros fué aumentar la conductibilidad de nuestros nervios, pero esto no es más que mera especulación mía que no está justificada. Sin embargo, todos nosotros notamos el efecto; estábamos como desfallecidos, lánguidos y sin ánimo para movernos; y lo peor de todo era que al tocar aquella substancia se hacían llagas en las manos, y como no teníamos guantes para los marineros, tuvieron que envolverse las manos con trozos de calcetines. En una palabra, sufrimos lo indecible para cargar el dichoso quap.

## VI

Dos días antes de terminar la carga del quap, me encontraba cansadísimo y abatido, porque no había podido dormir las noches anteriores pensando en el buque cuando termináramos de cargar esta substancia. Poco antes de ponerse el sol le pedí á Pollack su carabina y salté en tierra marchando solo á lo largo de la playa. Anduve poco más de una milla y regresé á bordo algo cansado, con lo que pude dormir una hora próximamente. Pasé un rato muy agradable por hallarme solo, pues la presencia del capitán me fastidiaba sobre manera.

Como mi presencia en el barco no era necesaria para la carga, fuí prolongando estos paseos solitarios por la isla, llevando conmigo alguna comida para no regresar tan pronto. A cierta distancia de aquella desolada y pantanosa playa donde estaba el quap empezaba la zona de vegetación y el bosque. Ocurrió entonces el asesinato más tonto y sin objeto que puede uno imaginarse. Jamás me había pasado por la mente de que yo tenía que asesinar á una persona. Ni yo mismo me explico cómo pude hacer tal cosa, ni sé tampoco la responsabilidad que me cabe en el hecho.

Aquella mañana me había internado algo en el bosque, y seguía penetrando más por una senda que me parecía á mí que debía ser un camino de personas humanas; pero como no convenía que los naturales de la isla se enterasen del objeto de nuestra expedición, me aparté en seguida de la senda metiéndome por aquellos matorrales, y en aquel momento fué precisamente cuando tropecé con mi víctima. A unos cuarenta pasos de mí próximamente vi á un indígena que me miraba como espionando mis movimientos.

No era una buena figura ni mucho menos. Era un negro de piernas torcidas y frente deprimida, medio desnudo ó desnudo del todo, pues no lle-

vaba más que un cacho de tela mugrienta que le servía de taparrabos. Llevaba una escopeta vieja y un tarrito de pólvora sujeto con una correa pasada por el hombro. Yo en cambio iba provisto de una buena carabina moderna, pero en mis manos no valía gran cosa, por la falta de costumbre en manejarla.

Al verme dió un paso hacia atrás y se dispuso á emprender la fuga.

— ¡Detente! — exclamé yo; — ¡no corras, imbécil! — le gritaba en inglés, tratando al mismo tiempo de alcanzarle.

— ¡Caramba! — dije yo para mis adentros al pensar que iría á decirle á sus compañeros que me había visto. Esto no me conviene de ningún modo.

Y mientras pensaba en esto me detuve, junté los dos pies, me eché la carabina á la cara, apunté y disparé por último.

Cayó en seguida al suelo, porque le había entrado la bala por la espalda saliéndole por el pecho.

— Le alcancé, — dije yo al bajar el arma; y al acercarme vi con horror que estaba ya muerto.

En aquel momento se me ocurrió pensar si habían oído mi disparo.

Volví á cargar mi carabina.

Hecho esto me creí más seguro, y pensé en el hombre á quien acababa de matar. ¿Qué hacer ahora?

Pensé que lo mejor de todo sería enterrarlo. Sea como fuera, tenía que ocultar al muerto. Me decidí entonces á tirar de él por un brazo para llevarlo á un sitio donde había bastante barro, y aunque la operación me parecía sumamente horrible, la llevé á cabo con relativa tranquilidad, pero sin dejar de volver la cabeza á un lado y á otro, para observar si alguno estaba viendo lo que hacía.

Como cazador furtivo me marché pisando quedo en dirección al barco, donde me distraje por un momento viendo trabajar á los marineros.

Aquella noche no pude pegar los ojos. No ha-

cía más que dar vueltas en la litera sin poder estar un momento tranquilo, y mucho menos reconciliar el sueño.

— ¡Dios misericordioso! — exclamé en uno de aquellos momentos de intranquilidad; — ¡pero si esto ha sido un asesinato!

Todo esto se mezclaba al mismo tiempo con la visión de mi tío y con el estado desesperado en que se hallaba. El negro que yo había matado y enterrado á medias en el lodazal del bosque, lo veía yo ahora haciendo esfuerzos por levantarse de donde lo había dejado; era indudable que no estaba muerto del todo cuando tales esfuerzos hacía, pero el infeliz no tenía fuerzas para salir de allí.

A la mañana siguiente estaba como anonadado con todas estas imaginaciones mías, y aunque yo no soy nada supersticioso, no me podía quitar de la vista aquel cuerpo negro, por más esfuerzos que hacía. Entonces me decidí á volver allí para ver si realmente estaba aún vivo.

Alguna fiera lo había desenterrado durante la noche, y no había dejado de él nada más que el esqueleto, que volví á enterrar y me marché á bordo para pasar seguramente otra noche de insomnio.

En efecto, tampoco pude dormir tranquilo; y en cuanto amaneció me encaminé nuevamente al sitio donde había dejado sepultado el esqueleto, y vi con asombro que se lo habían llevado, porque se veían bien marcadas las pisadas de personas humanas en el blando suelo, y varias ramas de árboles rotas.

Me volví al barco completamente desconcertado y pensativo, y al enseñarme los marineros las manos llagadas de andar tocando aquella substancia, me limité á contestar:

— Yo también estoy llagado; vámonos de aquí en seguida.

## VII

Afortunadamente lo hicimos á tiempo, porque ya

nos habían descubierto y se hallaba funcionando el telégrafo para anunciar lo que ocurría; pero esto no quitó que un cañonero disparase algunos proyectiles al *Maud Mary* aquella noche, aunque ninguno de ellos nos alcanzó.

Nos hallábamos ya lejos de las costas de Africa y con el botín á bordo. Pero al llegar frente á las islas de Cabo Verde empezó el buque á hacer agua por ambos costados, y las bombas no bastaban ni con mucho para echar fuera el agua que entraba, porque el barco parecía que se caía á pedazos por haberse podrido sus maderas de pronto. Cansados todos de dar á las bombas, decidimos abandonarlo al ver que todo lo que hiciéramos sería inútil.

Sin precipitación echamos los botes al agua y nos separamos del *Maud Mary*, que no tardó mucho tiempo en irse á pique.

— Es el primer buque que pierdo, — nos dijo el capitán, moviendo al mismo tiempo la cabeza en señal de pesar...

A las pocas horas de remar en los botes nos recogió un trasatlántico, el *Portland Castle*, de la compañía Unión Castle.

El mayordomo de este buque me facilitó ropa y me dió al mismo tiempo una botella de Borgoña, que me reanimó un poco.

— ¿Tiene usted algún diario? — le pregunté; — veremos lo que pasa por el mundo.

Me trajo los que tenía; pero al desembarcar en Plymouth aun seguía yo ignorando lo que pasaba. Me despedí del capitán y de Pollock, diciéndole al primero que en cuanto llegase á casa le mandaría el dinero que se le debía.

Por los periódicos que compré en la estación del ferrocarril me enteré de la quiebra de mi tío.



**LIBRO TERCERO**

**El retoño del Tono Bungay**

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## CAPÍTULO I

### La caña del cohete

#### I

Aquella misma tarde hablé con mi tío por última vez en su despacho de Hardingham. El aspecto del local había cambiado por completo. En vez de hombres de negocios, no se veían ahora en el recibidor nada más que una media docena de reporters y gacetilleros. El portero Ropper seguía aún en su puesto, y mi tío, pálido y demacrado, sentado á su mesa haciendo esfuerzos en vano para poder escribir.

— ¡Dios eterno! — dijo al verme. — Estás muy flaco, Jorge. Ahora se nota más la cicatriz tuya.

Nos quedamos los dos mirándonos muy serios durante un momento.

— El quap ha quedado en el fondo del Atlántico... Necesitamos dinero para pagar al capitán y á su gente... ®

— ¿Has leído los diarios?

— En el tren he leído dos ó tres.

— No desespere. Ayúdame, que aún podré salir del compromiso.

Se colocó bien los lentes y siguió diciendo.



— Estoy muy mal del estómago, hijo, y tengo que medicinarme. ¿Qué te ha pasado en el viaje?

Le referí en breves palabras lo ocurrido, asintiendo á cada momento con la cabeza, mientras echaba en un vasito el brebaje que contenía una botella que tenía sobre la mesa. Después me fijé en que eran varias las botellas con medicamentos que tenía allí á mano.

— Sí, Jorge, — dijo limpiándose los labios y volviendo á tapar la botella; — has hecho todo cuanto humanamente se podía hacer. La suerte nos ha abandonado.

Se quedó un momento reflexionando, con la botella en la mano, y prosiguió diciendo:

— La suerte tiene también sus caprichos; unas veces se pone de nuestro lado y no quiere separarse nunca, y otras se aleja y nos abandona sin saber por qué.

Me hizo algunas preguntas más, y se decidió á hablarme de sus negocios, pero de un modo tan confuso, que casi no me enteré de nada.

— Si hubieras estado aquí, no hubiera sucedido esto; porque tú ves las cosas algunas veces más claras que las veo yo.

— ¿Pero qué ha sucedido?

— ¡Ese maldito Boom, hombre!

— ¿Pero cómo ha sido?

— Ahora déjame, que no tengo la cabeza para entrar en detalles.

Me quedé contemplándolo un momento en silencio y cogió de nuevo la botella del brebaje para tomar otra dosis.

— El estómago, Jorge, el estómago.

— ¿Y cómo está mi tía Susana? — le pregunté al ver que no le gustaba que le hablase de los negocios.

Tuve que repetir la pregunta, porque estaba distraído hablando consigo mismo mentalmente.

— Tu tía hubiera deseado estar á mi lado para ayudarme. Yo solo aquí en Londres, no he po-

dido hacer más de lo que he hecho. Ves á verla en seguida y dile lo que pasa; mañana por la noche será fácil que vaya yo por allí.

Levantó entonces la cabeza, como dando á entender que había terminado la conversación por aquel momento.

## II

En lady Grove lo encontré todo muy silencioso, como muerto, muy diferente de como lo dejé cuando me marché en busca del quap que iba á salvar la situación apurada en que se hallaban ya los negocios de mi tío. Como se habían paralizado las obras de Crest Hill, ya no había trabajadores ni animación por aquellos alrededores, que habían vuelto á su estado de tranquilidad primitivo.

No recuerdo en este momento cómo nos saludamos mi tía y yo. Debía estar seguramente muy cansado y con pocas ganas de hablar. Pero lo que sí recuerdo es que cenamos en una mesa que había junto á la ventana que daba á la terraza, y que mi tía habló por ella y por mí.

— Si hubiera estado yo á su lado, — decía, — le hubiese ayudado como le ayudaba antes; verdad es que desde que empezó á enriquecerse ya no quería que interviniese yo en nada, y todo se lo hacía él.

— Todo lo quiere manejar él, — contesté yo; — ni á mí me quiere á su lado, conque mucho menos querrá que usted le ayude.

— ¡Pobre anciano! De esta hecha nos quedamos como Adán y Eva, hijo. Las obras de Crest Hill paralizadas, y todo lo gastado se puede dar ya como perdido...

Al día siguiente me encontraba ya más descansado y tranquilo para poder pensar detenidamente en la situación que nos hallábamos. Mi tío y yo leímos los periódicos y estuvimos hablando un buen rato durante el almuerzo, sin dejar yo de pensar un

momento en que tendríamos que abandonar pronto aquel hermoso edificio.

No había sentido nunca grandes deseos de ganar mucho dinero, ni había soñado siquiera en que pudiera ser un día hombre rico; pero ahora sentía el verme de pronto privado de las comodidades que me rodeaban. Después de leer los diarios y hablar un buen rato con mi tío, me encaminé á mis talleres para ver cómo llevaba Cothope los trabajos del globo lord Roberts Alfa. Hasta ahora no me había fijado en lo grandes y hermosos que eran los jardines de la finca lady Grove; no había reparado en la tranquilidad majestuosa que se respiraba por todas partes. Era una de esas mañanas algo calurosas de fines de Mayo, que sin perder las delicias de la primavera se veía ya revestida de todas las grandezas del verano.

Con la bancarrota de mi tío nos veríamos obligados á salir inmediatamente de aquella deliciosa finca, porque ni él ni yo habíamos previsto nada de esto; todo lo que teníamos estaba puesto en el negocio, y el negocio se había ido á pique, así es que la ruina era segura; ya no había que pensar en grandezas, se acabó todo, iba yo diciendo para mis adentros mientras me encaminaba á mis talleres aeronáuticos.

En aquel momento llegué á la senda donde había encontrado á Beatriz después de tantos años que no la veía. Parecerá extraño, pero no recuerdo que pensara una sola vez en ella desde que desembarqué en Plymouth. Es indudable que andaría por los rincones de mi cerebro, pero lo cierto es que no tengo una idea clara de ella, por la razón de que mi pensamiento estaba puesto en el cataclismo de los negocios de mi tío.

Aquello fué un golpe terrible para mí. Fué como si me hubiesen dado de pronto un puñetazo en la cara. Dejé al momento de pensar en los negocios de mi tío para reconcentrar todo el pensamiento en ella. ¿Qué haría cuando se enterase de nuestra

ruina? ¿Cómo tomaría todo aquello? Me quedé como atontado, sin saber lo que me pasaba...

Me dirigí cabizbajo á mis talleres y Cothope se alegró mucho de verme por allí.

— Todo lo que hagamos, — le dije, — es trabajo perdido. ¿No ha leído usted los periódicos? estamos arruinados, amigo; así es que no se entusiasme tanto con nuestra obra, porque no podremos hacer nada por falta de recursos.

— Es una lástima, señor, una verdadera lástima y una vergüenza al mismo tiempo, y digo que es una vergüenza, porque el Estado debía protegerle á usted en un trabajo como este. Perdone que yo me meta en estas cosas...

— Nada de perdones. Soy socialista y lo he sido siempre, y he pensado mucho en eso.

— Me alegro muchísimo de que sea usted socialista, — dijo él; — el socialismo significa civilización, y los hombres de ciencia como nosotros, que no pensamos más que en trabajar, ganaríamos mucho si se estableciera el socialismo. ¡Es una estupidez lo que pasa ahora en el mundo!

El globo estaba casi terminado, y podía quedar inflado en muy poco tiempo. Pensé que con esto se enteraría Beatriz de que yo había regresado de mi expedición, porque seguramente se fijaría en él cuando anduviera por los aires; pero después me entró la impaciencia por verla y hablarla, y no quise esperar á que mi dirigible quedase terminado del todo.

Me marché solo por aquellos alrededores para ver si la veía pasar á caballo como tenía por costumbre, y después de caminar un ratito, me quedé contemplando las obras paralizadas del palacio que construía mi tío en Crest Hill. «¡Vanidades humanas!» exclamé yo para mis adentros. Mi imaginación tomó entonces un rumbo diferente al contemplar, en medio del crepúsculo de la tarde, toda aquella magnificencia vulgar, todo aquel esplendor absurdo, tan estúpido como el de las mismas pirá-

mides. Me senté en el suelo y seguí mirando aquellas obras, como si no las hubiese visto nunca...

— ¡Dios eterno! — volví á exclamar; — ¿pero es esta la vida?

Por esto se organizan los ejércitos, se administra justicia y se llenan las prisiones de gente; por esto se amontonan millones para edificar palacios que algunas veces quedan sin terminar, por esto se cometen villanías y se hacen otras muchas cosas á cual más inicua y vergonzosa. ¡Y es esta la vida! Fué aquello para mí como una revelación, revelación increíble é indisputable á la vez de la locura inmensa de nuestro ser.

## III

Unos pasos que oí detrás de mí vinieron de pronto á sacarme de mi ensimismamiento.

Volví la cabeza medio esperanzado, tan loca es la imaginación del enamorado, y me quedé asombrado. Era mi tío: venía pálido y demacrado, como yo lo había visto algunas veces en mis sueños.

— ¡Hola! — le dije, y me quedé mirándolo. — ¿Cómo es que no está usted en Londres?

— Porque terminó todo para mí, — me contestó...

— ¿Hubo adjudicación?

— No...

Le miré un momento en silencio, y descubrí en su cara señales de haber llorado; pero al acercarse más á mí empezó á suspirar como una criatura, y terminó por llorar otra vez.

— ¡Bonito espectáculo! — dije yo para mis adentros.

— Es muy triste lo que á mí me pasa, — dijo mezclando sus palabras con los sollozos. — Me confunden con tanta pregunta, Jorge, no cesan un momento de preguntarme.

En aquel momento le dió un golpe de tos y estuvo un momento expectorando.

— Los disgustos, Jorge, y el estómago; no me

encuentro bien, hijo; me siento cansado y con mucha fatiga en el pecho. Me han tratado muy mal, me han dicho la mar de perrerías; no puedes imaginarte lo mal que me han tratado, Jorge. Y el caso es que no sé lo que pensarán hacer conmigo, y esto es precisamente lo que me tiene más intranquilo.

## IV

Recuerdo que me entristecí mucho al ver á mi tío en aquel estado de abatimiento tan lastimoso. Le dije que me dejara obrar á mí, que yo me entendería con los acreedores y con la justicia. Recuerdo también que en aquel momento se me ocurrió que lo mejor de todo sería sacarle de allí cuanto antes, y para esto se podía utilizar mi globo lord Roberts. Si tomaba el tren para pasar al continente le prenderían en seguida, porque de un momento á otro darían la orden de arresto. Le puse dos letras á Cothope para que preparase el globo en seguida, y le expliqué á mi tía lo que pensaba hacer, y tanto á ella como á mi tío les pareció muy buena idea. Cambiamos de ropa en seguida, preparamos algunos fiambres y un par de botellas de cognac y quedó todo dispuesto para la expedición aérea.

— ¿Pero qué es lo que ha hecho? — me preguntó mi tía, porque no acababa de comprender que hubiese necesidad de tanta precipitación.

— ¡Y qué necesidad tiene usted de saberlo?

— Sí, hombre, es preciso que me enteres de todo, para saber yo á qué atenerme.

— Le acusan de haber cometido una falsificación en sus asuntos comerciales.

Guardamos silencio durante un momento, y entonces mi tía me preguntó:

— ¿Podrías llevarte este paquete?

Lo cogí para ver si pesaba mucho.

— Las mujeres no respetamos la ley; y además sería una estupidez que entregáramos eso.

Le dije lo que tenía que hacer durante nuestra ausencia, dándole las señas de un procurador que yo conocía y en el que tenía mucha confianza, para que pleiteara por su cuenta propia, y sacara de aquel río revuelto todo lo que pudiese.

Hizo una afirmación de cabeza en señal de asentimiento.

A mi tío le hice beber dos ó tres copas de cognac, con lo que se quedó tan tranquilo y decidido á emprender el viaje aéreo.

## V

La barquilla del globo no reunía las condiciones de comodidad que podía haber tenido si los preparativos se hubiesen hecho con alguna más tranquilidad. Lo acomodé en ella lo mejor que pude y me coloqué yo al mismo tiempo como Dios me dió á entender. Ibamos tan sumamente encogidos en la pequeña cesta que no nos podíamos mover.

No me fué posible contemplar las estrellas ni ver la dirección que llevaban las nubes que se deslizaban por encima del globo. Mi tío se quedó dormido y al poco rato empezó á hablar como si estuviera defendiéndose delante de un tribunal de justicia. El viento había cambiado y nos empujaba ahora hacia el Este, hasta que después de haber cambiado dos veces de dirección vi que nos encontrábamos cerca de Burdeos, pero fuimos á tomar tierra cerca de Mimazán, que se halla á unas cincuenta millas de aquella ciudad marítima.

## VI

Quando me ví en aquellas playas desiertas y arenosas, lo primero que se me ocurrió pensar fué en lo que podría hacer yo allí solo, porque mi tío estaba enfermo y no podía contar con él para nada, al contrario, tenía que pensar en él antes que en

lo demás. El pobre andaba allí acurrucado, tosiendo á cada momento, y más muerto que vivo.

—Me encuentro muy mal; estoy enfermo,—me dijo con voz compungida,—debería estar metido en la cama en vez de andar volando por los aires,—y empezó á llorar como una criatura.

—Acuéstese usted aquí,—le dije, después de extender la alfombrita poniendo su saco de noche por cabecera y tapándole bien con la manta.

—Ya soy viejo, hijo, y no puedo con mi alma...

Mientras que estaba arropándole bien, me dijo «que allí le podrían coger lo mismo que si estuviera en una fonda.»

Tardó un ratito en dormirse y observé que respiraba con mucha dificultad. Yo me quedé á su lado de centinela en aquella playa desierta donde no se oía ni aun el ladrido lejano de un perro. En cuanto fué de día nos dirigimos á Bayona y de allí marchamos después á la estación de Luzón.

Alquilamos dos habitaciones en una posada, y el ama, que era vascongada, nos atendió bastante bien. Ayudé á mi tío para que se metiera en la cama, y cuando yo creía que se había quedado ya dormido, se incorporó de pronto y estuvo maldiciendo largo rato á un tal Nial y á otras varias personas que creía él que eran la causa de su desgracia. Le tranquilicé como pude y encargué á la posadera que mandara á buscar á un médico. Vino uno muy joven que hacía poco que había terminado la carrera en Montpellier. Lo estuvo examinando un ratito, y después recuerdo que habló de la *grippe* y de no sé cuántas cosas, ordenando que se le pusiera en una habitación aparte y que viniera una monja para que le atendiera mejor.

## VII

Poco podía yo imaginarme, días antes de estos acontecimientos, que mi tío iría á morir en aquel

rinconcito del mundo, detrás de los Pirineos, cerca del antiguo castillo de Luzón.

Durante su corta enfermedad me separé muy pocos momentos de su lado. Recuerdo, como si fuera cosa de ayer, que mi tío pasaba mucho tiempo sentado en la cama entre almohadas, porque en aquella posición estaba mejor que acostado. La monja enfermera andaba de un lado para otro por la habitación, el médico venía dos ó tres veces al día, y los dueños de la posada, que eran españoles, se desvivían por servirnos y me preparaban platos muy complicados y substanciosos que me gustaban mucho; eran todos ellos muy amables y simpáticos.

En estos recuerdos míos aparece siempre en el centro la figura de mi tío. He hecho lo posible por presentarlo al lector tal como yo le vi en su tiendecita de drogas de Wimbleshurst, de pobre mancebo de botica en Tottenham Court Road, de aventurero en los primeros días del Tono-Bungay y de confiado plutocrático después. Ahora me resta decir cómo estaba pocos días antes de morir. No parecía el mismo hombre; con la cara tan pálida y la carne tan lacia, con la barba crecida y la nariz afilada, hasta á mí mismo me parecía otra persona distinta. Nunca me había parecido tan pequeñito como me parecía ahora. Me contaba su vida en voz muy baja que parecía un cuchicheo, y aún tenía que hacer grandes esfuerzos para poder hablar. ¡Pobre hombrecito! Esta última fase no guarda conexión con las otras de su vida. Parecía que acababa de salir arrastrándose de entre las ruinas de su carrera y miraba á un lado y á otro antes de morir; porque él veía claramente en sus momentos de lucidez que se moría.

—Ha sido una gran carrera, Jorge,— me dijo, —pero tengo deseos de descansar; sí, hijo, tengo muchos deseos de descansar.

Cuando se hallaba delirando la emprendía muchas veces con su pasada grandeza, y veía yo que

disfrutaba un momento recordándola, porque á pesar de lo débil que estaba, hablaba con vehemencia.

—¿Veis ese gran edificio cuyas cúpulas y torres se pierden entre las nubes?... Hermoso palacio... es el del príncipe de nuestros comerciantes... Terraza sobre terraza que llega hasta los cielos... Reinos que el mismo César no conoció... Un gran poeta, Jorge, ¡zas!... ¡Reinos que el mismo César no conoció!... Todo bajo un plan moderno. Grandezas... Millones... Universidades... El está en la última terraza, dirigiendo, dirigiendo desde el globo todo el comercio...

Había momentos en que me quedaba dudando si deliraba ó hablaba cuerdamente. Las fuentes secretas de su vida, sus vanas imaginaciones, todo me lo reveló de un modo ó de otro. Muchas veces llegó á creer que toda la vida de un hombre se pasa revolcándose en la cama, abandonado y sin cuidarse de nada, hasta que se viste, se lava y se pone en contacto con sus semejantes. Sospecho que todas las cosas inexplicables que hay en nuestras almas, participan de un modo ó de otro de la laxitud del delirio y de la demencia. Lo cierto es que de aquellos labios pegajosos suyos no salieron nada más que sueños é inconexas fantasías...

Algunas veces la emprendía con un tal Neal.

—¿Qué ha hecho de mi dinero? ¿en qué lo ha invertido? ¿cree que escapará bien de mis manos?... —Y luego seguía: —La ruina... la ruina... ¡Pensarán que yo me he malgastado el dinero!

Otras hablaba de globos y de la navegación aérea.

—Está demasiado lejos, Jorge, demasiado lejos, y ya soy muy viejo para todas estas cosas... No me ayudas, no, con nada de eso, bien lo sabes tú; lo que haces es matarme.

Por último se descubrió nuestro paradero, según decían los diarios ingleses; y los de Francia no tardaron en copiar la noticia, y se presentaron en seguida en la posada varias personas desconoci-

das deseosas de conocernos, y se encontraron con que mi tío se moría. El médico se empeñó en que tenía que haber consulta, y el día siguiente llegaron varias personas de Biarritz en un automóvil, y según pude averiguar hablaron de una causa criminal y de no sé cuantas cosas relacionadas con la quiebra de mi tío. También se presentó en la posada un pastor inglés acompañado de su mujer, que se hallaban en el pueblecito inmediato de San Juan de Pollack.

Este clérigo era un tipo muy raro, pero se deshacía en cumplidos y se ofreció á ayudarme en lo que pudiera para que yo pudiese descansar algún rato, quedándose él junto á la cama de mi tío. Acepté con gusto sus servicios, porque tenía que contestar á ciertos artículos que habían aparecido en los periódicos de Londres, y encargarme además de la liquidación de la casa de comercio de mi tío.

El enfermo no perdió el conocimiento hasta momentos antes de entrar en la agonía, pero ya no veía lo que pasaba en derredor suyo.

— Jorge, — dijo.

— Estoy aquí, tío, á su lado.

— Mira, Jorge, tú te has dedicado más que yo al estudio de la ciencia, y, por lo tanto, sabes más que yo... ¿Está demostrado?

— ¿Demostrado qué?

— Que todos los caminos...

— No lo comprendo, tío.

— Que con la muerte acaba todo. Después de tanto... De tan espléndidos principios... Algo... En alguna parte...

Miraba yo aquellos ojos hundidos y oía aquellas palabras entrecortadas, y verdaderamente no sabía que contestarle.

— ¿Qué es lo que espera usted? — le pregunté en tono de admiración.

No contestó á mi pregunta.

— Aspiraciones, — musitó en aquel momento.

Emprendió un monólogo sin hacer caso de mí.

— Nubes de gloria que se deslizan por los espacios; poeta de primera fuerza... Jorge fué siempre muy severo. Siempre.

Guardó silencio un momento.

Hizo después un gesto como si fuera á hablar.

— Me parece, Jorge...

Me incliné y coloqué su mano en mi espalda. Le levanté un poco para arreglarle la almohada, y presté atención para ver si me decía algo.

— Me parece, Jorge, que á pesar de todo debe haber algo en mí que no muere.

Me miró como queriéndome dar á entender que esperaba mi afirmación, pero al ver que no le contestaba prosiguió diciendo:

— Creo que algo...

Volvió á guardar silencio y pronunció en seguida algunas palabras medio articuladas: «un pequeño eslabón»; pero al momento se animó un poco más, sintiendo como una especie de intranquilidad.

— Sí, otro mundo.

— Puede ser, — dije yo. — ¿Quién sabe?

— Sí, otro mundo, — repitió.

— Pero no se presta para las empresas comerciales, le dije yo.

Guardó silencio un momento, haciendo esfuerzos al mismo tiempo por respirar. La monja andaba entretenida arreglando las cortinas de la ventana. Me daba mucha lástima al ver lo mucho que sufría en aquel momento, ¡pobre hombre!

— Jorge, — dijo con voz muy apagada, levantando un poco la mano derecha. — *Puede ser...*

No dijo más, pero por la expresión de sus macilentos ojos comprendí que estaba pensando en lo que acababa de decirme.

— Sí, así lo creo yo, — le dije en alta voz.

— ¿No estás seguro?

— Tanto como seguro, — le contesté, y me apreté la mano. Yo me quedé contemplándole mientras pensaba en la clase de semilla de inmortalidad.

dad que se podrían hallar en todo su ser, en la clase de alma que habría en él para volar por las desiertas inmensidades. Se me ocurrieron cosas muy extrañas... No se movió durante un ratito, después hizo un pequeño esfuerzo para respirar y volvió á quedarse tranquilo. No sé á punto fijo lo que tardó en morir, pero fué en el rato que sin separarme de su lado quedé sumido en varias meditaciones...

## VIII

Me separé del lecho mortuario cuando ya había anochecido, y salí á la calle para refrescar un poco la cabeza. Había neblina y no se oía más ruido que el que producían los perros en sus prolongados ladridos.

¡La muerte!

Cabizbajo andaba yo pensando en ella, y sentía lo que sentimos casi todos cuando vemos el último acto de una comedia. Había visto toda la vida comercial de mi tío de un modo familiar y completo. Había terminado aquella, como termina la función de teatro cuando nos retiramos, como termina el libro cuando lo cerramos. Pensé en los esfuerzos que se hacen para subir, en el ruido de Londres, en las apiñadas multitudes por medio de las cuales pasan nuestras vidas, en las asambleas públicas, en las excitaciones, en los banquetes y disputas, y de pronto se me ocurrió pensar que ninguna de estas cosas existía. No existía no, era un nuevo descubrimiento el que acababa de hacer; no había nada de aquello. A lo que yo había llamado vida no era más que pura fantasmagoría, pero nunca había sentido su efecto como lo sentía aquella noche... Nos habíamos ya separado para siempre; después de estar tanto tiempo juntos, nos separábamos ahora para no volvernos á ver. Pero sabía yo que ni su fin ni el mío habían llegado. Habían muerto sus sueños, sí, y con sus sueños marchaban sus penas. Casi me parecía á mí que

había muerto yo también. Lo mismo me daba. ¿Qué me importaba á mí morir cuando veía que todo era mentira? las penas y los deseos, el principio y el fin, todo irrealidades. No hay más realidad que el solitario camino por donde marchamos, unas veces asombrados y otras cansados y fastidiados...

Parte de la niebla que me rodeaba se convirtió de pronto en un gran perro mastín que se colocó delante de mí gruñendo; dió un ladrido muy prolongado y se trocó de nuevo en niebla.

Mi imaginación se remontó entonces á las antiguas creencias y temores de nuestra raza. Mis dudas y descreencias se desprendían de mí como prenda de vestir floja y desabotonada. Pensaba yo en la clase de perros que le saldrían al paso al otro caminante que marchaba por medio de las obscuridades, pensaba en las formas y en las luces que le rodearían al seguir su camino desde nuestro último encuentro en la tierra, camino verdadero que no se acaba de recorrer nunca.

## XI

A mi tía le puse un telegrama diciéndole que su marido se hallaba muy grave, pero cuando llegó ya había muerto. Se quedó contemplándolo un momento y me dijo como asustada en voz muy baja:

— ¡Si no parece el mismo!

Recuerdo muy bien que estuvo llorando después cuando nos detuvimos los dos en el puente del antiguo castillo, porque la saqué de la posada para dar un paseo por aquellos contornos. Habíamos conseguido deshacernos de algunos reporters venidos de Biarritz que nos molestaban mucho, y mirábamos desde el puente los azules é imponentes picos de los Pirineos. Los dos habíamos permanecido callados durante un buen rato, hasta que por fin empezó ella diciendo:

— ¡Qué cosa más extraña es la vida, Jorge! Cuando remendaba yo tus calcetines en Winblehurst

no pensaba ni remotamente que tuviese la historia un final como este. ¡Qué distante me parece todo aquello! la tiendecita, mi primera casa; parece que hace ya un siglo que salí de ella. Tú eres hombre y joven, Jorge. Yo soy ya casi una anciana, y el pobre de tu tío, tan animoso siempre, no es nada, ya no existe.

Derramó abundantes lágrimas y yo me alegré mucho de verla llorar...

Se reclinó después sobre el pretil del puente y se enjugó las lágrimas sin dejar de sollozar, y cuando pudo hablar me dijo:

— Los hombres no debían tener nunca esa sed tan abrasadora de negocios y de empresas...

¿Le habrán equivocado las medicinas, Jorge?

Me quedé sin saber qué decir.

— No, — le contesté por fin; pero estaba mintiendo, porque sorprendí al médico cuando le ponía una inyección que á mi manera de ver no era necesaria.

— No sé si le dejarán hablar en el cielo, Jorge... La cabeza me arde, hijo; no sé lo que me digo. Deja que me apoye en tu brazo... Aunque ninguno de los dos nos hemos dicho nunca nada, ya sabes tú que yo te quiero mucho, y yo sé también que tú me quieres; pero esta desgracia, hijo mío, me trastorna de mala manera...



## CAPITULO II

### Amor y ruina

#### I

Al regresar á Londres me enteré de que con la participación que había tomado yo en la escapatoria de mi tío, habían hablado mucho de mí los periódicos. Para arreglar algo los asuntos permanecí dos semanas en dicha capital, con el objeto de que mi tía no tuviese que molestarse tanto, y hasta hoy mismo me maravillo al recordar con la mucha consideración que me trató todo el mundo. Y digo que me maravillo, porque hoy está demostrado claramente que mi tío y yo no éramos ni más ni menos que ejemplares de especies modernas de bandoleros, que empleamos los ahorros de las gentes en las empresas que nos pareció, que fué lo mismo que tirar el dinero de aquellos infelices. Pero como digo ya, á pesar de saber la participación que yo había tenido en aquellas desgraciadas empresas, me trataron con mucha consideración y me permitieron que habitara algunas semanas más el chalet donde tenía yo mi estudio.

A la mañana siguiente de haber regresado á este chalet, me hallaba yo sentado cerca de la



no pensaba ni remotamente que tuviese la historia un final como este. ¡Qué distante me parece todo aquello! la tiendecita, mi primera casa; parece que hace ya un siglo que salí de ella. Tú eres hombre y joven, Jorge. Yo soy ya casi una anciana, y el pobre de tu tío, tan animoso siempre, no es nada, ya no existe.

Derramó abundantes lágrimas y yo me alegré mucho de verla llorar...

Se reclinó después sobre el pretil del puente y se enjugó las lágrimas sin dejar de sollozar, y cuando pudo hablar me dijo:

— Los hombres no debían tener nunca esa sed tan abrasadora de negocios y de empresas...

¿Le habrán equivocado las medicinas, Jorge?

Me quedé sin saber qué decir.

— No, — le contesté por fin; pero estaba mintiendo, porque sorprendí al médico cuando le ponía una inyección que á mi manera de ver no era necesaria.

— No sé si le dejarán hablar en el cielo, Jorge... La cabeza me arde, hijo; no sé lo que me digo. Deja que me apoye en tu brazo... Aunque ninguno de los dos nos hemos dicho nunca nada, ya sabes tú que yo te quiero mucho, y yo sé también que tú me quieres; pero esta desgracia, hijo mío, me trastorna de mala manera...



## CAPITULO II

### Amor y ruina

#### I

Al regresar á Londres me enteré de que con la participación que había tomado yo en la escapatoria de mi tío, habían hablado mucho de mí los periódicos. Para arreglar algo los asuntos permanecí dos semanas en dicha capital, con el objeto de que mi tía no tuviese que molestarse tanto, y hasta hoy mismo me maravillo al recordar con la mucha consideración que me trató todo el mundo. Y digo que me maravillo, porque hoy está demostrado claramente que mi tío y yo no éramos ni más ni menos que ejemplares de especies modernas de bandoleros, que empleamos los ahorros de las gentes en las empresas que nos pareció, que fué lo mismo que tirar el dinero de aquellos infelices. Pero como digo ya, á pesar de saber la participación que yo había tenido en aquellas desgraciadas empresas, me trataron con mucha consideración y me permitieron que habitara algunas semanas más el chalet donde tenía yo mi estudio.

A la mañana siguiente de haber regresado á este chalet, me hallaba yo sentado cerca de la

puerta de entrada recordando todos los contratiempos que nos habían pasado en poco tiempo, cuando de pronto oí las pisadas de un caballo que se acercaba á la finca. Al levantar la vista del suelo para ver quién podría ser, vi á Beatriz que venía dando la vuelta por detrás del pabellón, y al llegar frente á donde yo estaba, tiró de las riendas del caballo para detenerlo. Venía un poco sofocada del calor y de andar á caballo largo rato.

Me quedé mirándola sin levantarme de la silla.

— ¿Eres tú? — le pregunté por último.

A ella le debió extrañar la pregunta, porque tardó un poco en contestarme, mirándome entre tanto fijamente á la cara.

— Yo soy, — dijo por fin.

Como nunca he reparado en finezas y cumplidos, me acerqué á ella y sin más ni más le pregunté lo primero que se me ocurrió.

— ¿De quién es este caballo? — la dije.

Me miró entonces á los ojos y tardó un poco en contestar.

— De Carnaby, — dijo por último.

— ¿Por dónde has venido?

— Siguiendo á lo largo de la tapia hacia abajo.

— ¿Hacia abajo?

— Sí, y un buen trozo á campo traviesa.

— Entonces no pasabas por aquí casualmente.

— Te vi ayer desde lejos y ahora vengo á verte desde cerca.

La miré entonces atentamente á la cara durante un momento.

— Aquí me tienes; no soy más que un vestigio de lo que era, — la dije.

No me contestó, pero siguió mirándome con mucha atención.

— Ya sabrás que soy el único superviviente de la gran catástrofe. Veremos á ver por dónde salimos ahora.

— Estás muy quemado del sol... Ayúdame á bajar del caballo.

Se dejó caer en mis brazos y quedamos tan juntos un momento que casi se tocaban nuestras caras.

— ¿Dónde está Cothope? — me preguntó.

— Se ha marchado.

Miró entonces hacia la entrada del pabellón y después me miró á mí.

— Aún no me has enseñado esta casita, — dijo al ver que yo no le decía si quería verla.

Cogí las bridas de su caballo y las amarré á un barrote de la verja.

— ¿Pero es que no trajiste de Africa el cargamento que fuistes á buscar?

— Se fué el barco á pique.

— ¿Y con el barco se perdió todo?

— Absolutamente todo.

Eché detrás de ella, al entrar en el chalet, y observé que apretaba con mucha fuerza el látigo de arrear el caballo que llevaba en la mano. Miró en derredor suyo durante un momento y luego me miró á mí.

— Esta habitación resulta muy cómoda y bonita, — observó ella.

Nuestros ojos entre tanto mantenían una conversación muy diferente de la que tenían nuestros labios. Había en ellos un resplandor que nos atraía el uno hacia el otro con fuerza irresistible.

Se sentó un momento en un sofá y se volvió á levantar en seguida para examinar mis muebles y mis libros. Yo no apartaba un momento los ojos de ella.

— ¿Toca este instrumento? — me preguntó al acercarse á la pianola.

— ¿Qué dices?

— Que si toca esta cosa.

Salí de mi preocupación y le contesté afirmativamente.

— ¿Qué piezas tocas?

— Según en el estado de espíritu en que me hallo; pero por lo regular toco con preferencia las de Be-

ethoven, aunque no dejó por eso de tocar también algunas de Chopin.

Guardamos los dos silencio durante un momento; pero al poco rato empezó ella á hablarme con alguna dificultad, parecía que tenía que hacer un esfuerzo para pronunciar las palabras.

—Toca algo,—y al decir esto se separó de mí para examinar los rollos de música, y se fijó en la primera parte de la sonata de Krentzer, pero después dudó un momento y me dijo:

—No, toca esta.

Me alargó el segundo concierto de Brahm, Op. 58, y se dejó caer en el sofá medio reclinada sin dejar de mirarme con atención, mientras que yo tocaba pausadamente...

—Oye,—dijo cuando terminé;—eso es muy bonito; no sabía yo que este instrumento, que no conocía, tocase tan bien; créeme que me ha conmovido...

Se levantó del sofá, escogió otra pieza del mismo compositor y me la alargó sonriéndose.

—Toca esta,—me dijo; y se colocó detrás de mí mientras yo ponía el cartón agujereado en el aparato. Antes de terminarla me cogió la cabeza con las dos manos y me dió un beso en la frente; pero yo levanté los brazos en seguida y se los eché con dulzura por el cuello, la atraje más hacia mí, y la besé á mi gusto en los labios; ella entre tanto me devolvía el ciento por uno. Me puse al momento de pie y quedamos confundidos en estrecho abrazo durante un buen ratito.

—¡Beatriz de mi alma!—la dije mientras seguía comiéndomela á besos.

—Corazón mío,—me contestó casi sin aliento, abandonándose completamente á mí, sin dejar á todo esto de apretarme fuertemente entre sus brazos.—¡Te amo con delirio!

## II

El amor, lo mismo que todo lo demás que se

relaciona con este inmenso progreso de desorganización social en que vivimos, es una cosa que flota á la ventura, una cosa infructuosa que nace de su misma conexión. Hablo aquí de este amor por la gran significación que tiene, y porque lo veo ahora brotar en mi memoria como brota una florecilla en medio de los escombros de grandes ruinas. Durante quince ó veinte días seguimos viéndonos diariamente y amándonos con la misma fuerza y entusiasmo del primer día. Esta poderosa pasión que nuestra sociedad ha encadenado, mutilado y envilecido, sin propósito determinado, llenaba mi alma de inefable alegría; me avasallaba y entusiasmaba de tal modo, que para mí era la cosa más solemne del mundo; y lo mismo le pasaba á ella, pues recuerdo muy bien que ninguno de los dos nos reíamos. No teníamos tiempo para tal cosa; las horas nos parecían segundos, no deseábamos más que contemplarnos, amarnos, y hablar con mucha seriedad de nuestra felicidad sin importarnos nada las demás cosas del mundo.

Ahora que me hallo sentado á mi mesa escritorio pienso en todas estas cosas inefables.

Llegué entonces á saber tanto del amor, que ahora puedo hablar con fundamento de causa de esta pasión, y aunque nuestra separación era inevitable, yo pude por fin amar de veras una vez en mi vida.

Recuerdo que tomamos una barca para pasear un rato por debajo de los árboles y cañaverales que cubren de sombra el canal Woking; y me estuvo refiriendo lo que le había pasado desde que nos encontramos la segunda vez.

Me dijo además otras muchas cosas que yo no sabía, pero que en algunos momentos de luminosa y transitoria sospecha, me había imaginado.

Me hizo comprender cómo la había formado á ella la vida. Me habló de su niñez desde la primera vez que nos conocimos. «Eramos pobres y con muchas pretensiones. Debí de haber casado, pero dejé pa-

sar el tiempo esperando que se presentaría alguna cosa mejor, porque no me gustaba nada de lo que me ofrecían.»

Hizo una pausa. «Canarby se presentó entonces en mi camino.»

Al pronunciar este nombre me quedé inmóvil como una estatua de piedra, esperando con ansiedad que prosiguiera su conversación. Bajó entonces la vista y metió un dedo en el agua.

—El deseo de figurar, de vestir bien, de vivir en buenas casas... Canarby me hizo el amor, y como yo no puedo hacer las cosas á medias...

Guardó silencio durante un momento.

—¿Lo sabías tú?—dijo de pronto fijando la vista en mí.

Afirmé con una inclinación de cabeza.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace pocos días... Me quedé algo sorprendido, pero no cambié de manera de pensar...

Sin dejar de mirarme me dijo con voz reposada:

—Por instinto sospechaba yo que Cothope lo debía saber.

—En otra ocasión hubiera importado esto mucho para nuestro amor,—empecé yo diciendo.—

Ahora...

—No importa nada,—dijo ella completando mi frase.—Yo no podía vivir tranquila si no te lo decía. Era preciso que te explicara cuanto antes el por qué no me casaba contigo, con las dos manos. Te he amado,—hizo una pausa,—te he amado desde que te dí de niña el primer beso cuando nos metimos en el matorral. Pero á pesar de eso me olvidé de tí, de pronto.

—Olvidé de tí.

Se cubrió de pronto la cara con las dos manos y estuvo llorando un buen rato.

—¡Te olvidé, te olvidé, desventurada de mí!—dijo entre sollozos, y volvió á quedarse tranquila....

—¡No te acuerdes ya de eso!—dije yo soltando el remo de la mano.—Mira, hazte cuenta que no

ha pasado nada. Cásate conmigo y pèlillos á la mar. Aunque soy un hombre arruinado me tienes á tu disposición.

Sacudió la cabeza sin levantar la vista del fondo de la barca.

Permanecimos los dos inmóviles durante un momento, hasta que por último volví yo á repetir en voz muy baja:

—Cásate conmigo y no pienses más en lo pasado.

—Ojalá pudiera hacerlo. Pero sea como fuere, nadie nos puede quitar ya estos días felices que hemos tenido. Para mí han sido una verdadera gloria, para ti también, ¿no es verdad? No te he regateado nada de lo que tenía que darte. Verdad es que ha sido un regalo bastante pobre para lo que significa y lo que podría haber sido. Pero ahora ya se acaba.

—¿Por qué? ¡Cásate conmigo! Los dos juntos podemos...

—No es posible, vida mía. ¿Cómo quieres que sea tu mujer para siempre y que vea con tranquilidad que te matas á trabajar?

—¿Y por qué no?—dije yo.

Se quedó entonces mirándome con mucha gravedad, enseñándome el índice de la mano derecha.

—¿Pero realmente crees eso de mí? ¿no te has fijado siquiera en lo que soy y en mi manera de pensar?

Me quedé sin saber qué contestarle.

—Ni una sola vez me ha pasado por la imaginación que podía casarme contigo,—dijo muy seria.—Desde la primera vez que nos vimos me enamoré de tí; pero ni aun cuando parecía que prosperabas mucho y que llegarías á ser un hombre rico, no pensé en nada de esto. Te amaba muchísimo, pero sabía además que no era bastante buena. ¿Qué podrá ofrecerte una mujer como yo, marchita, de malas costumbres y acostumbrada á frecuentar malas sociedades? Si no valía lo bastante para ser

la mujer de un rico, mucho menos valdría para ser la mujer de un pobre. Perdóname si te hablo ahora con tanta claridad; tenía grandes deseos de explicártelo todo, y hasta consideraba un deber mío el decírtelo...

Se detuvo al observar el movimiento que hice. Me había puesto de pie y la canoa estuvo á punto de zozobrar.

— No me importa nada, — dije yo. — Quiero que seas mi mujer; te tienes que casar conmigo.

— Cállate y no lo echés á perder. ¡Es imposible, hombre! ¿no lo comprendes?

— ¡Imposible!

— Mira, piensa un momento que por no saber hacer nada, no sé ni siquiera peinarme sola. ¿Es que pretendes que sea tu sirvienta?

— ¡No digas eso, mujer! ¿Crees por ventura que yo soy un hombre inútil que no podré ganar lo suficiente para que vivamos con cierta comodidad?

— No lo echés á perder te digo. Te he dado todo lo que tenía, todo lo que podía darte, — exclamó, levantando los brazos á un tiempo. — Si pudiera, si comprendiera que era lo bastante buena para casarme contigo, lo haría al momento sin vacilar. Pero, hijito de mi alma, si estoy arruinada, no le des vueltas, soy mujer averiada. Y tú, por otro lado, estás arruinado también. Pero esto no quita de que podamos ser felices algunas horas.

Se arrodilló de pronto á mis pies y me echó una mirada que me hizo estremecer.

— Mira, — me dijo, — si me vuelves á hablar una palabra más de este asunto, te doy un beso, me cojo á tu cuello, y los dos nos vamos al fondo del río. Estoy decidida, moriré con gusto á tu lado. Escoge la clase de muerte que quieras, que yo por mi parte no me importa el morir contigo. Pero óyeme antes un momento. Yo te amo con delirio y te amaré mientras viva; y por lo mismo que te amo, no quiero descender al polvo, á lo mugriento y sucio de lo familiar. ¿Qué más quieres? ¿No te he

dado lo que podía darte y yo he recibido de ti todo cuanto deseaba? Si, á pesar de lo hecho, sigues encontrando algo de magia en mí, aquí me tienes, ven á mis brazos, vida mía, que ya sabes que no importa que se vaya la barca á pique y nos ahogemos los dos abrazados. Así, corazón mío.

Me echó los brazos al cuello y se encontraron en seguida nuestros labios.

### III

Cuando me acuerdo de aquel día, tranquilo pero sin sol, que iba á ser el último que nos reuniéramos los dos, se me ocurre pensar en un día húmedo ó lluvioso, y que al mismo tiempo caen chispas de fuego, pues parecía que los dos ardíamos materialmente.

— ¿Y ahora te querrás casar conmigo? — la volví á preguntar antes de desasirnos de los brazos.

— No, — me dijo; — seguiré viviendo como vivo ahora.

— Mira, — la dije, — este mundo da muchas vueltas; y á pesar del gran desastre mío, confío en poder levantar la cabeza en poco más de un año.

— Aunque así sea; yo tengo que volver á Carnaby para continuar viviendo con él.

— ¡Perol...

Estas contestaciones tuyas no me irritaban á mí ni mucho menos; no veía yo que fueran injuriosas para mí; lo único que sentía era una gran desanimación, una desilusión grandísima.

— Toda la noche he estado pensando en esto; no he podido pegar los ojos, así es que mis contestaciones no son hijas del impulso momentáneo; están bien premeditadas. Te he dicho, y te lo repetiré mil veces, que te quiero como es imposible que se pueda querer más en él mundo, pero hasta aquí hemos llegado...

— Pasaríamos el resto de la vida juntos, — dije yo.

— No estaríamos juntos. Ahora lo estamos, y conservaré siempre en mi memoria hasta el detalle más insignificante de lo que ha pasado entre nosotros, y lo recordaré todo con gran satisfacción y alegría.

— Lo mismo haré yo.

— Pero no podemos seguir adelante.

Se había puesto momentáneamente algo pálida, y se quedó mirándome un momento sin decir nada, como si estuviese distraída, y luego empezó diciendo:

— Todo lo que sabía yo del amor, todo cuanto aprendí en los libros que he leído y lo que yo de mi parte he soñado, lo reuní cuidadosamente y te lo he dado durante estos días que hemos estado juntos. Pero no podemos seguir así, ni creo yo tampoco que á ti te pase por la cabeza de que mañana nos podremos volver á ver en una habitación amueblada de alguna casa de Londres ó París.

— Nada de eso, — me apresuré yo á contestar.

— Te quiero para que seas mi esposa, para que me traigas algunos chiquillos.

Guardó silencio durante un momento, sin dejar de mirarme atentamente, y creyendo yo que se hallaba ya medio vencida, volví á la carga sin darle tiempo á que hablase.

— ¡Dios eterno! — exclamé. — ¡Parece que te asusta la vida, Beatriz! No pienses ya en lo pasado. Hagamos cuenta que principiamos á vivir ahora, imagínate que vas á mi lado limpia é inmaculada, y verás cómo luchamos y nos abrimos paso en el mundo. No creas que soy un simple enamorado que á todo diré amén; si veo que te extravías, me apresuraré á llamarte la atención, y arreglaremos nuestras diferencias amigablemente. El amor no ha de faltar en nosotros nunca, nos amaremos mientras tengamos vida...

Movió la cabeza, poniéndome al mismo tiempo la mano por delante de la cara para que no continuara hablando.

— ¡Basta, hijito, basta!

— ¡Si no he terminado aún!

— Veo que tengo más talento que tú, — dijo mientras se enjugaba las lágrimas con el pañuelo. — No prosigas, porque todo lo que estás diciendo son cosas que no tienen sentido, y tú mismo reconoces en tu interior que es verdad lo que yo digo, y hasta me extraña mucho que te expreses así.

Iba yo á protestar, cuando volvió á hacer otro ademán para que no dijera nada.

— Es inútil, no prosigas. La sociedad en que vivimos nos ha hecho así. ¿Pero es que no te has fijado aún en lo que soy? Yo puedo amar y hacer al mismo tiempo que correspondan á mi amor. ¡No me censures, vida mía! Ya te he dicho que te he dado todo lo que tenía. Si pudiera darte algo más... He pensado mucho en todo esto, tanto que en este momento me arde la cabeza. La luz se separó ya de mi lado, ya no soy más que una mujer enferma, cansada y estropeada con los malos hábitos que he adquirido con esa vida de continua holganza. Las personas se estropean tanto en medio de la riqueza como en medio de la pobreza; así es que para mí existe un error grandísimo en el mundo. ¿Cómo es posible que me negase yo á ponerme á tu lado para hacer frente á los contratiempos de la vida, si supiera que no me había de hundir á los primeros pasos que diera? Aquí me tienes, condenada estoy; pero no quiero que te condenes tú. No eres ningún ignorante ni mucho menos, sabes perfectamente lo que soy, y sin embargo, estás representando ahí el papel del valiente. Demasiado sabes tú que no he observado buena conducta; pero te juro, corazón mío, que desde hace unos días soy buena... Como eres hombre, no comprendes ciertas cosas. Las averías de una mujer no tienen compostura; una vez estropeada, así queda ya para toda la vida.

Se volvió á enjugar las lágrimas y prosiguió en medio de sollozos:

— Es una necesidad que desees casarte conmigo;

ni te conviene á ti ni me conviene á mí tampoco. Hemos hecho ya todo lo que podíamos hacer; así es que lo demás que se diga de este asunto es pura comedia.

Al ver que yo no decía nada, se separó el pañuelo de los ojos y me interrogó de pronto:

—¿Pero no lo comprendes tú así? ¿No lo ves todavía?

Nos quedamos un momento mirándonos de frente sin decirnos nada.

—Sí, lo comprendo, — exclamé yo por fin.

Cabizbajos y pensativos marchamos los dos un ratito el uno al lado del otro, sin decirnos una palabra. De pronto levantó ella la cabeza del suelo para mirarme.

—Has sido mío, — dijo ella.

—Ni el cielo ni el infierno pueden ya hacer lo que ha sido no sea, — contesté yo.

—Yo necesitaba... — prosiguió ella diciendo. — Necesitaba hablarte, echarte un discurso por la noche, y todo lo he conseguido; hemos echado varios discursos; y lo que ha pasado entre nosotros no lo olvidaré nunca, recordaré y me repetiré á solas todo lo que hemos hablado, y moriré contenta...

Habíamos llegado á la puerta del jardín de lady Osprey. Beatriz estaba ahora mucho más pálida que antes, y con voz temblorosa y casi imperceptible me dijo:

—Tú en cambio te olvidarás muy pronto de todo.

—Eso nunca.

#### IV

—Adiós, — me dijo, y se metió en su casa.

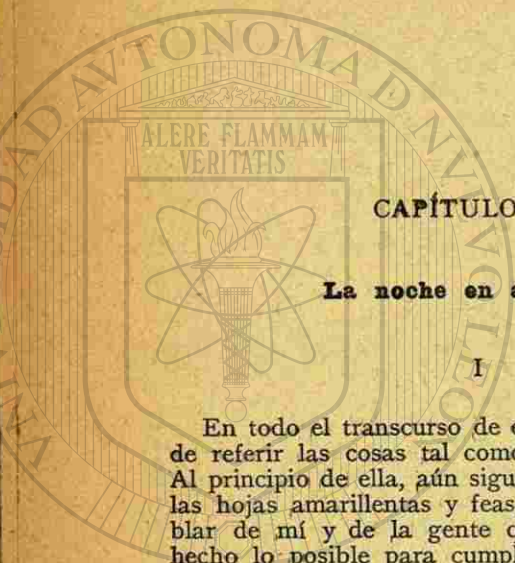
Creí que no la volvería á ver, pero dos días después de estos acontecimientos, salí yo de lady Grove en dirección á la estación del ferrocarril, sin que recuerde en este momento el asunto que me

llevaba allí, cuando de pronto la vi venir hacia mí montada á caballo, acompañada de Carnaby, lo mismo que los había visto anteriormente. Fué aquel un encuentro inesperado, y tanto ella como yo nos quedamos algo sorprendidos al vernos. Tiró de las riendas del caballo para detenerlo un poco, y me saludó con la mano; pero Carnaby, que sabía ya que habíamos quedado arruinados, me hizo un saludo sumamente frío y desdefioso.

Me quedé á un lado del camino, contemplando cómo se alejaban los dos...

Entonces fué cuando principiaron para mí las amarguras de la vida. El mundo entero parecía que se me venía encima en aquel momento. Había visto morir á mi tío después de haberse arruinado, pero su muerte no me afectó tanto como el ver ahora á mi Beatriz alejarse de mí con tanta indiferencia. Toda la magia que ejercía sobre mí se convirtió de pronto en tristeza, y empecé de pronto á llorar como un niño en medio del camino.

—¡Dios misericordioso! — exclamé; — ¡esto ya es demasiado! — y volví la cabeza para ver si la veía aún á lo lejos, pero no vi más que los árboles que se extendían á lo largo de las dos orillas del camino; entonces maldije mi suerte y quise correr detrás de ella; pero un hombre que había estado observándome desde el otro lado del camino, se puso delante de mí para mirarme, y yo me avergoncé tanto de que me viese llorar, que me volví á la estación y cogí el primer tren que pasó para Londres...



## CAPÍTULO II

### La noche en alta mar

I

En todo el transcurso de esta historia he tratado de referir las cosas tal como me sucedieron á mí. Al principio de ella, aún siguen aquí sobre mi mesa las hojas amarillentas y feas, dije que deseaba hablar de mí y de la gente que me rodeaba; y he hecho lo posible para cumplir lo prometido. Pero no sé si á pesar de mi empeño lo habré conseguido; el lector lo dirá en todo caso, porque no soy yo el que tiene que juzgar.

Cuando fijo la vista en el montón de manuscritos que tengo delante, veo claramente ciertas cosas, particularmente la inmensa inconsecuencia de mis ensayos. Ahora que lo tengo todo aquí, veo que es una historia de actividad, urgencia y esterilidad. La he intitulado *Tono-Bungay*, pero comprendo que hubiera sido mejor ponerle el nombre *Disipación*. He dicho que Marion no tuvo hijos, ni tampoco los tuvo mi tía, y he hablado también de la vida disipada y fútil que llevaba Beatriz. ¿Qué se puede esperar por lo tanto de los hombres cuyas mujeres son estériles? Ahora pienso en toda la energía

que he querido comunicar á las cosas vanas, pienso en los proyectos que formaba yo con mi tío, en las obras de Crest Hill, que quedaron paralizadas con su quiebra, y en el estruendo y resonancia de su carrera comercial. Diez mil hombres le habían envidiado y deseaban colocarse á su altura. Todo esto presentaba un espectáculo de fuerzas que corren á disiparse, de gentes que ni hacen ni reponen nada, la historia de un país ético, con una fiebre devastadora de comercio, de acumular dinero, de buscar placeres. ¡Y yo mientras tanto construyo destructores!

Otras personas verán á este país desde otro punto de vista y bajo otras condiciones; así es como lo he visto yo precisamente. En los primeros capítulos de esta historia comparé su actual color y abundancia con el follaje de Octubre antes que las heladas y vientos arrancan las hojas de los árboles. Aun sigo creyendo que esta es una buena imagen. Puede ser que no lo viera bien. Acaso viese decadencia en todo lo que me rodeaba, porque en cierto sentido también estoy yo decadente. Para otros quizás sea el colmo de la perfección y de la esperanza. Yo también tengo cierta esperanza, pero es una esperanza muy lejana, que no promete nada para este Imperio ó para alguna de las grandes cosas de nuestro tiempo. No sé cómo ellos lo mirarán en la historia, ni puedo adivinar tampoco lo que ocurrirá con el tiempo.

II

Mientras que escribía el último capítulo de este libro, andaba yo por otro lado muy ocupado con el asunto de un nuevo destructor que hemos completado. Ha sido una extraña alteración complementaria de ocupaciones. Hace unas tres semanas me vi precisado á dejar á un lado esta novela con el fin de poder dedicarme día y noche á la instalación de las máquinas. El martes último quedó



por fin terminado el X2, que así llamaremos á este destructor, y salió al Támesis para hacer pruebas de velocidad, llegando hasta Texel.

Es verdaderamente curioso ver cómo se funden algunas veces las impresiones, corriendo juntas continuamente con cosas que hasta aquí han marchado siempre solas. La expedición por el río guarda misteriosa relación con este libro. Cuando bajaba por el Támesis me parecía que pasaba revista á toda Inglaterra de una manera nueva y paralela. La vi entonces como deseaba que la viera el lector...

— Esto es Inglaterra, — se me ocurrió á mí pensar. — Esto es precisamente lo que deseaba yo apuntar en mi libro.

Salimos por la tarde de los astilleros que están poco más allá del puente Hammersmith, y seguimos la corriente del río, pasando por Craven, Reach, Julham y Hurlinham, así como por las cenagosas riberas y suburbios de Battersea y Chelsea hasta Grosvenor Road y el puente Vauxhall, apareciendo ante nuestra vista Westminster y el Parlamento, que por la bandera comprendimos que estaban celebrando sesión en aquel momento...

Aquellas torres cuadradas é imponentes parecían que nos preguntaban si las respetábamos. «Yo por mi parte no», dije yo para mis adentros. En aquella mole de arquitectura entran y salen los terratenientes y los jueces, los obispos, los amos de los ferrocarriles y los magnates del comercio. Como los había visto muy de cerca, sabía bien lo que eran y á lo que iban allí. Había visto también al rey cuando va á abrir el Parlamento, en coche dorado, con corona y manto, y al duque de Devonshire también muy ataviado y con un manto enorme. ¡Bonito espectáculo!...

Bajando por el Támesis y contemplando los edificios que se ven á derecha é izquierda, parece que está uno hojeando el libro de Inglaterra desde el principio al final. En Craven Reach parece que nos hallamos en el corazón de Inglaterra. Detrás de

nosotros tenemos á Kew y Hampton Court, con sus recuerdos de reyes y cardenales, y después pasamos entre el jardín episcopal de Fulham y los campos de Hurlingham, que con sus jiras y juegos nos representan el instinto deportivo de nuestra raza. Todo el efecto que produce es inglés. Los espacios abiertos, los añosos árboles, todo, en una palabra, recuerda la vida inglesa. Putney, aunque más poblado, también parece anglicano, y después vienen las fábricas y talleres á un lado y las bonitas residencias á otro hasta llegar á Westminster. Es decir, que al recorrer el Támesis en toda su extensión navegable, hace uno cuenta, como digo ya anteriormente, que está pasando revista á toda Inglaterra, porque allí se halla todo reunido.

### III

En todo lo que se ve á un lado y á otro del río sobresale la nota del desmoronamiento y de la confusión, del cambio y de la hinchazón, al parecer sin objeto determinado, del hervidero y mezcla de penas y alegrías. Pero en medio de esa confusión suena otra nota, que unas veces es una cosa humana y otras la más inhumana del mundo...

No sé cómo expresar el valor de una cosa que es al mismo tiempo tan esencial y tan inmaterial. Es una cosa que á hombres como yo nos atrae irresistiblemente.

En mi última sección la he representado con el símbolo del destructor, fuerte y veloz, inaplicable para la mayor parte de los intereses humanos. Unas veces llamo yo á esto realidad de la Ciencia, y otras le doy el nombre de Verdad. Porque del corazón de la vida salimos muchas veces haciendo grandes esfuerzos y con muchas fatigas, nos cuesta un trabajo inmenso el vernos libres y desenredados. Ya sé que otros hombres se sirven de ella en el arte, en la literatura, en la invención social, y la ven en mil figuras diferentes, bajo cien nombres

distintos. Yo la veo siempre como austeridad, como belleza. Esta cosa que aclaramos es el corazón de la vida. Los hombres y las naciones, las épocas y las civilizaciones van pasando, pero cada uno de por sí contribuye con algo. No sé lo que es este algo, pero desde luego estoy convencido que es una cosa suprema. Una cualidad, un elemento, que se puede encontrar unas veces en los colores, otras en las formas y otras en los sonidos ó en los pensamientos. Surge de la vida con cada año que se vive y se siente, generación tras generación, siglo tras siglo, pasa lo mismo; pero el cómo y el por qué de ello lo ignoro...

Sin embargo, todo su sentido me acompañó durante la noche que navegaba por el mar en medio del ruido de mis máquinas...

## IV

A la mañana siguiente volví á remontar el río acompañado de cuatro periodistas que se les había concedido permiso para que presenciaran las pruebas. Venían mareados y molidos, cuando pasamos frente á la vieja y parduzca Torre...

Recuerdo muy bien las opiniones que emitieron estos periodistas. El X2 no era para el Imperio ni para ninguna otra potencia europea. Lo ofrecimos primeramente á nuestro propio pueblo, pero dijeron que no tenían nada que ver conmigo, y desde entonces no he querido molestarlos más para nada de esto. He llegado á verme á mí mismo desde la parte exterior, lo mismo que veo á mi país, sin ninguna clase de ilusiones. Hacemos las cosas y pasamos.

Todos nosotros somos cosas que se hacen y pasan, luchamos por lo desconocido, fuera del ancho mar.

FIN

## INDICE

Págs.

## LIBRO PRIMERO

Capítulo I.—De la casa Bladesover, de mi madre y de la constitución de la sociedad . . . . .	5
— II.—De cómo me vi lanzado al mundo y de lo último que ví en Bladesover . . . . .	27
— III.—Mi aprendizaje en Wlimbehurst . . . . .	43
— IV.—De cómo llegué á ser estudiante en Londres y de mi extravío . . . . .	57
— V.—Mi caída y la aparición de mi tío con chistera nueva. . . . .	69
— VI.—De cómo nos valimos para meter mucho ruido con el Tono-Bungay . . . . .	84

## LIBRO SEGUNDO

## EL TONO-BUNGAY LLEGA Á SU GRAN APOGEO

Capítulo I.—Del hotel Hardingham y de cómo llegamos á ser personas de importancia . . . . .	119
— II.—Nuestro progreso; de Camden Town á Crest Hill . . . . .	139
— III.—El vuelo . . . . .	159
— IV.—Explica cómo robó de la isla Mordet los montones de quap . . . . .	183

## LIBRO TERCERO

## EL RETOSO DEL TONO-BUNGAY

Capítulo I.—La caña del cohete . . . . .	205
— II.—Amor y ruina . . . . .	221
— III.—La noche en alta mar. . . . .	234



UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO

